LUIS TORO RAMALLO

"ELTER"

IA PAGINA DE LA HISTORIA DE BOLIVIA

BUSCH HA MUERTO

¿QUIEN VIVE AHORA?

GISBERT & CIA. S. A.

LA PAZ - BOLIVIA

1975

GISBERT & CIA. S. A.

LIBREROS EDITORES

La Paz - Bolivia

Enrique Finot

HISTORIA DE LA LITERATURA BOLIVIANA. (4ª ed., 1975).

Fernando Diez de Medina

EL ALFARERO DESVELADO (1ª ed., 1964).

Vázquez — Mesa — Gisbert

MANUAL DE HISTORIA DE BOLIVIA (2ª ed., 1963).

Isaac, Fidelia, Benjamín y Napoleón Maldonado

EL PRONTUARIO ESCOLAR (16ª ed., 1971).

Enrique Oblitas Poblete

MANUAL DE PROCEDIMIENTOS PARA ALCALDES PARROQUIALES (4ª ed., 1966).

Edgar Avila Echazú

RESUMEN DE LA ANTOLOGIA DE LA LITERATURA BOLIVIANA

LITERATURA PRE-HISPANICA Y COLONIAL EN BOLIVIA

Ovidio Quiroga Ochoa

EN LA PAZ Y EN LA GUERRA AL SERVICIO DE LA PATRIA

José Ipiña Melgar
Lynne Kamstra de Ipiña

MATEMATICA PARA CICLO MEDIO (4º curso).

UNA PAGINA DE LA HISTORIA DE BOLIVIA

LUIS TORO RAMALLO

"ELTER"

UNA PAGINA DE LA HISTORIA DE BOLIVIA

(Segunda Edición)

GISBERT & CIA. S. A.
Editores

La Paz — Bolivia

1975

Es propiedad del autor.
Quedan reservados los derechos
de acuerdo a Ley, bajo el
Registro de Propiedad
D.L. L.P. Nº 1680.

Impreso en Bolivia — Printed in Bolivia
Segunda edición Marzo 1975

Editores: Gisbert & Cía. S. A.
Impresores: Litografías e Imprentas UNIDAS S. A.

PRESENTACION

El autor de los dos folletos que publicamos, es el escritor Dr. Luis Toro Ramallo, que usó también el seudónimo de "ELTER" (L.T.R.)

Casi la totalidad de sus obras fueron editadas en Chile donde vivió la mayor parte de su vida.

La relación de sus obras publicadas es la siguiente:

1925 "HACIA ABAJO" (Crónicas históricas de Sucre).

1925 "EL POLITICO" —Novela— Santiago de Chile.

1932 "UNA SINTESIS DEL CONFLICTO BOLIVIANO-PERUANO", Santiago de Chile.

1936 "CHACO" —Novela— Santiago de Chile. (Esta obra fue escrita por el autor en base a 2 diarios de campaña de dos estudiantes de medicina bolivianos, entonces en Chile, que concurrieron a la Campaña de Chaco, donde no estuvo el autor).

"EN BARRIO AJENO" — Novela— Santiago de Chile.

1938 "UNA PAGINA DE LA HISTORIA DE BOLIVIA", Santiago de Chile.

1940 "BUSCH HA MUERTO, QUIEN VIVE AHORA?" — Santiago de Chile.

1940 "CUTIMUNCO" —Novela— (Continuación de "Chaco", relativa al periodo de la desmovilizacinó, vivido ya por el autor cuando se hallaba en Bolivia desempeñando el cargo de Subsecretario del Ministerio de Industria y Comercio) — Traducción: HAN VUELTO.

1945 "FUENTE DE SODA AZUL" —Novela— (Esta obra, conjuntamente con la de "Ahumada 75", fueron consideradas en Chile entre las primeras y mejores novelas costumbristas).

1946 "JAGUARES", Santiago de Chile.

1946 "AHUMADA 75" —Novela— Santiago de Chile.

1946 "ORO DEL INCA" —Novela— Santiago de Chile; otra edición en México en 1956. (Esta obra fue enviada representando a Chile, a un Concurso Internacional en el que mereció el segundo premio.)

Posteriormente a la lista dada publicó un libro de Cuentos y tenía en preparación dos obras más; la una sobre la Virgen de Copacabana y la otra un Resumen Sintético e ilustrado de la Historia de Bolivia, para uso de los escolares.

LOS EDITORES

PROLOGO

En 1938 el e critor boliviano Luis Toro Ramallo con el seudónimo de ELTER, en Santiago de Chile y a través de la Editorial Nascimiento, entregó a la publicidad el opúsculo UNA PAGINA DE LA HISTORIA DE BOLIVIA, para repetir luego, en 1940, en iguales condiciones, la edición de BUSCH HA MUERTO, QUIEN VIVE AHORA?

Lastimosamente, ambas obras, por causas comprensibles, ajenas a la voluntad del autor han tenido poca circulación en nuestro país, ya que Busch cabeza del gobierno en ese entonces, siguiendo la inveterada co tumbre de todas las dictaduras, trató —utilizando todos los medios— de impedir su circulación, pues UNA PAGINA DE LA HISTORIA DE BOLIVIA, presenta en su contenido una documentación convincente y adjunta declaraciones ampliatorias, sobre la serie de manipuleos que culminaron con la conjura y el golpe triunfante de los "ahijados" del presidente depuesto en 1937.

Estas dos obras que representan esfuerzo y contribución a la historia nacional, tienen el valor de fijar posiciones y responsabilidades; aclaran quien es el autor y responsable de tres golpes "revolucionario ", dos de ellos contra mandatarios constitucionales y el último, contra el jefe y "padrino"

del subvertor triunfante, por ello, como en Bolivia no hay memoria, según la frase real o atribuida al Presidente Achá —que si dijo esto, es lo único bueno que dijo— conviene recordar el inmediato pasado para no caer por ignorancia de los hechos, en la creación de falsos ídolos, héroes o conductores, cuando la realidad analizada a la luz de los documentos que constituyen historia, da otra versión en el amargo análisis de las realidades.

El sentido interesado de las obras escritas en más de ciento cuarenta años de vida republicana, no puede pasar inadvertido para el ciudadano, especialmente para el lector acucioso en la interpretación de nuestro pasado; la catalogación de los personajes, los títulos que se utilizan para fijar épocas, la forma interpretativa que se da a los acontecimientos, demuestra lo superficial y lo falso de los rasgos impuestos a todos los personajes que activan como representantes del pueblo o en defensa de él. Es así, que desahuciada la obra de todos estos historiadores, establecemos que sobre lo poco escrito del proceso de la nacionalidad, se destaca la repetición casi total de una a otro autor, constituyendo una copia sin límites, donde no hay interpretación de los hechos ni búsqueda de nuevas fuentes que ilustren y amplíen los conocimientos sobre el pasado de nuestro país.

Pero esta crisis que sufrimos por falta de historia real, de interpretación racional de los hechos, de estudio de las circunstancias y de los momentos en que pasaron los hombres y sucedieron los acontecimientos, se acentúa con toda su dolorosa elocuencia, hasta llegar a la amarga situación de reconocer que en nuestra vida republicana de tan dramáticos contornos cuarteleros; con problemas tan hondos, víctimas de guerras internacionales injustas, el país no sabe de dónde viene y como consecuencia, tampoco sabe a dónde va.

Pero hay una renovación en la actitud de los bolivianos, algo llega; se van produciendo páginas donde se perfila una nueva afirmación, se percibe el mensaje de nuevas fuentes de investigación y se va estableciendo el principio de la nacionalidad a través de los grupos kollas en el pasado histórico.

Si seguimos por el camino de las realidades, también encontraremos que muchos de los ciudadanos convertidos en patricios, héroes o estadistas, deben actualmente el respeto público, en muchas circunstancias, a los intereses de campanario, a la literatura adulatoria de sus aúlicos, el aplauso de sus compadres, pero, sobre todo, a la ignorancia de quienes con fines mercantiles ofician de historiadores, repitiendo sin mayor disimulo determinadas obras que les sirven de línea maestra.

Ante esta realidad que representa para el país una de sus peores desgracias, creemos que entidades de tan alta significación como la Academia de la Historia, por ejemplo, debería asumir esa importante misión de dotar al país de una Historia Nacional y evitar de esa manera el complejo que ha creado en nuestro pueblo la ignorancia de sus verdaderos valores, como la reiteración pintoresca de sus aventuras subversivas.

Los dos opúsculos de Toro Ramallo, sin desconocer la figura romántica del Capitán del Chaco, contribuyen con documentos para establecer su responsabilidad en muchos problemas nacionales en la época en que fue gobernante, mostrando una nueva realidad en los actos y los actores de ese tiempo, como contribución a la nueva historia que debe de escribirse.

Raúl Murillo y Aliaga

EN EL GOBIERNO

Cuando el 17 de mayo de 1936 el Presidente Tejada Sorzano dejó el **Palacio Quemado,** la incertidumbre y el temor se adueñaron de la República.

¡Los militares! ¡Los militares en el Poder! Por razones poderosas, pocos muy pocos, creían en ellos. La guerra, recién concluida, había sido, por motivos que no cabe analizar ahora, una heroica retirada de tres años.

El amor propio nacional no estaba satisfecho. Apenas si quedaban, para halagar el sentimiento bélico del pueblo y para justificar su sacrificio, algunos nombres que iban tomando sonoridades heroicas: Campo Jordán, Conchitas, Condado, Ballivián, Strongest, Carandaytí, Algodonal, La Rosa, Irindagüe.

La segunda fase de la campaña con resultados más positivos y en defensa de territorios poblados y ricos, no alcanzaba aún a entusiasmar a la enorme mayoría, incapaz de juzgarla por ignorancia, mala fe, o rencor.

Boyuibe, La Tranca, Charagua, Santa Fe, toda la serie de acciones victoriosas y de verdadera importancia militar y nacional, apenas si se comentaban. En cambio, se hablaba de Boquerón, la gloria inútil, cuyo análisis traerá algún día muchas sorpresas.

Había, pues, un ambiente de desorientación moral y material, había un sentimiento de derrota y un derrotismo desalentador.

Encumbrado por la voluntad unánime de sus camaradas, acababa de hacerse cargo de la Presidencia un militar, el militar que más prestigio tenía en el Ejército, pero en contra del que se amontonaban una verdadera montaña de calumnias y de celos.

Jirones de partidos llenos de viejas culpas, hombres gastados en todas las encrucijadas de la política, le crearon un ambiente de resistencia, tejiendo a su alrededor, la inquietud de infinitas intrigas e insinuando que se perfilaba una dictadura arbitraria, sanguinaria y ebria.

Esa fue la propaganda y en el triste ambiente que ella le formara, tomó el mando de la nación el Coronel Toro, entonces Jefe del Estado Mayor General.

Las leyendas más fantásticas circulaban por todas partes. La calumnia y el encono, se desbordaban. Constantemente se temía el atropello, el motín y el saqueo.

Pero, poco a poco, ante la expectación general, la obra del nuevo Gobierno fue orientando a la República, con mano serena y firme. Fue naciendo la confianza y los valores netos, la juventud meritoria se fue acercando al "ogro", en un convencimiento de su capacidad y de su honradez.

Pronto albeó sobre la República una confianza prometedora. Los negocios tomaron auge. Una estricta administración niveló los presupuestos. Se pagaron deudas y luego, dentro de un nacionalismo, que ningún Gobierno puede blasonar ni en Bolivia ni en toda América, se afrontaron soluciones, cuyas consecuencias se empiezan recién a sentir y a medir.

El desahucio de la Standard Oil significaba la independencia económica de Bolivia y los contratos suscritos con los mineros, el justo equilibrio entre el capital y el trabajo, el Estado y las Empresas.

Todos los hombres patriotas se agruparon alrededor del nuevo Gobierno. La confianza crecía, el cambio mejoraba in-

cesantemente y el prestigio del país se cimentaba en el exterior.

Ni un desocupado. Dinero por todas partes. Bolivia no conocía el fantasma de la post-guerra. Los aprovisionamientos se iban suspendiendo. Crecía la competencia. Los capitalistas extranjeros comenzaban a interesarse por el país. El vasto programa de obras nacionales, comenzaba a realizarse. Se abrían caminos, se iniciaba la construcción de líneas férreas. Se protegía al pequeño minero, con la creación del Banco Minero, se delineaban barrios obreros, se encaraba el problema fundamental de la emigración, se concedían empréstitos departamentales, para el mejoramiento unánime de la República, se enviaban comisiones especiales a los países vecinos, para intensificar y hacer efectivos los intercambios, creando una atmósfera de cordialidad, basada en las mutuas conveniencias. Se contrataban profesores extranjeros, mejorando todo el ramo de instrucción y se saneaba el ramo judicial.

El Ejército tampoco era olvidado, por lo menos militarista de los militares, en esa hora de renovaciones. Numerosos grupos de estudio, eran enviados a los mejores planteles del mundo. Los constituían la "élite" de la oficialidad joven. Además se traían al país misiones policiales, al mismo tiempo que se creaban numerosas escuelas para la instrucción del indio.

Ni un solo cargo se podía formular al Gobierno. Bastaba el desahucio de la Standard Oil, para cimentar su prestigio en cualquier país del mundo. Nadie podía puntualizar tachas, ni señalar atropellos. Los mismos enemigos de ayer, alejados aún del Gobierno, reconocían su obra en un gesto que les honra como a bolivianos.

Pero la raza de **CAIN** vive siempre en la sombra. Y siempre la ignorancia, explotada por el amargado, diestro en deslealtades y corroído por la sed del dinero y del poder, trabajaba en la sombra.

Fueron víctimas fáciles, oficiales ingenuos, de esos que todavía se dejan deslumbrar por las palabras sonoras y que

no podían medir aún, en sus escasísimos alcances, la distancia que media entre las teorizaciones y las realidades.

En pocas páginas, omitiendo en lo posible nombres, para que esto no parezca un ataque personal, siempre odioso, nombres que, por otra parte, conoce el público del país y sobre todo el de La Paz, recordaremos algo de los últimos días del Gobierno Provisional del Coronel Toro, dentro de lo que nos fue dado ver y oír.

Hay una conciencia recia y noble en el país. Nadie, fuera de unos cuantos incondicionales, capaces de todo, se atrevería a formular un cargo. No son, pues, en consecuencia estas líneas de defensa ni mucho menos de ataque. Son solamente el trasunto de la verdad. Vamos a asistir a las postrimerías del Gobierno de la Junta Militar más eficiente y honrada que ha tenido el país.

LOS TEMORES

Constantemente, llegaban al Palacio rumores de trabajos subversivos.

Patiño, la Standard... Los millones de la Standard. Es compañía es capaz de todo, de hacer revoluciones, de financiar guerras...

El Presidente rechazaba el temor con una sonrisa:

—A la Standard no le conviene moverse, al menos por ahora. Y hasta creo que no se moverá nunca. Su prestigio le interesa más que los terrenos que ha perdido y que no eran, después de todo, más que una parte de las reservas de las que puede prescindir. Por otra parte, sabe que el país en pie, defendería el decreto de caducidad, letra por letra. Ya nadie, ni nosotros mismos, podríamos mover nada, modificar nada, pues, todos saben que dentro de una modificación, por inocente que parezca, puede envolverse un caso jurídico de consecuencias.

A mi David, el hermano
más querido y noble.

BUSCH
31 — V — 36

Un día, después del almuerzo, se paseaba el Presidente a lo largo del comedor del Palacio.

Por los ventanales se veía el panorama riente de La Paz, lleno de sol. Los cerros multicolores del valle, el Prado con sus mansiones y caseríos que trepaban por las faldas, entre verdor de eucaliptos, hacia la raya parda del altiplano.

—La otra Catedral, ¿cuándo se terminará, mi Coronel?

—¿La otra Catedral?

—Sí, la que está construyendo Diez de Medina, en el Prado...

Unas risas.

—Sí, el trabajo es lento, tiene que ser lento, pero el edificio que levanta Carlos Diez de Medina, significa el esfuerzo de un ciudadano como desgraciadamente hay muy pocos...

Uno de los presentes se acerca al Presidente y sólo podemos sorprender pedazos del diálogo.

—No, no es cierto —rechaza el Coronel—. No puede ser cierto. ¡Intrigas!

Se renueva, persuasivo, el cuchicheo. El Presidente frunce el ceño, reanuda su paseo y chupando su cigarro, dice en alta voz:

—No creo, no puedo creer en todos los chismes que me traen acerca de supuestas actividades del Coronel Busch. Por mi parte, sé que no es ambicioso y que sabe muy bien que no está preparado para el poder. Por otra parte, una deslealtad suya, es lo que menos puedo esperar. Yo le conozco hace tiempo. A mi lado ha hecho su carrera y ha ganado sus grados. De mí sólo ha recibido honores, distinciones, cariño. Yo lo miro como a un hijo grande, al punto que uno de sus retratos, con una dedicatoria casi apasionada, está siempre en mi mesa de trabajo. Por eso y por otras razones de camaradería y de afecto, les ruego que no me hablen más de esos absurdos que se atribuyen al "Camba" (1).

---

(1) De raza chiriguana. Se aplica familiar y cariñosamente.

Hubo un silencio. Flotó en el aire humo de los cigarros y se habló de otras cosas.

Sin embargo, había ya un malestar en el ambiente hasta que la risa del Coronel vibró contagiosa sobre una frase de ingenio y entre rumor de espolines y de conversaciones se disolvió la sobremesa.

En los corredores del segundo piso, se movía ya la gente, solicitando audiencia.

SAN JUAN

El cumpleaños del Presidente, no obstante de que éste anunció que se ausentaría, congregó en Palacio gran cantidad de amigos.

No fue dado presenciar escenas en que la oficialidad, mucha de esa oficialidad después engañada, extremaba sus manifestaciones de fidelidad y simpatía para el mandatario.

—No sé por qué —me decía un amigo— esto me recuerda al cumpleaños del Presidente, cuando era Ministro de Siles, el año 30... Los mismos que le abrazaban, los mismos que casi le besaban, le traicionaron días después.

—Pero ahora...

—Usted no conoce a esa gente. Los civiles solemos ser desleales, pero cuando los militares son cochinos, nos ganan lejos.

—Pero —objetamos— en la clase armada se hace culto de las virtudes rotundas, inquebrantables, de las tradicionales virtudes de la caballerosidad, de la hidalguía, de la lealtad.

—¡Déjese de macanas! Hay oficiales, felizmente pocos, que ni han oído hablar de esas cosas. En cambio, pontifican sobre todo, sobre todo dicen la última palabra con un aplomo desconcertante. Figúrese que el otro día un Teniente, de ésos, aseguraba que Patiño, don Simón, no era rico... Hasta los millones le negaba a Patiño... Y en cuanto a los valores ne-

tos del Ejército, siempre están en la penumbra. Otros se aprovechan de su esfuerzo, de su heroísmo, hasta de su sangre. ¿No ve cómo héroes, héroes efectivos, como Lopera, el único oficial condecorado en el campo de batalla de Condado, como Nogales y Urdininea, como Arteaga, Ichazo, Pinto, no han llegado a Jefes del Estado Mayor? ¿Y entre los muertos? ¿Acaso se ha hecho justicia cabal a Andrade, al héroe máximo del Chaco? ¿Y a Manchego, a Rocha, a Jordán y a Castrillo? Dos cuatrerajes, en el kilómetro 31 de la picada de Alihuatá a Saavedra, con la cooperación formidable de Urdininea han hecho, en cambio, con el apoyo del Coronel, la fama de Busch... ¡Déjeme tranquilo, compañero!...

Y otra vez el rumor alrededor del Presidente:

—El Coronel Busch se ha ausentado por no tener que felicitarle...

Mientras tanto el Presidente aseguraba en otro grupo:

—Hace años que el "Camba" no faltaba a mi cumpleaños. Y siempre era el más alegre. Ahora, desgraciadamente, necesidades inaplazables le han alejado.

Sorprendimos más de una sonrisa irónica.

En un salón apartado, otro grupo de jefes y oficiales hablaba sobre el mismo tema:

—El Coronel Toro tiene la culpa del engreimiento del Tcnl. Busch. El le ha levantado y le ha impuesto. Ustedes saben el descontento que su nombramiento como Jefe de Estado Mayor General produjo en el Ejército. Saben que varios oficiales se han retirado para no estar bajo sus órdenes. Muchos murmuran y hacen notar su incapacidad, su falta de preparación y de estudio. Hay veinte, por no decir más, con méritos de toda clase, que podrían ser Jefes de Estado Mayor, con brillo. Pero el Coronel Toro **se lo quiere tanto**... Cuando renunció en marzo, ya que él mismo reconocía su incapacidad para el cargo, debía haberle aceptado la renuncia y ahora no andaríamos con murmuraciones ni soportaríamos sus engreimientos.

Un General, aseguraba que muchos habían cumplido en la guerra más y mejor:

—¿Acciones? —exclamaba—. ¿Qué acciones, fuera de los dos cuatrerajes de Alihuatá? ¿Y eso, acaso no lo secundaban Urdininea y otros? ¿Pero acción de jefe, con cerebro? A mí no me cuentan cuentos. Pero claro, el analfabetismo de cuatro oficiales descontentos, hace que crean que es lo mismo regir los destinos del país, que agarrarse a balazos en la aventura de un patrullaje.

Se estaba formando un ambiente adverso al ausente Teniente Coronel.

—Hay un grupo, felizmente escaso, que hace tiempo, cuando el cumpleaños de Busch, dijo que quería regalarle la banda presidencial...

Alguien intervino más sereno:

—Busch, no obstante la resistencia y la emulación de sus camaradas, que se sienten pospuestos, batidos heroica y conscientemente, puede seguir siendo, si la más elemental cordura le acompaña, el héroe legendario de acciones nebulosas qu nadie puede precisar bien. Una especie de NIBELUNGO de la selva chaqueña. Ha llegado, en plena juventud, al sitial más alto del Ejército. ¿Lo merece? ¿Si él mismo, abandonando toda vanidad, desoyendo a los que le adulan y le empujan al abismo y al descrédito, contemplara su camino, no descubriría bastante su aureola y reconocería, con lealtad, a la mano que le ha protegido y le ha impulsado? ¿Qué sería del Teniente, del Capitán Busch, si el Coronel Toro no le hubiese ayudado, si le hubiese ignorado sencillamente y hubiese empujado a otro, a uno de tantos, con más mérito y más cabeza? Y si intenta, como dicen algunos que ahora le adulan, porque quieren hacerle su instrumento, encumbrarse más y terciar en política, ¡adiós leyenda heroica!... Le discutirán méritos, se aclararán muchas cosas, se exhibirán testimonios, cada uno reclamará lo suyo y la estatua se desmoronará irremediablemente. Faltará el alma, el artífice y el barro quedará barro... Las carreras fulminantes suelen ser fugaces. El camino de la serenidad, del deber y de la lealtad, es más largo, pero es más seguro...

El General aprobó con una enérgica interjección y luego, para suavizar las peroratas, palmoteó riendo la espalda de uno de los presentes:

—¿Y usted no quiere también ser Presidente, mi Teniente?

LOS INDICIOS DE ESCALERA

Uno de los asistentes de Palacio, ex cabo, apellidado Escalera. El **Fiero** (1) Escalera, chato, socarrón y aficionado a todo líquido que no fuese agua, tuteaba a todo el mundo, pero era atento y parecía fiel.

Y Escalera, últimamente, estaba intranquilo. Yo pude recibir sus confidencias, mientras esperaba una entrevista:

—Ya están andando... —me dijo un día en tono misterioso...

—¿Quiénes?

—Andando, pues, de noche...

Y tras de muchas preguntas pude saber que en las altas horas de la noche, él y otros empleados de servicio, habían divisado formas vagas que recorrían, con rumores de pisadas apagadas, los lejanos corredores desiertos y se perdían a través de las puertas cerradas...

—Ya están andando...

Y en el viejo Palacio, tan lleno de recuerdos y leyendas, ese era indicio indudable de acontecimientos graves: de revoluciones, tal vez de guerra.

¿Qué pasaba por el alma primitiva e ingenua de Escalera? ¿Qué sentían él y los otros, los que alcanzaban a ver esos signos intranquilizadores? ¿La herencia de enorme superstición de la raza, hacía que algunas frases escuchadas al pasar, mientras servía y alusivas a los trabajos subversivos,

---

(1) Fiero, picado de peste.

de los que tanto se hablaba, dominase su espíritu a punto de hacerle ver fantasmas?

En esos corredores vagaron Belzu, Melgarejo, Morales, Daza, los símbolos de la violencia altoperuana.

—Un centinela los vio también —aseguraba Escalera— en el patio de atrás...

—Sería Yáñez —comenté muy serio.

—¿Yáñez?

—Sí, uno al que el pueblo de La Paz, cansado de sus atropellos, sacó de Palacio y arrastró por las calles...

—No sé si será Yáñez, pero ya están andando...

Y Escalera, desgarbado y chato, se alejaba por los corredores.

Pero en verdad ya estaban andando, tal vez no las sombras de los Generales violentos que murieron, amaron o triunfaron al amparo de esos muros, sino la intriga y la ingratitud, que también buscan las sombras.

Lo que a la luz de la razón parecía imposible, lo vio Escalera con el instinto. El sentía, vagamente, la solemnidad del ambiente, aunque sin duda ignoraba que esos corredores vibraron, muchas veces, en las horas clamorosas de los triunfos o que amortiguaron sus resonancias cuando el luto y la sangre decoraban la escena de los desenfrenos criollos. Pero de todos modos, Escalera tenía razón: **Ya estaban andando**...

LAS FIGURAS DE LA SOMBRA

Pero las figuras que en realidad se movían en la sombra, no eran precisamente las que atemorizaban a Escalera. A todas ellas les había servido en las horas de adulto, cuando, incondicionales, llegaban a Palacio a sacar algo o a dejar una intriga.

Una, con mérito y aspecto de fantasma, tenía una larga historia tortuosa. Sin embargo, por un fenómeno inexplica-

ble, de ceguera colectiva, tenía también una fama de integridad y de honradez tan extraña y tan sin fundamento, como la mala fama que, a veces también sin motivo, suele acompañar a otros.

Secretario de varios hombres prominentes, era una especie de sirena criolla que vertía mieles oportunas en el oído del hombre del momento, con tal cautela, con tanto tacto y habilidad, que siempre podía conservar su gesto de dispépsico displicente y su fama de honrado.

Amigo también de Toro, en la hora oportuna, le llevó, en dinero contante, tres millones de pesos para que éste derrocara al entonces Presidente Siles.

Años después, en la guerra, empujó a Busch para que ingenuo e impulsivo, derrocara al Presidente Salamanca. Toro, el jefe victorioso del momento, llegó cuando ya se hacía la repartición del poder y después de condenar duramente la deposición del Presidente, exigió que se entregara el mando a quien correspondía: Al Vicepresidente, don José Luis Tejada Sorzano.

Pero la sirena enfermiza y astuta, siguió intrigando y volvió a precipitar, después de largo trabajo, otra vez al Teniente Coronel Busch, ya en La Paz, en contra del Presidente Tejada Sorzano.

Toro protestó nuevamente. (Sus protestas constan en las conferencias sostenidas con el Comando, una de Carandaití a Villa Montes y la última desde Villa Montes a La Paz). En esos momentos se encontraba ocupado en la repatriación de prisioneros de la guerra recién terminada y se negó terminantemente a aceptar el poder. El Ejército tuvo que presionarle, usando hasta de la amenaza de entregar el mando a un caudillo muy conocido.

El entonces Jefe del Estado Mayor tuvo que acceder, pero exigió actas firmadas por toda la oficialidad del Ejército, designándole su personero e imponiéndole en el poder. En estas actas no falta ni una sola firma.

Y la sirena, que una vez más veía escaparse el poder, em-

boscó nuevamente sus intenciones ambiciosas tras sus lentes y aparentando aprobar y ayudar, volvió a esperar el momento oportuno.

Sin embargo, le cupo al mismo Busch ordenar su destierro junto con otros políticos. Toro también fue preso durante una fiesta social y la sirena salió al extranjero sin que pudiera protegerle su amigo Toro, al que seguramente hubiese acudido. Y, en efecto, no faltó un pretexto sentimental para que Toro le dejara volver a La Paz y otra vez, no obstante el reciente destierro, se acercó a Busch y Busch volvió a ser el instrumento.

Hay que reconocer que este fue su trabajo maestro. Pesaban sobre la ruda y simple conciencia de Busch, el afecto, la gratitud y la costumbre de obedecer a Toro. Pero los intrigantes tuvieron la suerte de tener aliados que colaboraran, sin querer y por otros motivos, en la obra que en el ánimo de Busch, se venía realizando desde hacía tiempo.

Esos amigos eran de poca monta pero muy constantes por despecho en sus desengaños financieros. Eran un grupo de ávidos, entre ellos un vejete abyecto: Vaca Chávez, ínfimos liberales antes, después socialistas, logreros en época de Salamanca y toristas furiosos después.

Desengañados, viendo que sus voracidades no eran saciadas, buscaron otro amo y colaboraron desde otro sector, sin sospecharlo, a la obra de Rasputín aunque excecrándole furiosamente.

Tal vez Busch les diera la oportunidad... Toro era tan escrupuloso y como recién les había deshecho un negocito con el que tres de ellos pensaban salir a flote, que más valía irse a besar los pies a otro, a quien todavía gustase el adulo y que fuese, por ingenuo, por simple, e ignorante, fácil víctima. Y empezaron a entonar una larga canción de casi un año: "¡Busch, Busch, Busch...!"

Pero no contaban con la sirena bien mimetizada en la selva de intrigas y han sido sus víctimas más fáciles, porque ella también les conoce y les detesta.

Y ahora están como antes, peor que antes, más desacreditados, más repudiados, más asqueados. Y no han podido llegar a ser Ministros, tal vez porque sólo están destinados a llegar a la horca.

MAS TEMORES

Todos los allegados y amigos del Presidente sabíamos lo que se preparaba y no podíamos explicarnos la actitud pasiva del mandatario.

Estaba en sus manos deshacer la conspiración, conociéndola en detalle, por boca de muchos de los mismos conjurados. Pero, sin embargo, no quería tomar ninguna medida, ni siquiera hacer comentarios acerca de las evidentes actividades subversivas.

Sólo una vez tuvo una frase:

—Yo he hecho a Busch, ya he formado y fomentado su prestigio, posponiendo a valores netos del Ejército. Muchos creen, por eso, que todas las virtudes le adornan. El tiempo y los roces con las realidades, dirán si esas virtudes existen. Con todo, no creo que nunca, pero nunca, quiera él aprovecharse de mi obra hasta por resguardar su prestigio y ya que sabe por demás, que no la podría continuar. He llegado al Gobierno en circunstancias de incertidumbre y desorientación interna y externa. Sobre mí, la calumnia había amontonado una leyenda tenebrosa. Se temía que sometiera al país a una tiranía sanguinaria, llena de atropellos y de caprichos. Se temía que me vengara del saqueo de mi casa, de las angustias de mis hijos. Tenía una enorme "cola de paja", como solemos decir. Y ahora, después de un año de Gobierno sereno y patriota, no sé realmente el cargo que, seria y honradamente, me pueda hacer. He llamado a hombres combatidos por un sector, pero sostenidos por otro, en el convencimiento de sus capacidades y patriotismo. He tratado de llamar, para colaborar conmigo, a los más aptos, a los más lim-

pios... Tal vez alguna debilidad impuesta por el afecto, como en el caso de Busch, al que en justicia no le correspondía el cargo que ocupa... Pero en cambio, ¿quién se había atrevido antes, a lo que que se ha atrevido mi Gobierno en cuanto a romper moldes añejos, en cuanto a implantar normas nuevas y en hacer obra de verdadero nacionalismo, estrellándose aún contra poderes que son temidos y respetados hasta por las grandes potencias? ¿Y el país, esperaba estar en el pie de prosperidad en que se encuentra, después de tres años de guerra?

Y no dijo más. Acaso pensaba que dando un zarpazo a Busch, al que el pueblo consideraba aún un intocable héroe del Chaco, le condenarían recién con fundamento.

¿Prefería entonces sacrificarse y dejar que la figura de Busch, puesta en contacto con la política, perdiera frente a los descontentos que irían surgiendo, ese relieve legendario que él mismo le había creado?

Una sonrisa serena fue lo único que pudimos obtener, en respuesta a nuestras interrogaciones.

—Y si después de todo, si no cuento con la confianza de todos mis camaradas que, por otra parte siempre se manifiestan adictos, que ellos dispongan. Yo no dudo, no puedo dudar del noventa y nueve por ciento del Ejército. No tengo derecho a hacerlo. Pueden incluso ser arrastrados, por engaño, a una encrucijada en la que sólo perderían prestigio. Pero aun asimismo, yo sé lo que es el Ejército y siempre y en todas las circunstancias, creeré en él. En cuanto al pueblo, él se guía por un instinto que jamás se equivoca. Y a la larga, aunque sea muy a la larga, me hará justicia, siempre me ha hecho justicia.

UN TANTEO

En el momento menos oportuno, cuando el gobierno se preocupaba del problema más trascendental que había encarado, el Coronel Busch y sus partidarios realizaron un tanteo de fuerzas y posibilidades.

Y decimos que era un momento inoportuno para los intereses permanentes y sagrados de la patria, porque en ese momento se trataba nada menos que de declarar la caducidad de las pertenencias petrolíferas de la Standar Oil Co.

No sería hidalgo culpar de segunda intención a Busch y a sus partidarios por haber escogido ese momento. No. El y los suyos, ignoraban en absoluto de lo que se preocupaba el Gobierno. La renuncia que Busch presentara de su cargo de Jefe de Estado Mayor General, produciendo la desconfianza consiguiente, fue sólo una desgraciada coincidencia que estuvo por hacer fracasar el trascendental paso que se preparaba a dar el Gobierno.

Repetimos que no se puede creer que Busch escogiera esa oportunidad para presentar su renuncia, es decir, para notificar al país que el sostén que todos creían más firme y leal en el Ejército, se apartaba del Coronel Toro. Hay un motivo absoluto que así lo prueba: la ignorancia completa de Busch, en lo que respecta al petróleo y a la política petrolera del Gobierno. Fue entonces precisamente que, en una fiesta que se realizaba en el Círculo Militar, el doctor Toro Ramallo presentó al Tcnl. Busch al doctor Foianini, que después sería Presidente de los Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos, a fin de que le explicase lo delicado del momento, rogándole en nombre de la patria, que urgía dar la sensación de unidad absoluta, de absoluta calma, a fin de afianzar una medida de semejante magnitud.

Busch escuchó todas las explicaciones vehementes, sin demostrar entusiasmo, dejando, en sus interlocutores, la sensación de no haber comprendido de lo que se trataba.

Y era que, los asuntos políticos que ya lo tenían mareado, o tal vez su absoluta ignorancia al respecto, le impidieron adoptar un gesto que le hubiese valido ante el juicio histórico. Por eso, sólo se puede afirmar rotundamente, que Busch estuvo a punto de hacer fracasar —es cierto que sin sospecharlo siquiera— la reintegración petrolera de Bolivia.

Posteriormente, muy posteriormente, sus corifeos han tratado de unir el nombre de Busch a ese paso que es obra exclusiva del Gobierno del Coronel Toro. Pero todo el país sabe a qué atenerse. Y sabe además, que han habido hasta fundados temores para que el Gobierno de Busch, deshiciera lo hecho. Muchos sectores de la opinión, los estudiantes, las entidades obreras, los ex-combatientes, han pedido, alarmados seguramente por algo, al Gobierno flamante de Busch, que respetara y continuara la política petrolera del Gobierno caído como una inalienable conquista nacional. La prensa ha registrado esas peticiones.

Sin embargo, el Gobierno de Busch ha permitido a la Standard realizar varias maniobras. Le ha permitido abrir cátedra de discusión entre abogados bolivianos... que,, espléndidamente pagados, han dado opiniones que ningún boliviano podía dar sin rubor... "La Noche" ha publicado profusamente esas opiniones vergonzosas.

Ahora el asunto está en manos de la justicia.

Se murmuran muchas cosas, se dice de maniobras tenebrosas. ¿Bolivia perderá también, bajo este Gobierno, lo único que le iba quedando: el petróleo?

Hemos interrogado al Coronel Toro sobre la participación que tuviera Busch en la reintegraci6n petrolera de Bolivia; y nos ha contestado textualmente:

—Nunca hablé con Busch de esos asuntos. No eran de su competencia. Además no aspiré a hacerle entender algo que hasta ahora no comprende. Por otra parte, ¿qué tenía que ver un Jefe de Estado Mayor, con un asunto administrativo y que en último caso sólo los tribunales podían conocer? Busch, tenía de sobra con el E. M. G. Tenía demasiado... ¿Entonces, para qué iba a hablarle siquiera, de un asunto tan exó-

tico para él? Bastantes dolores de cabeza le costaban cualquier oficio o cualquier Orden General... Yo conozco a Busch...

—Pero ahora —argüimos— se le atribuye intervención. Se dice que ayudó, que cooperó...

—¿Y qué puede extrañar eso? Le gusta vestirse con lo ajeno, con plumas ajenas. En la Campaña del Chaco, se ha apropiado de victorias de otros, hasta el punto de que no podría explicar el por qué de muchas de sus medallas. En el Gobierno, ha hecho igual cosa. Hasta se ha atribuido la paternidad de medidas y decretos de los primeros tiempos de mi Gobierno. Le han hecho decir tantas cosas... Ha repetido tantas y tantas falsedades, que realmente me extraña que alguien se extrañe de todo eso cuando se trata del Tcnl. Busch.

MARTES Y 13...

Pero el golpe de Estado tuvo lugar el martes 13 de julio. **Era el tercer Presidente que deponía el Teniente Coronel Busch.**

En el Chaco, en Villa Montes, **frente al enemigo, en plena guerra y en el más delicado período de las operaciones,** había cercado (primer cerco), al anciano Presidente Salamanca, que se contentó con decirle algunas frases caústicas que todos conocen.

En La Paz, depuso al Presidente Tejada Sorzano (segundo cerco), y ahora, con villanía y astucia, sin consideración ni para el camarada, ni para el amigo, al que tanto debía, le hacía cercar en su casa (tercer cerco), le sacaba con engaños hacia el Estado Mayor, como afirmó su Intendente, para hacerle conducir al Alto de La Paz y de ahí al extranjero.

Más adelante relataremos ese episodio vergonzoso en todos sus detalles. En esa hora turbia de ingratitud y de ambi-

ción, no se guardó consideración a nadie. Ni a los allegados, amigos hasta ayer, ni a la esposa. El trato hidalgo que se nos imagina debe ser la norma de un hombre de armas, fue substituido por la brusquedad, por el engaño, por la violencia.

Y sobra el comentario. El pueblo de La Paz al saber la dimisión del Presidente salió a las calles a aclamarlo. Era un caso sin precedentes en la Historia de Bolivia. El pueblo ya empezaba a hacer justicia... Toda la noche y las siguientes vibró el grito de "Viva Toro", "Abajo la bota traidora" en todas las calles y plazas de La Paz, de esa ciudad de la que el Coronel Toro había dicho en discurso memorable: "Cuna de mis hijos y escenario de mi carrera".

Bayonetas, las mismas bayonetas que el Presidente depuesto había llevado a la victoria en jornadas memorables amenazaban ahora a los que le aclamaban, a los que aclamaban al "único militar" que el General Montes había encontrado en el Chaco, al que le General Estigarribia había calificado como "el mejor conductor de tropas del Ejército boliviano"...

Pero era martes y trece y tuvo que correr sangre. Y hubo sangre inocente encima de la traición.

Mientras tanto, se formó un nuevo Gabinete en el que tomaba parte uno de los **"hombres de más confianza** del caído". En el extranjero, nadie se daba cuenta de las causas de la revolución, cosa que también sucedía dentro del país. Declaraciones altisonantes, acusaciones contradictorias, balbuceos repetidos, la confusión lógica a una situación falsa, nacida de sentimientos tortuosos.

RELATA EL PRESIDENTE

Así relata el Presidente el episodio de su caída:

"Eran incontables las personas que me traían datos de las actividades de Busch. Pero me parecía un sueño que el camarada dilecto, el amigo de toda la vida, se mezclase en semejantes afanes. Además, ¿qué podría reprochárseme? Rechacé, pues, hasta el último momento, aun hasta el momento en que me encontraba cercado por los policías de **mi ahijado Belmonte,** la posibilidad de que Busch se convirtiera, así, de impromiso, en algo peor que Ruperto Fernández...

Todos conocen mis relaciones con el Teniente Coronel Busch. Todos saben que ahora, apenas le correspondería ser Capitán... Pero me voy a limitar a relatar lo más increíble de todo lo que me ha sucedido.

Estaba en Urmiri cuando recibí de amigos y camaradas del Ejército la especie de que el movimiento revolucionario era inminente. A todos contesté siempre que no debían dar crédito a chismes inventados, como otras veces, por ciertos elementos descontentos que se decían socialistas. Además, debía considerar la imposibilidad hasta de una sombra de traición en Busch.

El 13 de Julio regresaba de Chivisivi a Urmiri, cuando, hacia el mediodía, recibí la visita de altos jefes del Ejército, que me indicaban la conveniencia de mi inmediato regreso, ya que en la capital reinaba una verdadera zozobra, hasta el punto de que los jefes de Regimiento querían tomar medidas por propia iniciativa, convencidos del propósito de traición del Jefe de Estado Mayor, Teniente Coronel Busch. Obligué a dichos jefes a volver a La Paz, ordenándoles que se debía prohibir toda medida que menoscabara la autoridad mo-

ral y material del Jefe de Estado Mayor General, expresándoles además, que ya había fijado para ese día mi regreso a la ciudad y que en la tarde me encontraría ya en mi despacho.

En efecto, llegué al Kenko más o menos a las seis de la tarde. En ese sitio, me recibieron algunos jefes y autoridades, dándome cuenta de que ya no se trataba de simples rumores, sino que ya se había pasado al terreno de los hechos ocupando la ceja de El Alto de La Paz, con fracciones de tropas de la Escuela de Comunicaciones, las mismas que ya habían apresado a dos jefes por orden del Teniente Coronel Campero, Jefe de ese Instituto.

En esas circunstancias, me adelanté a mis familiares en compañía del Ministro del Trabajo y, ya en El Alto, ordené que se pusiese en libertad a los detenidos y el retiro inmediato de esa tropa. Al bajar hacia la ciudad encontré el auto del Comando en Jefe en el que iban el Ministro de Defensa, el General en Jefe del Ejército y otros oficiales, los que me aseguraron que todo había sido el resultado de simples malentendidos, que el Tcnl. Busch disiparía en cuanto yo llegase, pero que previendo la excitación nerviosa, que con razón me dominaría, les había rogado que obtuvieran la promesa de que sólo se llamaría a mi presencia, para explicar su conducta, cuando yo prometiese dispensarle el trato cordial y afectuoso que siempre acostumbraba darle.

Ya en mi despacho, después de corta discusión, prometí tratar como de costumbre al Tcnl. Busch y éste se presentó, llamado por el General Peñaranda, mientras yo ordenaba que se convocara a los Ministros a Consejo de Gabinete.

Busch explicó lo sucedido, asegurando que todo era obra de un malentendido lamentable. Que la ocupación de la ceja de El Alto, por tropas de la Escuela de Comunicaciones, obedecía sólo a una medida tendiente a resguardarse y resguardar a sus familiares que considera-

ba muy amenazados, ya que el Tcnl. Guillermo González Quint había hecho emplazar ametralladoras frente a su casa, ya que se hablaba de la venida de tropas de Viacha y ya que el Coronel Quiroga, Jefe de la Brigada de Caballería, **le había quitado el saludo.**

Amonesté a Busch, haciendo resaltar la poca seriedad que había en su proceder, indicándole que un Jefe de Estado Mayor, no comete ni expresa niñerías, concluyendo por hacer llamar a los jefes aludidos, para probarle hasta qué punto eran ridículas e infantiles sus razones o lo que quería hacer aparecer como razones.

El Coronel Quiroga, no pudo ser hallado, pero se presentó el Coronel González Quint y demostró que se trataba de intrigas absurdas, concluyendo por pedir, si se dudaba de su palabra, su inmediato retiro del Ejército y la apertura de un proceso a fin de que se le fusilara si se encontraba siquiera una sombra de verdad en lo que se decía, pero pidiendo también, la misma sanción para los intrigantes. Busch se manifestó satisfecho con las explicaciones del Coronel González Quint y le dio muestras de cordialidad y de camaradería.

En cuanto al Coronel Quiroga —manifestó Busch— le he quitado el comando de la Brigada.

—El mando debe serle devuelto inmediatamente —respondí—. Se organizará un tribunal de honor para juzgar su conducta, para castigarle si es culpable o devolverle la plena confianza si, como es seguro, todo obedece a esa serie de intrigas que no sé de dónde nacen ni dónde van. Con otra gente yo ya habría tomado otra clase de medidas, pero ¿es que puedo dudar aquí de alguien?

Y miré fijamente a Busch, el que me rogó que le perdonara y que olvidara esos malos ratos, expresando que para demostrarme hasta qué punto él no podía "ocultarme nada" y en "vista de que estaba seguro de que le perdonaba", se veía en la necesidad de decirme que había hecho un telegrama al Chaco y a las guarniciones

del interior, expresándoles que yo ya no deseaba continuar en la Presidencia y que estaba desesperado de entregarla a un civil... Pero que, inmediatamente, mandaría otro despacho anulando el anterior...

No pude menos que reprochar la conducta de Busch, calificándola de "ingenua niñería", y haciéndole ver que ya no se trataba del "Teniente Busch", sino del Jefe de Estado Mayor; que todo eso acusaba una falta de seriedad, de sentido común y de honradez que podía, con motivo, traer perturbaciones en el seno del Ejército.

Pero —lo supe tarde— Busch no sólo había hecho esos telegramas, sino que había suplantado mi firma y la del General en Jefe, en comunicaciones al Ejército, fraguando así documentos que sorprendieron a las guarniciones que jamás se habrían imaginado a Busch en una criminosa actividad semejante.

En ese momento, recordé que los Ministros Peñaranda y Moscoso, me habían comunicado que Busch no se hallaba de acuerdo con algunos puntos de mi labor administrativa y casi en broma, le pregunté por esas "discrepancias", invitándole a ponerlas de manifiesto en presencia de los militares.

Busch expresó que no era necesario que le escucharan los Ministros militares, ya que sólo se trataba de algunos rumores que circulaban, anónimos, contra algunos de mis Ministros, en particular contra el de Hacienda, del que se decía había efectuado un contrabando de oro aprovechando su viaje a Buenos Aires; contra el Ministro de Gobierno, en cuanto a su vida privada; contra la ineficiencia del Ministro de Fomento y acerca de algunos manejos del Ministro de Defensa.

Refuté tales imputaciones en forma enérgica y aduje algunas pruebas convincentes, hasta tener la sensación de haber disipado todas sus dudas en tal forma, que el General Peñaranda, convencido también que todo se había arreglado satisfactoriamente, proponía hacer pasar en el acto a los Ministros para darles cuenta que

todo el incidente estaba arreglado y que en seguida saliera yo, acompañado de él y de Busch, a pasear por las calles de la ciudad a fin de disipar la tensión pública, asistiendo a espectáculos y centros sociales, demostrando así que todo era obra de la intriga y que estábamos siempre juntos y unidos.

Busch aceptó entusiastamente y pidió el ingreso inmediato de todos los Ministros ante quienes expliqué lo sucedido, atribuyéndolo, exclusivamente, a la inexperiencia y al espíritu infantil del Tcnl. Busch, a quien ratificaba mi plena confianza, ya que momentos antes y para disipar todas mis dudas, me había pedido: **"Si tienes alguna duda, algo en contra mía, concédeme mi retiro del Ejército o destíname a Europa".**

EL ULTIMO CONSEJO DE GABINETE

Sigue hablando el Coronel Toro:

"Aproveché de la reunión del Consejo de Gabinete y de la presencia del Comando, para tratar en seguida de un asunto internacional delicado. El Canciller dio lectura a los documentos del caso. En ese momento, Busch, pidió permiso para retirarse momentáneamente, regresanado a los cinco o diez minutos. (Según supe después, había ido a efectuar una rápida consulta con los capitanes Elías Belmonte y Emilio Guzmán). De improviso y ante nuestra espectación, tomó la palabra comenzando por establecer que todos conocían el enorme cariño que me profesaba lo que le había inducido a resguardar mi persona y mi prestigio, "mejor que el suyo propio".

"Yo le quiero más de lo que él se quiere, más de lo que yo me quiero —aseguró—. Y por eso, por guardar su prestigio, con celo, que nadie siente más que yo, con-

sidero que es necesario que se haga una consulta al Ejército, a fin de que le ratifique su confianza y le conceda plenos poderes a objeto de que, a su antojo, pueda cambiar los Ministros que desee y si es preciso su Gabinete.

Con vehemencia, le respondió el General Peñaranda, haciendo notar que tal consulta era innecesaria e inoportuna. Igual protesta hizo el Canciller, haciendo resaltar la gravedad del momento internacional. Con igual calor, argumentaron, a su vez, los Ministros del Trabajo y de Comercio, siendo apoyados por los demás.

Escuchadas todas las opiniones, expresé más o menos lo siguiente:

Todos ustedes saben las condiciones en las que he aceptado la imposición que, mediante acta firmada por todos los camaradas, me había hecho el Ejército para que tomara el mando, no obstante la enorme responsabilidad que ello importaba, el largo trabajo que había agotado mis energías durante tres años de guerra, el período de la desmovilización y el de la reorganización del Ejército, que he dirigido, sin tener mayor recompensa que haber disfrutado sólo de quince días de licencia obligada, que me concedió el General Kundt sin que yo la solicitara y sólo porque le manifesté **mi franca discrepancia** en la conducción de la campaña (antes de Alihuatá). Si he aceptado el poder incluso a reiteradas instancias del Tcnl. Busch, fue exclusivamente para que tampoco éste, cumpliera sus amenazas de entregar el mando a cualquiera, al primero que pasara por la calle y —según su frase— **"incluso a Saavedra".**

Que sea esta ocasión para declarar que me opuse terminantemente al **golpe de mayo,** como lo demuestran mis conferencias telegráficas con el Tcnl. Busch —escuchadas en Villamontes, donde yo me hallaba, por los señores Generales Peñaranda y Sanjinés y numerosos jefes y oficiales— conferencias a las que oportunamente daré publicidad, y en las que consideraba que **por pa-**

triotismo y lealtad, debía dejarse concluir su período al Presidente Tejada Sorzano, tanto porque recién se daba comienzo a la repatriación de prisioneros, como porque después del golpe a Salamanca —al que también dí mi disconformidad— se le había impuesto la Presidencia y una prórroga, y ya que faltaban apenas dos meses y medio para la terminación de ese mandato.

Sentada esta premisa, manifesté que no aceptaba consejos de nadie en tal emergencia y que creía que se trataba sólo de un asunto personal al que iba a dar solución, consultando al Ejército, lo que por otra parte intenté hacer ya varias veces, anteriormente, no obstante la oposición del Comando.

Y di por terminado el Consejo.

Sin embargo, se quedaron en mi despacho el General Peñaranda y el Tcnl. Busch. El primero siguió insistiendo sobre la inconveniencia de hacer esa consulta que intranquilizaría al país.

Le respondí que mi resolución estaba tomada y que para evitar sus temores se haría la consulta en clave. Pedí al Tcnl. Busch que tomara nota del despacho que iba a dictar, mas como **no pudo escribirlo,** llamé al jefe de la Casa Militar y una vez en limpio se lo entregué al General Peñaranda, para su transmisión.

MI RENUNCIA

El día había sido agitado y cerca de las diez y media de la noche, me retiré a mis habitaciones.

Me encontraba comiendo, cuando me anunciaron que acaba de llegar un empleado de Palacio que, casualmente, se encontraba en el Estado Mayor General, en el momento en que el General Peñaranda y Busch llegaban allá, para transmitir mi mensaje de consulta al Ejér-

cito. Este funcionario me informó, en evidente estado de excitación, que en el Estado Mayor se encontraban alrededor de diez oficiales junto a unos veinte civiles, los que interrogaron a Busch por el resultado de las gestiones.

Que el Tcnl. Busch, en respuesta, entregó un telegrama al Tcnl. Sosa para que le diera lectura, pero que el despacho había sido violentamente arrebatado por los capitanes Belmonte y Guzmán, sin permitir se concluyera su lectura, manifestando que no estaban de acuerdo con el texto y con el acuerdo a que se había llegado. Ante semejante información, hice llamar inmediatamente al General Peñaranda y al Tcnl. Busch, los que llegaron en compañía de los Tcnls. Sosa y Campero y de los capitanes Belmonte y Guzmán.

Amonesté duramente al General en Jefe, General Peñaranda, y al Jefe de Estado Mayor, Tcnl. Busch, por el hecho de haber permitido que dos subalternos les faltaran al respeto y se atrevieran a rasgar, en su presencia, una orden dada por el Capitán General del Ejército y les manifesté que, en esas condiciones y teniendo en cuenta que estaba en el Gobierno como personero de la Institución Armada del país, ya no sólo consultaría al Ejército, sino que formularía la renuncia irrevocable de mi cargo.

Tomó la palabra el Capitán Belmonte para expresar que debía evitarse toda división en el Ejército, para no provocar un derramamiento de sangre. Le impuse silencio y le advertí que debía bajar el tono de la voz. Respondiéndome que el tono obedecía sólo a su vehemencia, que él había sufrido mucho como prisionero y que jamás pensaba faltarme al respeto.

Di entonces por concluida la entrevista, reiterando mi renuncia irrevocable y me retiré a mis habitaciones, encargando al Ministro de Trabajo, que estaba presente, que la redactara en los términos que le indiqué. Largo tiempo insistieron el General Peñaranda y el Tcnl.

Busch, para que yo reconsiderara mi resolución. Se habló de patriotismo, se invocó mi costumbre al sacrificio...

Eran dos camaradas los que me recordaban tantas y tantas cosas inolvidables, que acabé por acceder a que sólo se daría curso a la consulta al Ejército, pero en la condición que yo dejaría de inmediato el Palacio y la Presidencia, para que así el país y el Ejército vieran que les daba plena libertad para pronunciarse.

Y modifiqué mi renuncia en los términos que todos conocen.

Hasta el último instante, el Tcnl. Busch me rogaba que no dejase el Palacio y **confiara plenamente en él "que todo me lo debía"**....

Mientras tanto, el pueblo que ya se había dado cuenta de lo que sucedía, se reunió en gran cantidad frente al Palacio para vitorearme, mientras éste, era materialmente invadido por amigos y por ciudadanos que ni siquiera conocía y que me pedían, unánimemente, que no renunciara, que no dejara el poder por ningún motivo, ofreciéndoseme para lo que mandara.

Nunca, en mi carrera, he sentido emoción mayor. Ahí estaba toda La Paz, todo el pueblo viril, comprensivo y justiciero. Declaro que la manifestacaión de esa noche, es mi mayor premio y mi mejor galardón.

Los comandantes de unidad, por su parte, pedían órdenes y mientras se leía mi dimisión por radio, el pueblo seguía vitoreándome, al mismo tiempo que innumerables personas me presionaban para que no dejara la Presidencia. Pero mi decisión estaba tomada. Di cuenta a los Ministros de la situación y ordené al Jefe del Estado Mayor que se limitara a resguardar el orden y que patrullara en las calles. En ese momento, cuando ya me retiraba de Palacio, un desertor homosexual muy conocido Antonio Campero Arce, se proclamaba por radio, el jefe del movimiento revolucionario... Fue la nota cómica de la noche. El pueblo indignado, quiso

asaltar la radio y el ambiguo tuvo que huir, interrumpiendo su alocución.

En mi casa, durante el curso del día catorce, no hice más que recibir visitas. Personajes de todos los sectores y de todas las tendencias, fueron a expresarme su indignación. Había quienes (la generalidad) no podían creer que Busch hubiese encabezado semejante alteración del orden y más tratándose de mí. Si él hubiese podido oír, siquiera parte de esas opiniones, cómo habría vuelto por su prestigio que ya empezaba a desmoronarse...

Hasta las dos de la mañana duró el desfile de la gente, hora en que mi casa fue cercada por numerosa guardia que, según Belmonte, venían a custodiarme...

Solicité el retiro inmediato de esa fuerza, expresando que mi mejor guardia era el pueblo que tan espontánea y calurosamente había ido a estrecharme la mano. Jamás podía estar más seguro que custodiado por él, que ya me comprendía y que ya había desechado todas las patrañas que urdieron en mi contra los que persiguieron mi desprestigio, desde hacía años.

Pero Belmonte, con sus tropas de policía, comunicó que estaba incomunicado **con todos mis familiares.**

En estas circunstancias protesté, anunciando que no acataría ninguna imposición, hasta que no llegasen las respuestas a la consulta que, ya en texto claro, había hecho transmitir al Ejército.

Belmonte, **mi ahijado,** ya que ésta ha sido la **revolución de mis ahijados,** se presentó nuevamente, en las primeras horas del 15, a decirme que venía a acompañarme al Estado Mayor, donde me insinuaban ir el General Peñaranda y el Tncl. Busch, en vista de que ya estaban llegando las respuestas a la consulta que se hiciera.

Salí acompañado de mi esposa que no admitió separarse de mí, y ya en la calle, fui cercado por una can-

tidad de camiones llenos de policías y fui conducido en uno de ellos, a El Alto de La Paz.

Ahí comenzaron las arrogancias del Capitán Belmonte, que hasta trató de incomunicar a mi esposa.

Toda la oficialidad de la Escuela de Aviación, impotente, tuvo que contemplar no sólo los vejámenes de que fui objeto, sino hasta del arresto del Comandante de Guardia de ese plantel, que resultó ser un sobrino mío. Ante la protesta unánime, Belmonte suavizó sus ademanes y hasta el tono de su voz, acabando por poner su coche a la disposición de mi esposa, para que fuese a la ciudad a buscarme ropa civil, ya que estaba decidido mi destierro.

Una fracción de cadetes me custodió. El oficial que los comandaba, expresó su contrariedad por la triste misión que se le había encomendado y porque se mezclaba a los cadetes en esta clase de actividades, que siempre deberían estar vedadas para ellos. Me despidieron los jefes y oficiales de la Escuela de Aviación, con cariño y frases que no olvidaré, partiendo en seguida a la frontera, con la convicción de haber sido víctima de un engaño y un escamoteo, en el que también se había jugado con el Ejército.

La nota cómica otra vez: uno de los Ministros, vino a consultarme si debía a no aceptar el cargo de Ministro que le ofrecía el nuevo Gobierno.

Mientras tanto, Busch aseguraba a mi esposa que él no había dado órdenes de destierro alguno, que era seguramente un abuso de sus subalternos y que enmendaría esos errores...

No me cabe calificar la conducta de los que actuaron en esta farsa. Es el pueblo, es el país quien se encargará de eso. Yo sólo me limito a creer que debo estar tranquilo. He cumplido como hombre, como patriota y como mandatario. No pesan en mi conciencia culpas de abusos ni de traiciones. Mi espada, sigue siendo la espada limpia que me dieron cuando dejé de ser cadete.

Y nada más. Por otra parte, para estar sereno, para mirar de cara al porvenir y a la vida que siempre **comienza mañana,** no me gusta vagar en las sombras del pasado, que sólo amargan y enseñan a odiar.

Sé que el Tcnl. Busch es un prisionero en el Palacio. Sé que le quieren arrastrar a unas elecciones apresuradas, donde perderá todo lo que le puede quedar de prestigio. Sé que la incertidumbre y tal vez hasta el pesar, llenan sus noches. Realmente le compadezco. Ha deshecho una de mis mejoras obras, ha muerto a ese Capitán legendario que cantó Lira Girón, en una noche chaqueña, cuando festejábamos el cumpleaños de aquel héroe asesinado por la ambición y la deslealtad.

El Ejército conoce todo eso y ya estará midiendo... El pueblo también...

Empieza a aventarse cargos que en los primeros momentos, se formularon con cinismo. Ya la protesta pública ha detenido maniobras y hasta ha impuesto la continuación de procesos que se querían concluir...

Por mi empeño, no se alterará el orden público. Yo fui impuesto por el Ejército y depuesto por Rasputín, Belmonte, Guzmán y Compañía, en nombre de ese Ejército que seguramente no sabía cómo estaba representado, ni cómo se le engañó.

Mi ahijado **sicario** —así llamé a Belmonte, cuando en Charaña intentó despedirse— ya ha hecho flagelar, ya ha derramado sangre inocente. Hay muchos perseguidos, innumerables confinados y muchos en disimulado destierro. Censuras, temores, alarmas...

Y lo peor, todo eso en nombre del Ejército...

Tengo que dirigir un manifiesto a la fuerza armada y al país. No lo he hecho aún, para que no se creyera que obra por despecho o ambición. Quiero que se empiece a ver claro, que se pese, que se mida y entonces, me dirigiré a mis camaradas y a mis conciudadanos, como siempre lo he hecho, con serenidad y con sinceri-

dad. Por otra parte, el Ejército me conoce bien y debe comprender perfectamente, el significado de mi silencio.

A él me dirigí en mi renuncia. Y respecto a ella, no creo que se haya dado a conocer al país la verdadera respuesta de muchas guarniciones que, en efecto, respondieron ratificándome su confianza.

Y nada más —concluyó el ex Presidente— nada más...".

UNA MEDALLA

En el Club de Tennis en La Paz, en una fiesta memorable, se entregó al Tcnl. Busch una medalla que sus amigos y sus admiradores, le obsequiaban. En la leyenda decía: "A LA LEALTAD".

Lo más representativo de La Paz asistió a esa fiesta social. El Presidente, Coronel Toro, se acercó a Busch en medio del salón y le abrazó cariñosamente, en medio de aplausos.

Fue una reunión inolvidable. Se premiaba a una figura legendaria a esa creación de Toro, que era como su obra romántica de la campaña.

Días después del golpe asestado por Busch el 13 de julio, un grupo de amigos departían en La Paz. Alguien dijo:

—¿Y esa medalla "A LA LEALTAD"?... Yo pido que se me devuelva la cuota, con la que contribuí para adquirirla. Es una estafa. O por lo menos que se borre la leyenda. Hay error fundamental que vicia el objeto y quita derecho al poseedor.

—Mejor es pedir que Busch la devuelva. Hay quienes la merecen. Hay muchos leales que debían tener esa medalla. Cualquiera de los que habitan en **Coati** (1).

---

(1) Isla del Lago Titicaca, donde han sido confinados muchos **toristas.**

MAS GRANDE QUE SUCRE

Hay gentes que conocen bien a sus gentes. Nos contaba un testigo presencial que, para acabar de convencer a Busch sobre la necesidad de llamar a elecciones, uno de sus íntimos —Rasputín— dijo un día: —Y con esto serás como Sucre, más grande que Sucre... No habrá Presidente que se pueda igualar a tí...

Se reprisaba, se quería reprisar una vieja y sucia maniobra. Llamar a elecciones para convencionales y hacerse nombrar con ellos. Y si lo lograba, ¿cómo Busch no iba a ser para él más grande que Sucre, que seguramente no le habría admitido ni un segundo a su lado?

LAS FUERZAS

¿Qué fuerzas obraron en la revolución? Si un habitante de La Paz, recibe esa pregunta se quedará perplejo. Y, poco a poco, irán surgiendo figurillas contrahechas, a las que nadie toma en cuenta y dos o tres agitadores profesionales.

¡Los ex combatientes! Los verdaderos ex combatientes, los que cumplieron con su deber, sin ostentaciones ni rencores, esos jamás se han mezclado en las luchas pequeñas de la ambición, que generó el movimiento. Ellos sólo querían una patria grande, cimentar una patria grande después de la tormenta guerrera. Y estaban de acuerdo con la obra del Gobierno.

¡Cuántas cosas se han dicho en nombre los ex combatientes! ¡Cuánto descrédito se ha acumulado sobre ellos, por culpa de unos cuantos!

Y con respecto al Ejército, como se ha visto por el relato anterior, estaba en su lugar, ajeno a esos afanes y fue más bien víctima de ellos.

¿Entonces? —se preguntará— ¿entonces? Nadie se explica hasta ahora cómo ha podido suceder lo increíble. Sólo la pasiva actitud del mandatario, su serena confianza, han dado lugar a que prosperaran las intenciones turbias en un momento en que nadie se daba cuenta cabal de lo que sucedía. De otro modo... El pueblo de La Paz ha castigado más de una vez a los traidores.

Un General nos decía hace tiempo, refiriéndose a ciertos ex combatientes:

—Muchos creen que el haber estado en la guerra es un título del que emanan derechos. Cumplir con el deber, cada uno en su sitio, no ha creado nunca derechos ni mucho menos privilegios. Ni jamás —agregamos nosotros— puede justificar actos de violencia, que perturben la marcha del país.

En la hora del desbande, se medirá recién el increíble suceso que, fuera de su triste celebridad, tendrá una única, desconcertante, extrañísima celebridad: la de no haber contado con nadie y haber podido prosperar un mes, dos, tres... El país dirá hasta cuándo.

UN BANQUETE TRAGICO

El 15 de julio, a dos días de la traición, debía efectuarse en el Club de La Paz un gran banquete que se venía preparando con mucha anterioridad, en honor del General Enrique Peñaranda.

Naturalmente Toro, en su calidad de Presidente, y Busch, como Jefe del Estado Mayor, debían estar al lado del General.

Pero ya se habían precipitado los acontecimientos y Toro acababa de llegar a Arica. Hubo un momento en que se pensó en suspender la fiesta, en vista de las circunstancias, pero se resolvió, finalmente, llevarla a cabo. Deberían asistir, junto con Busch, sus flamantes Ministros...

En el ambiente, aun antes de tenderse los manteles, se respiraba malestar. Nadie estaba a tono con la fiesta que los iniciadores se imaginaron cordial. Se respiraban la franca condenación, el repudio a la infamia, al engaño y a la traición.

Busch, en una de sus clásicas torpezas, cometió, en un alarde de inconsciencia, la fanfarronada de asistir al banquete. Acaso pensaba que la estructura moral de los que esa noche estarían en el Club, era tan desaprensiva —llamémosla así— como la suya. Tal vez pensaba que el detentar el poder, era suficiente título para todo. Pero lo seguro es que no se daba cuenta de que, aparte de haber eclipsado la figura tortuosa de Ruperto Fernández, su primitivismo, sus campechanadas, su falta de cultura y maneras, acentuaban aún más la repugnancia que empezaba a inspirar.

Ya en los ámbitos del Club había resonado, porfiadamente, el grito de "Viva Toro", que en esos días empezó a ser el grito que sintetizaba la condenación a los traidores.

Cuando llegó la hora y empezaron a llegar los últlimos comensales, apareció Busch con su séquito. Muchos se fingieron distraídos. Hubo algunos que le dejaron con la mano estirada. El **cuatrero** estaba desconcertado. No encontraba la actitud que debía asumir. Mientras tanto los gritos arreciaban. Y los vivas a Toro, al General Peñaranda y a La Paz, que empezaba a celebrar el aniversario del 16 de julio, se sucedían en forma increíble.

Cuando a los postres, los oradores hicieron tal prescindencia de Busch y tantos elogios de Peñaranda y Toro, llegando a decirse frases intencionadas, que para nadie podían pasar inadvertidas, todos pensaron que Busch asumiría una actitud, siquiera la de retirarse, pero siguió, pálido, en su asiento como si no entendiera lo que pasaba hasta que, la violenta situación, culminó, cuando el Coronel Ovidio Quiroga, ex Comandante de la Brigada de Caballería, pidiendo silencio, leyó dos telegramas de adhesión al Coronel Toro, suscritos por los coroneles Angel Ayoroa y Amadeo Ballón, comandantes de las fuerzas del Chaco y del noroeste, respectivamente, y que, en respuesta a la consulta formulada por el Coronel

Toro, le testimoniaban su más completa adhesión, en nombre de las unidades a su Comando.

Era, pues, un mentís arrojado en la misma cara de Busch y de sus Ministros. Fue un momento tremendo. Busch "estaba en camisa", como dijo alguien. La traición y el engaño, aparecían en ese momento tan claramente que hasta Busch dándose al fin cuenta de su situación, empuñó su pistola pero sin atreverse a sacarla, lo que, por otra parte hubiera significado su muerte.

No podía darse una situación más violenta. Y puede asegurarse que hombre alguno, en toda la Historia de la República, se ha visto en un momento así, desenmascarado y expuesto en toda su deformación moral, en el momento mismo de su ascensión al poder.

Ante la actitud valientemente hermosa del Coronel Ovidio Quiroga, los vivas a Toro arreciaron. El Ejército acababa de ser vindicado, aunque la sentencia de muerte había sido ya decretada para Quiroga y otros.

Busch se retiró, al fin, apresuradamente, como si recién se diese cuenta de la situación.

La fiesta continuó con entusiasmo. Pasaba una procesión de antorchas en celebración del 16 de julio y la multitud a los gritos dados desde los balcones del Club, respondió con vivas a Toro y a La Paz, lo que debía costar momentos después, la vida precisamente a las personas más inocentes.

En efecto, se presentó en el Club, el Intendente de Policía, Capitán Elías Belmonte, el que desde ese momento asolaría al país con el terror, consagrándose como jefe de la **Checka** criolla y supremo árbitro de la situación.

Belmonte iba al Club a sacar a algunos socios. Como no tenía orden judicial de allanamiento y como el Club era una institución particular inviolable, se le impidió la entrada. Pero él sin atender razones, disparó la ametralladora con la que venía armado, contra los empleados del Club. El administrador Soria Galvarro cayó acribillado.

Momentos después, los señores Adrián Ruiz y Daza caían a su vez. Desde esa noche el país comenzó a sentir la presión de la bota del Melgarejito oriental.

El Club de La Paz, la institución más respetada de toda la República, acababa de recibir su bautizo de sangre. En él, hacía su estreno el Capitán Belmonte, el heroico Capitán que fuera el **primer prisionero** que se entregó al Paraguay, piloteando una máquina, que con excelente buena voluntad, llevó hasta el campo enemigo, restando así a sus filas un piloto y un avión. Ese **héroe** era en esos momentos, el árbitro de vidas y haciendas. ¿Qué pasaba? ¿Se habían olvidado hasta tal punto los sucesos de la reciente guerra, que se podía tolerar semejante contrasentido? Era natural, sin embrago, que para convertir a los policías en elementos de asesinato y tortura, se necesitara un Belmonte, un **prisionero voluntario,** un hombre con la dosis necesario de cobardía para fundar una Checka.

Desde ese día, la vida de los ciudadanos depende del capricho del tiranuelo. Un chisme, una intriga cualquiera, la mala voluntad de un sayón y sin consideraciones a nadie ni a nada, sin escuchar razones ni descargos, se arroja a las víctimas al peñón solitario de Coati o se le confina en las regiones mortíferas del oriente, lejos de toda civilización y del más pequeño recurso.

La Historia calificará los sucesos de esta época, como extraños, en medio de un país de tradiciones bravías, en el mismo país que hizo tenaz resistencia a los caimanes con charreteras del pasado. Se admirará de la apatía con que se toleró un tiranuelo, cuya suerte no sólo hizo que saliera de la campaña con una fama que estaba muy lejos de merecer, sino que encontrara en la confianza de los que le empujaron, el camino para ascender en un momento en que el país parecía aplanado y que sólo así podía tolerar sus desmanes, sus violencias y sus rapacidades.

¿Y AHORA?

Ahora los que gobiernan, mejor el que gobierna, se ha cuidado de conservar hasta los detalles de la administración pasada. No ha tocado nada, como no sean cuestiones personales, no ha modificado nada, consciente de la efervescencia sorda, amenazante.

Ministros que toleran revisiones del asesor, que les amonesta como a colegiales. El país, bajo la flaca mano de Rasputín, sin acabar de creer en lo que sucede. Una extraña situación llena de amenazas y de interrogantes.

No es posible imaginarse un Gobierno más huérfano de iniciativas, más carente hasta de fantasía para decir algo, para prometer algo, para hacerse propaganda, siquiera para mentir. Es un Gobierno de sordomudos.

La única disculpa a la traición más clara y más repudiada, que ha conocido Bolivia, ha sido también de una pobreza única: "No se han cumplido los ideales revolucionarios...". "No se ha armado al país para su defensa"...

Y el país sabe hasta qué punto se han cumplido los ideales de la revolución de mayo de 1936... Y los que aseguran lo contrario, son demasiado tristemente conocidos. Ellos creyeron que entre los ideales de la revolución, el principal era enriquecerles. ¿Será necesario nombrarlos? Todos les conocen.

En cuanto a armarse, se ha hecho algo mejor: No se ha vendido armamento a México y en cambio se ha enviado a los mejores planteles del mundo a la más granada oficialidad. Los jefes no se improvisan, los cañones se compran en una semana. Antes que comprar aviones, que serían estrellados al día siguiente, había que formar pilotos, que tampoco se improvisan. Hay, pues, una pobreza lastimosa en todos los balbuceos de disculpa, algo que confirma la impresión desastrosa que ya empieza a sentir el país.

Y como en todas las situaciones falsas, la flagrante contradicción: Primero: Se declara que el Ejército —que como sabemos ya no opinó así— considera peligroso el deseo del Coronel Toro, de normalizar el Gobierno y que por eso se le substituye en el mando. Dos o tres días después se promete solemnemente: "Nuestra permanencia en el Gobierno será breve. Llamaremos a elecciones cuanto antes"... ¿Cómo se entiende?

Luego se declara que los partidos políticos están desorganizados y anarquizados y a los pocos días se agradece la "tregua política" que esos mismos partidos ofrecen, reconociéndoles, por consiguiente, capacidad y poder. Y se promete nuevamente llamar a elecciones.

Es la mano de Rasputín. Un Ministro sin cartera y que primero se llama "Asesor de la Presidencia" y después "Secretario de la Junta". ¿No equivale eso, a colgar del cuello del mandatario, un cartel de **incapacidad**, como ese "ciego" que conceden las municipalidades y a la vez tomar un lazarillo, para que lo guíe en las tinieblas?

¿Asesor de la Presidencia? ¿Y los Ministros de Estado? ¿Y el Secretario Privado? ¿Quién es, entonces, el Presidente?

La ambición ha perdido a muchos hombres y seguirá perdiendo a muchos más. Amigos, tradiciones, prestigios, se derrumban cuando la vanidad nos ciega y cuando el consejo interesado nos arrastra.

Y volvemos a preguntar: ¿Qué se ha hecho? ¿Cuáles son los ideales que se persiguen?

En los primeros días, por lo menos en los primeros días de todo Gobierno, siquiera como medida elemental de propaganda, por instinto de conservación, se dice algo, se modifica algo de lo que estaba mal hecho, a fin de justificar en alguna forma, una actitud de fuerza. Pero cuando sólo se trata de continuar la obra, trabajosamente elaborada, con todas las circunstancias adversas en contra, cuando se reconoce el acierto anterior y el golpe de Estado o la revuelta, sólo significan el saciar ambiciones personales y el apropiarse de lo ajeno, sin aportar nada nuevo, ni mucho menos mejor, no

se puede esperar nada ni aun confiando en la fuerza ni en el engaño del país.

Ya surgirán problemas, si es que ya no han surgido, que haya que resolver con cabeza y con patriotismo y entonces podremos medir las diferencias, los contrastes.

¡Una Convención! sería el triunfo —efímero es cierto— de Rasputín que le habría hecho elaborar otro **cerco** al Tcnl. Busch, **el cuarto, contra él mismo.**

Y entonces, cuando empiezan "los peros", cuando todos vean ya demasiado claro, será tarde. Sobre la arena de la sucia política, enlodada y rota habrá una estatua que nos recuerde apenas, una leyenda chaqueña, que ya nadie querrá escuchar y ante la que sonreiremos muchos.

La **lealtad** ha sido siempre, en Bolivia, moneda de buena **ley.** Hay hombres que sólo por su lealtad se han elevado. Es la virtud fundamental. Jamás se puede contar con un desleal, ni aun para encomendarle una traición. Además hay una **"Justicia inmanente"**, algo que reside en el alma colectiva que desaprueba lo malo y que siempre castiga.

Para el Coronel Toro, en cambio, el beneficio ha sido inmenso. Todo el país ha tenido ocasión de conocerle y de medir la enormidad de la calumnia que sobre él acumularon sus enemigos. Ya nadie se atreverá a inventar leyendas. Ya todos le conocen y han medido su capacidad, su juicio sereno, su rectitud y su patriotismo. La "cola de paja" ya no existe. Alguien tenía que ganar y él ha sido el ganancioso. La vida pública del Coronel Toro empieza recién ahora. Busch —esta vez sin quererlo— le ha vuelto a colaborar. . .

LA HORA DE LOS AMIGOS

En la Diagonal Norte, cerca de Florida, un grupo de bolivianos comentaban los sucesos de la patria. Todos eran amigos, partidarios fervorosos del Coronel Toro.

—Pero —inquirimos— ¿es que el Coronel Toro, tiene todavía amigos?

—Claro, ésta es precisamente la hora de los amigos... Ahora se conocen a los verdaderos amigos...

Los comentarios sobre la patria se alternaban con lo que se referían a los sucesos mundiales.

—Ahí tienen ustedes a los españoles. Creen que están peleando entre ellos, gobiernistas y revolucionarios... Y España, es sólo la cancha de foot-ball, donde se está disputando un partido internacional.

—Claro, pero las pelotas son españolas...

—Y a propósito de pelotas, el Coronel Toro infló tanto al Tcnl. Busch, que acabará por reventar, como ciertos bichos que hay por el Oriente, que se inflan, se inflan y ¡paf!

—Porque ahora otros siguen soplando... Pobre Tcnl....

TODAVIA...

A las cinco de la mañana —como ya lo hemos dicho— se conducía, entre un impresionante despliegue de fuerzas, al Coronel Toro hacia El Alto.

Ametralladoras por todas partes. Un grupo de cadetes le escoltaban. No se sabía aún hacia dónde se llevaría al derrocado. Otra vez los cadetes mezclados en afanes revolucionarios. Ellos que sólo ejemplos de disciplina, de lealtad, de rectitud, debían recibir. . ¡Un funesto ejemplo, cuyos frutos suelen recoger los mismos que los siembran!

Por fin llegaron, con la esposa, las ropas y lo indispensable para partir. Los sicarios lo requisaban todo. Ya la escena se tornaba tan desagradable y tan ofensiva, que el Coronel, que había permanecido silencioso y sereno, rompió su mutismo dirigiéndose a su señora:

—¡Pero esto no debe saberlo Busch!...

—Pero, ¿hasta cuándo, hasta cuándo no lo vas a creer?

El hombre sano, honrado y recto, no podía admitir, no podía concebir, que el amigo, el camarada, el hermano, pudiese ordenar tanto vejamen para el hombre del que sólo honores, distinción y afecto recibiera. No lo creía aún, no lo creía todavía...

EN RESUMEN

En resumen, nadie entiende a nadie. ¿Es un Gobierno Militar el que rige al país? Hay militares en el Gobierno, pero subordinados a un asesor civil. Y el Ejército ¿está de acuerdo? Los telegramas dados a conocer por el Coronel Quiroga demuestran lo contrario. ¿Entonces?

Grupos civiles organizados, tampoco respaldan al Gobierno. Los ex combatientes, los pocos que dicen ser representantes de esa entidad, se irán apartando fatalmente y entonces el Tcnl. Busch, quedará a merced de los consejeros inmediatos que le rodean y que le obligarán a hacerse él mismo un cerco, el cuarto y el último cerco del Teniente Coronel Busch. Y sólo quedará en la memoria del pueblo el recuerdo de algo muy triste, de algo sin precedentes, del derrumbe definitivo de un hombre que todos creyeros distinto, pero tan distinto, que realmente dará pena haber visto morir tan bella leyenda, por el sórdido deseo de llamarse unos días Presidente. Y acaso también por aprovechar una buena situación, económica, dejada por el Gobierno anterior...

Si la traición, como la belleza, pudiera simbolizarse en algo, en una estatua, por ejemplo, he ahí el modelo perfecto, helénico, purísimo, para inspirarla. Una traición neta, rotunda, sin mezcla de nada, que puede muy bien amasarse con el barro de la ingratitud y de la ambición. La modelará seguramente la historia, después que tenga lugar el **cuarto cerco** del **Tcnl. Busch, al Tcnl. Busch**. . . Esperemos.

Buenos Aires, Octubre de 1937.

SEGUNDA PARTE

LA AVENTURA DE "EL PALMAR"

HAN PASADO VARIOS MESES

El descontento general crece cada día. Confinados, desterrados, desaparecidos. Nadie confía en nadie. La delación y la venganza son la base del sistema de Gobierno.

¿Cuánto más podría aguantar el país? La abulia general, fruto de la guerra, favorece a los detentadores del poder. Todas las fuerzas, una a una, todos los ciudadanos conscientes que apoyaron el movimiento en contra de Toro, por motivos de ideología o de intereses, se van apartando del Gobierno, formando una oposición pasiva y tímida que sólo se atreve a murmurar a sottovoce.

Se van reconociendo los aciertos, la honestidad, el patriotismo del Gobierno anterior y cada día un nuevo atropello o una medida inconsulta, arbitraria o desacertada va creando el contraste, haciendo surgir de las comparaciones la barbarie, el descaro y la violencia del nuevo Gobierno.

Los amigos de Toro ven engrosar sus filas hasta con enemigos de ayer. Hay un placer hidalgo en reconocer el error y en declarar que estamos equivocados, proclamando su contrariedad por no haber apoyado al que teniendo la fuerza sin control, no la usó nunca, al que estableció en la República un régimen de confianza, al amparo del que la nación se iba rehaciendo rápidamente de todo lo que la guerra había destruido.

Ya hemos dicho que los negocios prosperaban, que el cambio subía incontenible y que el comercio se tonificaba día a día. Había interés en el extranjero por acudir a Bolivia. Se planeaban empresas de amplia envergadura. Y todo eso que, en el momento mismo, no se reconocía sino a medias y con cierto gesto ambiguo, saltaba ahora a la vista ante la cruda realidad de una **debacle** sin precedentes.

Todo se había embrollado y obscurecido desde el día de la traición. Sangre inocente había sido derramada. Las cárceles —como en lejanos y nefastos días— se llenaban de ciudadanos y aun de mujeres, sin más culpa que haber manifestado su asco por el Gobierno. Se torturaba, se flajelaba. El matonismo campeaba en las calles. La tétrica Isla de la Luna, torturaba hasta con hambre a ciudadanos y jefes militares adictos al régimen anterior. En consecuencia, la desconfianza, el desasosiego, la incertidumbre y el temor aumentaban el malestar general que pronto debía traducirse en una crisis económica más aguda que la de los tiempos de la guerra. El cambio se derrumbaba y las reservas de oro desaparecían misteriosamente.

Nunca han ocurrido temblores de tierra en La Paz —decía un viejo— parece que hasta la tierra protesta por lo que sucede...

A consecuencia de una política egoísta se soplaba sobre la hoguera del regionalismo y se daba el caso increíble de una procesión constante de chismosos y hasta de mujeres de mala vida, hacia el Palacio, donde se les asignaba sueldos para llevar el chisme o la delación que se traduciría en una paliza, en un destierro o en un confinamiento.

Las pocas legiones de ex combatientes que al comienzo habían prestado su concurso y apoyo a Busch, se apartaban airadas y la Policía se veía en la necesidad de inventar asociaciones formadas por sus mismos miembros, para dirigir adhesiones al Gobierno en nombre de los ex combatientes, de los obreros y hasta —caso insólito— de los estudiantes...

Y entonces —la pregunta fluye de plena lógica —¿quién sostiene al Gobierno?

Al principio, pocos se dieron cuenta cabal de que era una fuerza reaccionaria —económica y no política— la que había empujado a Busch. Pero ya se hablaba del **"millón de pesos"** que esta vez habían sido los dineros que recibiera el Judas uniformado.

Esa fuerza —que estaba inquieta ante las reformas que Toro introdujera —era la que siempre había expoliado a Bolivia. Era la misma que realizaba, como empresa nacional, el insolente absurdo de tener más rentas que la nación. Era la misma que siempre había considerado a Bolivia como a una hacienda lejana e insalubre, donde unos cuantos mestizos sudaban para acrecentar sus caudales. La que llevaba la sede de sus negocios al extranjero, la que producía el mayor éxodo de oro del país, la que no había hecho una sola obra benéfica ni patriótica y que prefería invertir sus capitales en empresas asiáticas o europeas antes que ser la propulsora del desarrollo nacional. La que medró durante la guerra, haciendo préstamos judaicos a elevado interés y cortos plazos que en caso algunno sobrepasaron el lapso de un año, y, finalmente, la misma que se alarmó con la instalación de laboratorios de análisis que le impedirían seguir engañando al Fisco, y la que se opuso al aumento de producción estañífera que permitiera mejorar mayormente los salarios y mantener el cupo de producción señalado al país, razones todas por las que Toro le notificó que en caso extremo "estaba resuelto a intervenir sus minas para salvar al país", si intentaba persistir en su política de sistemática obstrucción que, visiblemente contrastaba con la de todos los demás mineros, grandes y pequeños, que apoyaban la política del Gobierno por encontrarla aceptable y necesaria, para la mejor defensa de los superiores intereses de la nacionalidad, en el momento más delicado de su historia económica.

Los incondicionales incrustrados en todos los sectores de la opinión y que formaban una especie de Logia al servicio del Ogro del oro, hasta habían desviado el criterio de éste, cuando en un deseo patriótico, tal vez en un momento de arrepentimiento, había querido hacer algo por la Hacienda

de Mestizos que sudaban por él y para él. En realidad, ellos eran los culpables.

Y esta era la fuerza que apoyaba a Busch. El en cambio haría —a los miembros más destacados de esa fuerza— Embajadores, Ministros y hasta los condecoraría con los emblemas que la República otorga a los meritorios, a los servidores, a los patriotas.

Este era el panorama nacional, completado por la amenaza de una nueva guerra, que acaso los gobernantes provocarían para conjurar el peligro que el agotamiento de la paciencia nacional, encarnaba para ellos.

Y en esas circunstancias la oficialidad del Ejército creyó prudente tomar algún acuerdo, algo que salvase el prestigio de la clase armada, en cuyo nombre se estaba arruinando moral y materialmente el país. La historia diría inexorablemente que fue el Ejército el culpable. Hasta el Gobierno parecía maniobrar de manera que así lo pareciese.

El propósito no era otro que de salvar al país y al Ejército, haciendo que el primero recuperase su normalidad institucional y que el segundo, se retirara completa y definitivamente de la política, para dedicarse en forma exclusiva a sus labores profesionales. La suprema aspiración patriótica que perseguía el Coronel Toro, que había depuesto toda ambición personal, era la de salvar a la Institución Armada y contribuir a restablecer la normalidad política del país, consiguiendo primero la formación de una **Junta de Gobierno Civil** provisional integrada por los elementos más prestigiosos y destacados de los distintos sectores. Esta Junta, debería durar en sus funciones sólo el tiempo que los partidos lo juzgasen indispensable, para completar libremente su reorganización, de manera de encontrarse en aptitud de concurrir a las justas electorales con las más plenas garantías resguardadas por el Ejército.

Además, dado el estado descomposición orgánica del país y del Ejército, éste debería contraer el compromiso previo, ante la nación, de que sostendría, primero a la Junta provisional y después al Gobierno Constitucional, garantizan-

do plenamente el mantenimiento indefinido del orden público, asegurando, como ya se ha dicho, que realizadas las elecciones legales y cualquiera que fuera el resultado de éstas, se retiraría, completamente, a sus cuarteles, para no inmiscuirse más en la vida política del país, que es lo que precisamente anhela el noventa y cinco por ciento de la oficialidad felizmente hasta hoy incontaminada y que ve, con profunda angustia patriótica, el desprestigio al que el Ejército ha sido arrastrado por la ineptitud y los bajos apetitos de unos cuantos.

Entonces, secretamente, se tomó el acuerdo de llamar a Toro a unas conferencias en el Chaco, donde residía, como era natural, la mayoría del Ejército.

El ex Presidente se encontraba a la sazón, convaleciente de una grave enfermedad en su residencia de Santiago. Pero no desoyó el llamado y enfermo aun y dentro del mayor secreto, salió de Chile una noche confundiéndose con el turismo argentino que regresaba a su país.

No se podía ir a Buenos Aires, sede entonces de una cantidad de servidores de Busch, que con uno u otro pretexto, iban a acomodar dineros y a entregarse a una temporada de francachelas.

La primera etapa fue Mendoza. Después de pernoctar en un hotelito cercano a la estación, continuó el viaje hacia Córdoba por Villa Mercedes y Río Cuarto. Allí la salud del ex Presidente, pareció volver a resentirse. La fatiga había sido grande. En un día helado, desde las primeras horas de la mañana hasta las once de la noche, cruzó la pampa con un gesto de fatiga que las malas noches anteriores, en Los Andes y Mendoza, con sus respectivas madrugadas, acrecentaron de manera alarmante.

Parecía que el viaje se concluiría en Córdoba. No era posible llevar a un enfermo al desamparo del Chaco, del que todavía le separaban más de dos mil kilómetros.

Pero una noche quieta en la histórica ciudad y un día de reposo, bastaron para animarle de nuevo y esta vez la me-

ta fue Tucumán. Allí no se pudo tomar el tren internacional, donde viajaban seguramente varios bolivianos conocidos.

Y otra vez, en un tren de emergencia, se tomó rumbo al norte, hacia Perico, de donde ya era posible, sin contratiempos ni encuentros inoportunos, llegar a Manuel Pedraza que sería la sede de la primera entrevista.

La comitiva del caudillo había crecido, integrada por dos amigos argentinos que noble y desinteresadamente le prestaron toda clase de cooperación. Pero esto requiere capítulo aparte.

LOS ACOMPAÑANTES

Los argentinos acompañantes del Coronel Toro, desde Córdoba hasta Tartagal, eran **Higinio Hernando y Horacio** Boero.

Hernando, es desenfadado y amigo de la publicidad. Siempre elegante y con una flor en el ojal, hasta cuando está en la selva, es entusiasta y sería difícil encontrarle con el ánimo decaído. No pasa una mujer, ni hay un lugar donde se coma y se beba bien, sin que Hernando tome debida nota. Una batería de cigarros, de buena marca, le llenan el bolsillo superior izquierdo del chaleco y le abultan el bolsillo de la americana donde flamea el pañuelo. Nombrado secretario del Coronel, sus funciones fueron múltiples y hasta con sacrificio de sus propios intereses, atendió al ex Presidente durante toda su estadía en la Argentina. Cuando surgía una dificultad o aparecía un amigo, ya Hernando le había obsequiado un puro. Era su mejor argumento, su tarjeta, su sello y su alianza: —¿Un cigarro? —y ya todo estaba arreglado para Hernando.

Horacio Boero es hijo de un conocido potentado de San Francisco, provincia de Córdoba. Atlético, sportman y sereno, ama la aventura y sin otro acicate que el de formar par-

te de una correría, que bien podría acabar mal, sobre todo por la nerviosidad y desconfianza de los hombres de Gobierno, se plegó a la pequeña comitiva, ofreciendo ayuda de todo género, en rasgo quijotesco que le honra doblemente, ya que a él ya no pueden seducirle futuras expectativas, dada la situación de que goza y en la que ha nacido.

Estos eran, pues, los acompañantes argentinos desde C6rdoba.

UN MILAGRO TELURICO

Conforme avanzábamos al norte, al bordear las selvas tucumanas y sentir el jadeo de la tierra caliente, el Coronel Toro se iba transformando, es decir, recuperando, hora a hora, la salud.

Cuando creíamos que en Córdoba tendría que hospitalizarse, nunca nos hubiéramos figurado que en tan poco tiempo pudiese reaccionar un organismo.

Si el Coronel hubiese orado en alguna capilla de imagen milagrosa, si se hubiese acercado a un santuario, hubiéramos creído presenciar un milagro. Pero, con su mal humor de hepático, ni siquiera había querido mirar la maravillosa catedral de Córdoba, que le mostrábamos bajo la luna frente a frente del hotel.

La selva se desarrollaba a ambos lados de la vía. Corríamos directamente hacia el norte. Colinas cubiertas de vegetación, caminos que se perdían entre los ramajes. Al bordear el río Juramento el Coronel nos preguntó medio en broma, medio en serio, si nosotros podríamos tomar un poco de cerveza. . .

Había recuperado el apetito y el color. Y al día siguiente, cuando desde Perico partimos hacia Tartagal, después de cruzar el Bermejo, y cuando alguien dijo: "Ya estamos en el Chaco, porque este ya es el Chaco Austral", el Coronel era ya

otro hombre dispuesto a todo. Hasta su buen humor habitual hacía estallar sus clásicas carcajadas.

—Y este era che, el Bermejo, el límite de Bolivia con la Argentina. Así que en buenas cuentas ya estamos en Bolivia...

—Estaríamos, si estuviéramos viviendo hace ochenta años...

La influencia de la tierra, la cercanía de la tierra donde cimentó su prestigio y donde durante tres años escribió para su patria, páginas de gloria, le hacían reaccionar violentamente:

—Miren un **pahuichi** (1)... Igualito al Chaco...

—Pero si esto ya es Chaco...

—Sí, es lo mismo todo, los árboles, la tierra... Miren, miren una **viudita** (2).

TARTAGAL

Llegamos a Tartagal en las primeras horas de la noche. El Coronel se había puesto un poncho de vicuña que Boero llevaba y con una maleta en la mano y el sombrero sobre los ojos, parecía algún viajante de esos que frecuentan tanto esa zona.

Temíamos, y con razón, el encuentro con algún boliviano. Nos dirigimos hacia el Hotel Espinillo y al entrar en él, el Coronel se encaró con un señor que, en mangas de camisa, se apoyaba en una mesa:

—¿Hay pieza?

—Yo no soy el dueño, señor. La señora...

Una señora de luto, viuda del dueño, se acercaba. El señor en mangas de camisa daba vueltas haciéndose el dis-

---

(1) **Pahuichi:** Especie de rancho del Chaco.

(2) **Viudita:** Pájaro blanco con la punta de las alas negras.

traído. Resultó que era nada menos que el Cónsul paraguayo en Tartagal...

Empezaban ya las sorpresas. Un hombre alto, fuerte, se acercaba decidido al Coronel. Boero que lo notó primero, se interpuso.

—No tenga cuidado, soy mandado por el Coronel Ruiz...

—¡Ah!...

En el patio largo, con parrones, la lluvia, una lluvia fina que había empezado a caer, hacía charcos que brillaban a la luz de los corredores.

Cuando tomamos piezas surgió de otra, donde parece que dormitaba, un hombre grueso, atlético, de ademán resuelto, haciendo tintinear en la mano unas cápsulas de revólver con las que parecía querer hacer malabares.

—¿Dónde? —preguntó con marcado acento de boliviano del sur.

—Aquí, mi Coronel.

Y penetró a la pieza del Coronel Toro. Todos le seguimos. Un abrazo entre los dos jefes y después de las presentaciones, comprendiendo que tendrían que hablar, los dejamos solos hasta la hora de la comida.

Habían comenzado las conferencias que se prolongarían por cinco días más, en pleno Chaco boliviano, en un deseo de evitar que el Ejército se siguiera desprestigiando y que al final resultase el culpable de la ruina moral y material del país, ruina provocada por unos cuantos ambiciosos que habían enloquecido a Busch.

Había empezado la "rebelión" para el Gobierno que a toda costa quería tener motivos para seguir su política de atropellos y pretextos para tratar de desprestigiar a sus adversarios, a esos adversarios que sólo querían llamarle a la cordura, para bien de todos los bolivianos.

UNA COMIDA CON RUIZ

Al roturar la vieja selva, dejaron en lo que debería ser la plaza de Tartagal, un hermoso ejemplar de espinillo, árbol de la región, de follaje fino y espeso. Este árbol quedaba en la misma puerta del hotel, el que por eso se llama "Hotel Espinillo".

Bajo la sombra de ese árbol, algunas mesas donde se bebe cerveza. En la esquina, a quince metros del hotel, unos billares y varios cafés que se escalonan alrededor de la plaza y hacia la estación.

Los desocupados del Hotel Espinillo, entre los que se contaba el Cónsul paraguayo, debieron intrigarse sin duda con nuestra llegada y más cuando detenido al borde de la acera, el coche del Coronel Ruiz, con patente de Tarija, fue imprudentemente examinado por Hernando.

Felizmente, la sospecha no había cundido todavía y es seguro que el primero en concebirla fue el Cónsul paraguayo. Su actitud era de intriga y vigilancia, por lo que —fuera de una elemental prudencia— se decidió que el Coronel comiese en su cuarto, mientras todos los demás lo hacíamos, ruidosa y despreocupadamente, en el comedor del Hotel.

Cerca, el Cónsul paraguayo tenía el oído vigilante. Su astucia racial le advertía que algo sucedía, que esos viajeros no tenían la pinta habitual de los que él veía desfilar por Tartagal.

Con todo, como se hablaba con insistencia de los Molinos de Boero en San Francisco, de los fideos "Tampieri" y de las relaciones comerciales de Higinio Hernando y Boero, algo debió disiparse la curiosidad que nos rodeaba.

El Coronel Ruiz comió en nuestra mesa. Ya nos había desconcertado su calma cuando, momenos antes, con la mayor naturalidad aceptó acompañar a Toro al Chaco.

—Bueno, vamos —dijo y en seguida se dirigió al comedor, donde con excelente apetito, comió y bebió cerveza tucumana.

El Coronel Toro, sujeto a una dieta, comió en su pieza y se acostó en seguida, pues se había acordado partir a las tres de la mañana hacia Yacuiba.

Departimos largamente con Ruiz.

—¿Un cigarro, mi Coronel?

Era Hernando que estaba poniendo la primera piedra fundamental de su amistad con Ruiz.

—Bueno...

Y con esa malicia, muy chaqueña, el Coronel Ruiz daba vueltas observando el cigarro que le acababa de dar Hernando.

—Es bueno, mi Coronel... Es bueno...

—Sí, sí... —Y Ruiz se decidió, al fin, a encender el cigarro.

Departimos largamente aún. Llovía. Las calles de Tartagal eran un dédalo de barriales. Un calor húmedo, pegajoso, nos ensuciaba el rostro.

Ruiz de pie, con una pierna flojamente cruzada contra la otra, nos hizo sus primeros chistes, mientras arrojaba humo y —para extrañeza de Boero— seguía jugando con las cápsulas de revólver.

"CON TORO"

Mucha gente ignora hasta qué punto es interesante la personalidad del Coronel Ruiz.

En la campaña fue, sin duda, una de las figuras de más relieve y si su apodo de "cuatrero" hablaba de sus hazañas en el monte, al guiar tropas en el frente, de cara al enemigo, su fama como militar de línea fue también muy merecida. Se destacó entre los oficiales subalternos, ya desde el tiempo de

paz, por sus especiales virtudes y sus numerosas exploraciones en el Chaco. Su conocimiento amplio del terreno y su valor a toda prueba, le hicieron destacarse, desde la iniciación de la guerra, en la que actuó siempre, sin descanso, en el cumplimiento de las misiones de mayor confianza. Comandante del hoy famoso Regimiento "Castrillo", que él fundó y organizó, actuó en todos los frentes y contuvo al enemigo en el sector de Picuiba, para permitir la realización de la batalla de Strongest. Comandó el destacamento de maniobra, bajo las inmediatas órdenes de Toro, en la gran batalla de Carandaity; actuó como Jefe de Estado Mayor de una de las divisiones del famoso "Cuerpo de Caballería" que dio las más técnicas y audaces victorias militares al Ejército, en Carandaity, Pozo del Burro, Algodonal, El Cruce, Las Dosas, Villazón-Irindagüe, Lomas Vistosas y toma de Picuiba; finalmente, actuó en igual cargo, en la batalla de Ñancorainza, de la que es el verdadero e indiscutido héroe, e inició, con su división en el sector central, la gran ofensiva que dirigiera personalmente Toro y que por primera vez en la historia de la campaña, se efectuó en todo el frente de operaciones, desde el Pilcomayo a Puerto Suárez, y cuya primera fase victoriosa se inició con la batalla de Boyuibe —punto que atacó la división Ruiz— y culminó con la recaptura de Charagua, El Parapetí, Santa Fe y otros puntos de importancia, tomados por el Tcnl. Añez.

Conversando con él, antes y después de la aventura de "El Palmar", pudimos apreciar su claro sentido, lógico, simple y rotundo. Sus observaciones agudas y certeras, no necesitaban vestirse con los ropajes de esa fraseología tan apreciada en Bolivia.

Un día nos decía él:

—A Toro le han hecho mucho mal sus amigos, sus amigos inconscientes del cargo que ocupaba y de lo que representaba para el país y para el Ejército.

—¿A qué se refiere, mi Coronel?

—Fíjese que todas las fiestas, de uno o de otro, aparecían, al día siguiente, como fiestas de Toro... De ahí su

fama de **farrista**... Y era que el jefe, con la habitual bonhomía que le honra, pero que en el ambiente de chisme le hizo daño, concurría casi siempre a las comidas y fiestas de sus camaradas o amigos y como resultaba la figura central, la que más se destacaba —aunque su permanencia en el festejo fuese breve— se hablaba de sus risas, de sus chistes, de su cordialidad y al fin, con "estuvo Toro", "Toro dijo anoche"... Resultaba que el de la fiesta había sido Toro y que Toro había obligado a sus amigos a trasnochar, a beber, etc., aunque él sólo hubiese asistido por condescendencia y sólo hubiese estado un momento.

Muchas, pero muchas veces, el festejo degeneraba, y aunque sólo, cuando todo estaba en orden y se guardaba circunspección, hubiese estado el Coronel, al día siguiente, al rodar los comentarios, fue Toro el que dijo, fue Toro el que originó, el que hizo, etc. Y así fue creciendo la bola de nieve...

—Yo —concluía Ruiz— pocas veces estuve en fiestas o reuniones con el Coronel, pero siempre constaté que la fiesta de Pérez, de González o de Gutiérrez, resultaba fiesta y escándalo de Toro, sólo porque él había acompañado a sus amigos, aunque sólo fuese un momento. Sus amigos... Los amigos que tanto levantó Toro, tienen la culpa y si no: ¿Qué me dice del "camba"? Felizmente, la gente ya va comprendiendo la verdad y empieza a no querer tragar que, un hombre tan atareado, tan solicitado y tan trabajador, estuviese siempre en fiestas, en tantas fiestas, muchas veces, en tres fiestas diarias...

HACIA "EL PALMAR"

A las tres de la mañana, en el coche de Ruiz, partieron en dirección a "El Palmar", los dos jefes que iban a iniciar una jira secreta, de buena volunad, a fin de aunar las opiniones y exigir al Gobierno la reforma de sus métodos, el ale-

jamiento de elementos que le desprestigiaban y la continuación de la obra realizada por Toro.

A estas conferencias debía asistir el General Quintanilla, que ya estaba en viaje con ese objeto. De ese modo, con la cooperación de jefes que estaban cerca del Gobierno ,la presión del Ejértito, con los objetivos indicados, sería saludable y decisiva.

Los seis días que el Coronel Toro y el Coronel Ruiz permanecieron en le Chaco fueron de verdadera camaradería y de una constante demostración del espíritu de sacrificio y rectitud que animan a esos defensores del patrimonio nacional.

Comisiones de todos los esctores, manifestaciones de respeto y aprecio y franca comprensión de los verdaderos problemas de la patria, demostraron, en esa ocasión, que en el Ejército se seguían cultivando las más claras y puras virtudes cívicas.

No se trataba de efectuar un movimiento revolucionario, cosa que por otra parte, habría sido facilísima, sino de tomar acuerdos para llamar al Gobierno al camino de la cordura patriótica, para conseguir el arreglo pacífico de la situación y sólo en caso extremo recurrir a la revolución que debería hacerse en el interior del país y no en el Chaco, donde lo más que podía pedirse, era el apoyo moral, dada la situación especial de las tropas que lo guarnecen. No obstante, hubo opiniones en el sentido de efectuar un movimiento armado que incluyera al Chaco, opinión que fue rechazada por la gran mayoría de la oficialidad y por el mismo Coronel Toro, a quien el Tcnl. Ruiz diera cuenta de esta condición previa, ya a su llegada a Manuela Pedraza. Por otra parte, no debe olvidarse que el Coronel Toro no deseaba hacer una revolución para encumbrarse nuevamente, sino que buscaba únicamente salvar al país y a su Institución Armada del caos, el desprestigio y la disolución.

El General Quintanilla —de triste actuación en la guerra— que debía ir a ponerse de acuerdo con los conferencistas, sería el encargado de llevar al Gobierno la decisiones y

la voluntad del Ejército del Chaco, ya que éste representaba la mayoría y ya que el Gobierno estaba constituido por una Junta Militar que se decía personera del Ejército.

Pero lo imprevisto, enredó la madeja y determinó una serie de acontecimientos que debían culminar en asesinatos, cuyo enorme peso aplastará ineludiblemente a los culpables.

¿DONDE ESTA TORO?

Mientras tanto en Chile, la Legación de Bolivia y el Consulado, se ocupaban exclusivamente de establecer el paradero del Coronel Toro, sin conseguirlo.

Los medios puestos en práctica, la ingenuidad de los procedimientos y el temor que gravitaba en el ánimo de los que dirigían la búsqueda, permitieron la ocultación aun después del regreso del Coronel Toro, a territorio argentino.

Las versiones más absurdas y fantásticas circulaban por todas partes. Jamás el temor se exteriorizó en esa forma, a tal punto que el Jefe de Policía de La Paz y sus agentes principales, se trasladaron a territorio argentino y chileno. Circularon rumores de que se intentaba asesinar al Coronel Toro y hasta se indicó el nombre del que tuviera esa misión. La United Press preguntó a Salta. El Goiberno había **perdido los estribos.** Hijo de la traición, temía la traición. Una agitación enorme reinaba en La Paz, en las esferas allegadas al Gobierno. Se pernoctó repetidamente en Palacio. Se decía que Busch había querido renunciar y que sólo la voluntad de Belmonte —jefe supremo de la Junta— le impidió tomar esa determinación.

Mientras tanto, se daba de baja al Adjunto Militar en Santiago, Tcnl. Eduardo y se destituía al Cónsul don Luis Cariaga, por no haber sabido informar del paradero del Coronel Toro. Se decía que igual suerte cabría a los miembros de la Legación. Todos se agitaban, todos trataban de averiguar al-

go, todos temían la pérdida del puesto, destituidos por Busch o destituidos por los revolucionarios.

Mientras tanto, el Coronel Toro, en círculo de oficiales, hacía resonar sus carcajadas en los ratos de expansión y camaradería, debajo de los algarrobos de "El Palmar".

El síntoma más preciso de la inconsistencia del Gobierno, lo dio el mismo Gobierno al mostrar un pánico y un desconcierto tales, que le arrojaron hasta el crimen.

Quintanilla, le General de las derrotas, el que redactaba al principio de la guerra con el Paraguay, los partes más grotescamente fanfarrones y que sólo atinó a huir abandonando sus tropas, por lo que fue juzgado y condenado por el Presidente Salamanca, esta vez también, se asustó de pronto y se quedó en Tarija, en lugar de seguir a El Palmar, como se había comprometido. Y allí esperó, sin chistar por lo que pudiera suceder, tres días, al cabo de los cuales y sabiendo que Toro había decidido ya su regreso a la Argentina y Chile, alborotó en tal forma y asustó de tal manera al Gobierno, con la "revolución del palmar", que fue precisamente en ese momento cuando Busch quiso renunciar.

LA CHEKA SE APROVECHA

Tal vez sería ingenuo creer que Busch y sus secuaces, atribuyeron a las conferencias de El Palmar, más importancia y alcances de los que en realidad tenían. ¿Pensaron en una revolución o sólo se quisieron aprovechar de ese pretexto?

Es aventurado asegurar lo uno o lo otro de manera absoluta, aunque, por muchos motivos, se puede colegir que pasado el susto del primer momento, originado por Quintanilla, sólo quisieron extremar sus medidas, tener pretexto para sentar un precedente, para hacer un "manchachi" (1) y asegurar la elección.

---

(1) "Manchachi": Asustador, algo que sirve para asustar.

La Cheka se apoderó del Teniente Coronel Juan de Dios Cárdenas, Comandante de El Palmar que, tranquilamente, después de la partida de Toro, se había quedado cumpliendo sus deberes. Innumerables otros ciudadanos fueron apresados. Algunos alcanzaron a refugiarse en las Legaciones, sabedores de que la Cheka, decía que la "revolución de El Palmar" tenía ramificaciones en toda la República. Muchos de esos presos y confinados y de los que alcanzaron a huir o a refugiarse, no tenían ni la menor idea de los planes de Toro, no sospechaban siquiera que él hubiese planeado y realizado unas entrevistas con sus camaradas. Pero ¿qué le podía importar a Belmonte? Lo que él quería eran víctimas para aterrorizar, para acabar de aterrorizar al país. Y las tuvo y esta vez abundantes y de notoriedad.

Todo el pueblo de Tarija siguió con interés e indignación el proceso en que fueron juzgados los militares acusados. El Tribunal, era tribunal que correspondía para el caso. Lo integraban: el Coronel José M. Quintela, como Presidente; el Coronel Maximiliano Ortiz y los Tenientes Coroneles Rogelio Ayala y Rodolfo Jordán y Rosas (hoy Jordán Cuéllar).

Cada uno de estos personajes, merece acápite aparte.

El Coronel Quintela, de triste actuación en la guerra, quedaría retratado con sólo la siguiente anécdota. Era tal su fama de cobarde que, en cierta ocasión, cuando se encontraba en la Séptima División, con asiento en Saavedra, tuvo que ir a Murguía, donde acababa de realizarse un fuerte ataque enemigo. Llegado allí, ya después haberse rechazado el ataque, pidió un estafeta para que le acompañase a inspeccionar la línea. El estafeta, después de caminar una cuadra, le enseñó un puesto telefónico, hablando en voz muy baja. Poco después le mostraba una trinchera, hablando siempre en voz baja. Quintela respondía también en el mismo tono, quizá más bajo aún. Luego le fue mostrada una alambrada.

—¿Qué es esto? —suspiró apenas el Jefe.

—Una alambrada, mi Coronel —susurró el estafeta.

—¿Y el enemigo?

—Está a unos seis kilómetros de aquí...

—Y entonces —vociferó recién el "héroe"— ¿por qué me habla en voz baja?

—Porque estoy muy ronco, mi Coronel...

Este mismo inefable Quintela, cuando desempeñaba el Comando de la 3ª División en el sector Corrales, se declaró enfermo y solicitó que lo evacuaran. Los médicos que le examinaron, le declararon sano. Sin embargo, Quintela se acostó resuelto a no levantarse más, pues, aseguraba que estaba con "caquexia", o sea enflaquecimiento progresivo... Pero ante la sorpresa de todos y las sonrisas de los médicos, Quintela engordaba cada día más, debido a que no hacía otra cosa que comer y dormir.

Por fin, el Comando del Cuerpo, ante la tenacidad de Quintela que no quería salir de la cama, resolvió que el Cirujano Mayor del Cuerpo acompañado de otro facultativo, examinaran al "gordo paciente", como se había dado en llamarle, informando por escrito que el Coronel estaba atacado de "psicosis de guerra", es decir, terror a la guerra.

Quintela fue evacuado y no quedó más que el comentario risueño, a veces compasivo... Todos creían que, por lo menos moralmente, estaba muerto. ¡Pero de pronto, se alza ante un héroe auténtico, en calidad de juez... y ascendido a General!...

El Teniente Coronel Rogelio Ayala, apodado **"Kencha"**, o sea, "mala pata" —jettatura— es otro personaje pintoresco. Era tal su fama de "Kencha", que en cierta ocasión en que fuera destinado al Segundo Cuerpo, el General Osorio al saber que iba a tomar el mando de una de las unidades a su cargo, telefoneaba al Jefe del Comando, que le daba la noticia:

—Hágame el favor de proponer al Comando Supremo, que si me aceptan la devolución de Ayala, les doy de "yapa" (aumento) un Regimiento...

El Teniente Coronel Rodolfo Jordán y Rosas que, por razones de mejor información, hoy se llama Rodolfo Jordán Cuéllar, era otro de los integrantes del tribunal.

Durante toda la guerra no hizo sino de "maitre" de cocina y constantemente estaba preocupado de lo que comerían sus jefes. Siempre les estaba ofreciendo "un asadito"... Hasta que un día un General, molesto por la eterna oferta, le increpó duramente:

—¿Por qué no va a la línea, en lugar de presentarse diariamente con su cara de "asadito"?...

Una excepción honrosa en el tribunal: el Coronel Maximiliano Ortiz, de brillante actuación en la campaña.

Frente a ese tribunal, el Teniente Coronel Cárdenes se irguió altanero, negando toda autoridad moral, para juzgarle, a todos sus componentes, a excepción del Coronel Ortiz que, como soldado y hombre, no podía prestarse a semejante farsa trágica.

Pero el tribunal había sido escogido cuidadosamente, entre incondicionales dispuestos a todo y si se le integró con el Coronel Ortiz, era precisametne para que hubiera alguien, cuyo prestigio fuese indiscutible. Precisamente fue él quien votó en contra de la pena capital, a que por mayoría, se condenó al Teniente Coronel Juan de Dios Cárdenes.

Todo el pueblo de Tarija estaba indignado y resuelto a no dejar cumplir la sentencia. Las sociedades obreras, culturales, las asociaciones de damas, todo lo que de más representativo tiene una nación, acudieron al Presidente de la Junta Militar de Gobierno, para que indultase a su camarada, a un benemérito de la guerra, a un hombre ampliamente apreciado y respetado y que aparecía inocente a todas luces. Pero... Ya hemos bosquejado la personalidad de Busch.

Entonces el pueblo en masa montó guardia, amenazante, para impdir que el Coronel Cárdenes fuese sacado del convento en que se encontraba.

Pero, será preferible que veamos cómo "Crítica", de Buenos Aires, en su edición del 13 de mayo, relata los acontecimientos:

> "Al conocer el pueblo de Tarija el fallo del Tribunal Militar la repulsión por el mismo fue unánime, le-

vantándose voces de protesta que se significaban en manifestaciones públicas que, recorriendo algunas calles céntricas, llegaron hasta el convento donde se encontrbaa el Tcnl. Cárdenes, exigiendo que éste fuera trasladado a un lugar donde su vida no corriera peligro.

La exteriorización del sentimiento popular, en favor de la anulación del fallo, fue tan imponente, que las autoridades decidieron trasladar al sentenciado al domicilio particular del Alcalde Attié. De inmediato, el pueblo montó guardia durante el día y la noche, alrededor de la mencionada finca, para evitar que Cárdenes fuera sacado y conducido al lugar destinado para el fusilamiento. **Engañan al pueblo.** Frente a tan decidida actitud popular, un policía de apellido González, hizo circular versiones en el sentido de que el tribunal había revocado su sentencia y, por consiguiente, Cárdenes no sería fusilado, logrando con ello que las numerosas personas que velaban por la seguridad material del nombrado militar, abandonaran la custodia y se retiraran a sus respectivos domicilios.

Esta oportunidad fue aprovechada por una comisión militar para sacar de la finca al Teniente Coronel Cárdenes, a quien cargaron sobre una camioneta para trasladarlo, por orden superior, a un lugar denominado Entre Ríos.

La muerte de Cárdenes.— La esposa del militar sentenciado, que no se separaba de éste ni un instante, comprendió entonces la maniobra y se abrazó a Cárdenes mientras imploraba clemencia y suplicaba que no se lo llevaran. Las súplicas fueron desoídas por los ejecutores que la separaron a viva fuerza de su esposo, a quien cargaron, maniatado, sobre la camioneta. Instantes después, se oyeron dos disparos de máuser y de inmediato el cuerpo inanimado del Teniente Coronel Cárdenes fue arrojado al suelo recibiendo una ráfaga de ametralladora, para que su muerte diera la sensación de haberse

producido en circunstancias que intentaba fugarse de su encierro. **Los ejecutores desaparecen de la ciudad** — Cumplida la misión, los ejecutores, entre quienes se encontraba el policía González, se dieron a la fuga y desaparecieron de la ciudad, temerosos de la reacción del pueblo, pues aun se recuerda lo ocurrido al Coronel Quintela, a quien la población obligó a huir durante la noche, en paños menores, cuando a tomar represalias por las arbitrariedades cometidas por este militar, en la Campaña del Chaco. Al conocerse la noticia de la muerte de Cárdenes, el vecindario se levantó en airada protesta, pidiendo castigo para los autores.

"La Opinión", de Santiago de Chile, del 29 de mayo de 1938, comenta el mismo asesinato y dice lo siguiente:

'El asesinato del Tcnl. Cárdenes, perpetrado en Tarija (Bolivia) por las tropas que le custodiaban, pertenece a la categoría de los episodios que dejan en el espíritu, una imborrable impresión de espanto. La presencia de la joven esposa, aferrándose, desesperadamente, a las ruedas de la camioneta que conducía al prisionero al lugar donde debía levantarse el patíbulo, impetrando estérilmente su indulto, tiene un patetismo trágico, que pocas veces ha podido presenciarse, en los últimos tiempos, en el suelo de América. Y la escena inmediata del asesinato, del prestigioso oficial boliviano, a balazos, encierra un ensañamiento tan nítido, que no podrá ser atenuado ni justificado... El fusilamiento por causas políticas, había sido ya desterrado de nuestras costumbres, a pesar de la frecuencia con que el escenario americano, ha sido conmovido por revoluciones, motines, levantamientos, etc. Cuando estas cosas suceden en un ambiente que jamás conoció esos odios, es porque el ejemplo exterior cunde. La perversidad de la Cheka Rusa, hace escuela en América. Lo prueba el trágico episodio que sucedió en Tarija".

Posteriormente, personas que estuvieron en Tarija, agregan algunos detalles que aumentan el horror del crimen. Según esas versiones, Cárdenes fue asesinado en plena población, a una cuadra de la plaza principal, entre cinco y seis de la mañana, después de sacarle sigilosamente del Viceconsulado francés. Ramón 2º González, alias el Pachacha, fue el primero en disparar contra el jefe. Este sujeto había sido enviado en compañía de policías cruceños, con el exclusivo objeto de asesinar al Coronel Cárdenes.

Todo el vecindario se sobrecogió con los disparos. Pero ya era tarde. Después del tiro de González, los asesinos descargaron una ametralladora contra el jefe, haciéndole pedazos. Con la sangre se trazaron cruces en la pared de la calle, mientras las mujeres del pueblo recogían pedazos de uniforme ensangrentado que conservan como reliquias. Luego, los asesinos aprovechándose del estupor y consternación de los primeros momentos, se llevaron, en su huida, el cadáver en la misma camioneta y lo enterraron detrás del cementerio de Entre Ríos. La familia y sus amigos no pudieron, pues, recuperar ni los restos del heroico jefe.

EL METODO CARDENES

Con el asesinato del Teniente Coronel Cárdenes, el Gobierno ha puesto en uso el sistema, aplicándolo a varios opositores que han desaparecido. La lista es ya larga. "El Método Cárdenes" demuestra los procedimientos de que se valen los que para sostenerse, no retroceden ni ante el crimen.

Si no se tuvieron en cuenta los méritos relevantes del jefe asesinado, ni el hecho de que fuese benemérito de la patria; si no se tuvo en cuenta ni siquiera el elemental sentimiento de camaradería, ni su alta situación dentro del Ejército, ¿qué podrán esperar los modestos ciudadanos que se atrevan a emitir una opinión o a manifestar su descontento ante la hecatombe nacional?

El método Cárdenes está en vigencia. La Cheka lo aplica sin contemplaciones y el terror se extiende. ¿Hasta cuándo?

Han revivido las sombras siniestras de Ruperto Fernández y de Yáñez. Pero si la historia se repite, no se repite en episodios truncos y el determinismo es una ley fatal que tiene que cumplirse.

Veremos la sanción, la sanción que aplica el pueblo cansado, dolorido y vejado. Y entonces se habrá reprisado el episodio íntegro. Esperemos...

A MANERA DE EPILOGO

En todo orden de cosas hemos omitido una serie de acontecimientos que mostrarían —si es posible— con más relieve, los errores, los atentados y los crímenes que comete este Gobierno. Pero sería alargar demasiado estas líneas. Sin embargo, habrá que referirse, aunque sea muy someramente, a la Convención y el Tratado de Paz con el Paraguay.

Si se salvan cuatro o cinco nombres, de todos los que se han reunido con el título de convencionales, se exagera tal vez y se peca de contentadizo.

El contraste con aquella Convención del año 1880, que encaró otro desastre nacional, donde había más de treinta representantes presidenciables y de donde salieron los Arce, los Salinas, los Pacheco, los Fernández Alonso, los Baptista, los Villazón, los Guachalla, los Calvo, los Boeto, los Aramayo, los Calvimontes, etc., es tal, es tan crudo y desolador, que el amor propio nacional se resiste a tomarles en cuenta, mucho menos en serio.

Los altivos, los patriotas que, como ovejas negras de ese rebaño, han cometido el error de integrar semejante montonera, tendrán que hacer constar, expresamente, la actitud

que asumieron para salvarse del juicio tremendo de la historia.

Esa "Convención" ha aceptado una de las imposiciones más humillantes y sin precedente alguno, que muestra hasta qué punto se ejerce presión sin disimulo, de parte del Gobierno. Ha aceptado —decimos— nombrar Presidente de la República, por medio de **voto oral**... ¿Quién se iba a atrever a votar en contra del Melgarejito?

—Busch, Busch, Busch, Busch, Busch... —murmuraban los "honorables". Era un murmullo, como el sonido inalterable de un río manso...

Pero de improviso sonó una voz, alta, clara, valiente:

—¡Por don Bautista Saavedra!...

¡Había un hombre en la Convención!

El Gobierno sabía perfectamente que, aun con la clase de "convencionales" que había reunido, no lograría la elección de Busch, si el voto fuese, como es honrado y natural, secreto. Y obligó a los convencionales a declamarlo. No fue, pues, ese día, un día de elección, fue un día de examen en una escuela indigenal.

Este mismo organismo de "notables", deberá conocer el Tratado firmado últimamente en Buenos Aires, el 21 de julio, bajo los auspicios de la Conferencia de Paz, entre Bolivia y Paraguay.

Nunca hemos sustentado una política guerrista. Jamás podríamos creer que en América los diferendos se pueden solucionar por otro medio que el de las armas. Al contrario, creemos que entre naciones del mismo origen, del mismo idioma y de parecidos intereses, los entendimientos son fáciles.

Pero que todos los tratados de paz se suscriban a expensas de Bolivia, que Bolivia tenga siempre que ceder y sacrificar su territorio, en aras de la concordia, nos parece ya demasiado. Y en este caso concreto, no había motivo alguno de un apresuramiento, que no ha hecho otra cosa que volver a desmembrar a Bolivia.

El temor de la reiniciación de las hostilidades, era remotísimo, más que remoto, imposible por lo menos hasta

dentro de quince o veinte años. El Paraguay, sobre todo, estaba en un estado de pauperismo, que no le permitía pensar en reanudar la guerra, que él sabía ya muy bien lo que costaba y más aun en las circunstancias en que ésta habría tenido que reiniciarse, es decir, muy lejos de sus bases, precisamente en las mismas condiciones desfavorables con las que Bolivia tuvo que luchar en el primer año de la pasada campaña.

Y eso era demasiado para el agotado Paraguay. En cambio, Bolivia estaba ya más cerca del campo de batalla y día a día, mejoraban sus medios de comunicación y de defensa. El Chaco, en sí, no significaba ni para uno ni otro, el motivo fundamental de litigio. La riqueza a al que ambicionaba el Paraguay, se hacía cada día más invulnerable. Se abrían nuevos caminos. Se construían hasta la planta de pueblos que surgirían pronto. El ferrocarril de Sucre a Camiri, avanzaba de manera continua y segura. Todo aconsejaba a Bolivia a mantenerse en un compás de espera, ganando tiempo, a fin de ir mejorando sus posiciones y sus posibilidades, con el objeto de lograr una paz equitativa y justa.

Esto, en cuanto al aspecto material del diferendo. Ahora, en cuanto al sesgo moral del conflicto, en cuanto a la tranquilidad que se necesitaba para un buen entendimiento, era también necesario que se aquietaran los ánimos, que el sentimiento bélico se calmara y que los pueblos, ya lejos de la contienda, miraran mejor sus intereses, sin ardores y sin resentimientos inmediatos. Era en suma, era necesario que gravitaran, sobre ambos países, nuevas generaciones que no conocieran la guerra.

Entonces, ya lejos de la lucha, cuando se viera el error de haberla emprendido, era fácil un entendimiento justiciero, lógico y equitativo. Pero apresurar ese entendimiento a base da aceptaciones inconsultas y apresuradas, por nerviosismos increíbles, resulta francamente antipatriótico y fruto de la inepcia y acaso también de factores inconfesables.

El Paraguay, ya lo hemos dicho, no podía reanudar las hostilidades. Hasta apoyos eficientes que le permitieron la

campaña anterior, se habían apartado de sus destinos y ya no podía contar con ellos. Había, pues, que esperar, en vez de sacrificar y sacrificar en tal forma que, territorios jamás disputados, la provincia del Azero, Chiquitos de Chuquisaca y Santa Cruz, aparecían comprometidos... Hasta el General Estigarribia —el militar máximo del Paraguay— se convirtió en el gestor de la paz, no obstante saber a sus tropas a tiro de fusil de la zona soñada. ¿Entonces?

Una prisa, una fiebre increíble, un deseo de arreglar de cualquier manera, como si no se tratase del patrimonio nacional encegueció (?) a nuestros hombres responsables de la situación. Queremos creer que fue ceguera o a lo sumo ineptitud. No quisiéramos creer otra cosa.

Y es el momento de volver a recordar un hecho:

Busch, proclamó siempre, que el móvil mayor que le indujo a apoderarse del poder, era el deseo, la necesidad urgente de armar a Bolivia. Aseguró que Toro había descuidado completamente ese aspecto vital para el resguardo de la soberanía nacional.

Y proclamó también que la **revancha** con el Paraguay era un sentimiento sagrado y que él reconquistaría el Chaco.

Y los hechos nos muestran:

1º. Que Busch vendió el armamento que existía en Bolivia.

2º. Que acaba de entregar el Chaco en su totalidad, con más territorios de Chuquisaca y Santa Cruz.

Así, pues, esa **Convención** va a **abocar,** como diría cualquiera de sus miembros, el estudio del tratado. Es la ocasión de reivindicarse ante el país. Pero mucho nos tememos que, como cuando el **voto oral,** repitan como un eco, en vez de: Busch, Busch, Busch... Aprobado, aprobado, aprobado...

Y habremos perdido **cuatrocientos** o **quinientos mil kilómetros cuadrados,** tendremos al Paraguay más grande y engreído, a la puerta del petróleo —su gran sueño— en una zona vecina rica y fértil, donde podrá preparar sus bases para un asalto que la imbecilidad de los bolivianos, de un momento histórico desgraciado, habrá preparado.

No hay que olvidar que hay muchos que quisieran ver nuestro petróleo del oriente, en manos paraguayas antes que en las nuestras. Hay muchos...

Pero, aun queda la "Convención" que, al salvarse, puede salvar a la patria.

Volvemos a repetirlo: **esperemos**...

21 de julio de 1938.

DOCUMENTOS Y APENDICE

Habiendo cerrado ya este folleto, llega a nuestras manos una publicación mandada hacer por el Gobierno de Bolivia: "La revolución de El Palmar". "Principales documentos Jurídicos del Proceso". La Paz, 1938, Editorial "Universo".

Y aunque sólo pensábamos, en este apéndice adjuntar algunos documentos, no podemos menos que agregar algunas consideraciones después de la lectura del indicado folleto, lleno de inexactitudes, pergeñado con evidente mala fe y en el que se ha omitido, precisamente, todo lo que pudiera ser más interesante para el público, que tiene derecho a conocer los hechos, sin adulteración alguna y sin que se trate de sorprender su buena fe tradicional.

Hay, entre los documentos, que en el indicado folleto se incluyen, párrafos inefables que sólo podían producir los personajes tenebrosos que actuaron para castigar esa "Revolución", esos jueces, tan cuidadosamente buscados, entre los que ya dieron pruebas suficientes para que el Gobierno pudiese estar seguro de que se asesinaría a los "revolucionarios", si no se les podía fusilar, por medio de un proceso que sería ejemplo de iniquidad.

La sangre del Teniente Coronel Juan de Dios Cárdenes, ya empieza a pesar en la torturada conciencia de sus asesi-

nos. Por eso ese folleto, esa especie de explicación al país, esa especie de excusa de lo inexcusable.

No vamos a comentar las actuaciones absurdas que en él se amontonan. Sólo nos vamos a referir a algunos hechos salientes y a algunos personajes que en él se nombran.

Hay que aclarar un punto fundamental. Se dice con insistencia, la "fuga del Coronel Toro".

El Coronel Toro no fugó nunca. Concluidas sus conferencias con los camaradas del Chaco, partió tranquilamente a la Argentina y hasta pensó en hacerlo por vía Villazón. Luego, no hay que olvidar que las búsquedas al "Coronel y sus acompañantes", comenzaron cuando éste ya estaba en la Argentina... No hay que olvidar que nadie se movió antes. Que el mismo Quintanilla, mantuvo una mudez, muy elocuente, hasta que tuvo la seguridad de la ausencia del Coronel Toro.

La marcha "heroica" del Mayor Ricardo Herbas no merece comentario. Para que el público mida la capacidad de este "jefe", basta transcribir el siguiente párrafo, hermosa pieza de su informe, que aparece en la página 27 del folleto al que nos referimos: "La orden emanada del Comando en Jefe para la captura y fusilamiento del Coronel Toro, si bien me ofuscó por un momento, en cambio, repercutió en mi ser muy favorablemente por su inexorabilidad y carácter terminante, pues, nunca, ni en campaña, había visto o leído una orden de esa índole, orden que tanta falta hizo. Que ella signifique que ha sonado la hora de romper las cadenas del sentimentalismo y sea epitafio de las contemporizaciones frente a los fenómenos de post-guerra, dentro de las nuevas corrientes de ideología".

Hermoso párrafo. Nos recuerda, por su sintaxis pintoresca, aquella explicación que una chola daba a un juez en su finca, durante una "vista de ojos". Mostrándole una quebrada que salía al final del huerto, decía la señora: "Esta quebrada es muy violento, pero trae poco momentáneo...".

Este famosísimo Herbas, no sólo es un revolucionario de la sintaxis, hasta lo pintoresco, sino que ha tratado de

enriquecer la lengua con nuevos vocablos creados por su concepción autóctona del idioma.

Cierta vez, en que vigilaba a unos cadetes, mientras estaban de plantones, dijo, dirigiéndose al cadete Inofuentes, al que parecía no hacer mella el castigo:

—Cadete, usted está **sonriso, ahurita te voy a poner aflicto**...

Aparte de esta anarquía idiomática. Herbas ha demostrado también otras aptitudes: ¿Quién fue el victimario del Coronel José Taboada?

Aun con el folleto que comentamos, el público puede convencerse que no había pruebas para condenar a nadie, fuera de que en él se han omitido las declaraciones de la víctima, el Teniente Coronel Cárdenes. ¿Por qué no se publican las palabras altaneras del Coronel asesinado? ¿Por qué no se ponen letras de molde, sus apóstrofes magníficos frente a sus jueces, jueces cada uno de los cuales —a excepción del Coronel Ortiz, Tenientes Coroneles Cainzo y Molina— debían haber sido juzgados muchas veces? Arguedas decía hace poco, en uno de sus memorables artículos publicados en "El Diario" de La Paz, que los cuatro verbos activos, que con más constancia se conjugan en Bolivia eran: Callar, Olvidar, Ayudar y Aplaudir. Y si esos jueces se beneficiaron infinitas veces del verbo olvidar, ¿por qué ahora se ensañaron contra un camarada digno, contra un hombre que había cumplido siempre sus deberes de militar y de caballero? Tal vez por eso mismo. Y si querían reaccionar contra esa criolla costumbre de olvido, ¿por qué no recordaron que su amo merecía muchas, pero muchas veces ser fusilado? ¿No se rebeló contra regímenes establecidos, constitucionales? ¿No derrocó, en plena guerra y frente al enemigo, al Presidente Salamanca?...

Y ahora, ¿por qué Cárdenes acogía a un camarada y le sentaba a su mesa y escuchaba su palabra autorizada, de patriota y jefe, le condenaban a la pena máxima? ¿No se hacen, pues, con eso, los reos señalados para que mañana, cuando el país vuelva a respirar y se pueda hacer justicia, tengan

que ser arrastrados ante un tribunal que les juzgue a su vez? ¿O es que confían en que volverán a beneficiarse de ese defecto criollo, del olvido?

Pero sus nombres, todos los conocen y están en estas páginas. Fuera de los Quintela, los Ayala, los Jordán y Rosas, están aún el Coronel Luis E. Saavedra, que abandonó su regimiento al enemigo al sur de Nanawa y que enviado a Europa, sólo pudo aprender piano y fotografía, a costa del Estado. Y Rafael Quiroga, Gregorio Murillo, dos Tenientes Coroneles que jamás oyeron un tiro y que se dedicaron a comerciar durante la guerra, particularmente este último.

El país los conoce y les juzgará. Ellos han hecho que se masacrara a un oficial pundonoroso, a un héroe, ya lo hemos repetido, y con ello aumentan su vergüenza y su ludibrio.

Militares, es decir guerreros, educados para guerreros y que llegado el caso supremo, que es la guerra, para la que fueron educados por el país, eluden la función de su carrera, pero se prestan después, para ser jueces de los que ofrecieron su sangre y su sacrificio en la hora de la prueba... Ya sabe el país cuáles han sido los fariseos.

DOS BOTONES...

Se suele decir que un botón basta para muestra, pero mostraremos dos botones, completando así, el trazado de la silueta del "Melgarejito"...

Se sustanciaba ante los tribunales, en Sucre, un juicio por homicidio, entre miembros de una familia muy conocida. De improviso Busch, tomó cartas en el asunto, por motivos que no es del caso recordar, ya que no deseamos inclinarnos ni a un lado, ni a otro. Busch, en todo caso, debía, como es elemental, dejar que los tribunales siguieran sustanciando el proceso, pero llevado por su capricho, quiso que se

sobreseyera y ante la protesta de uno de los abogados, le llamó a Palacio y entre dos edecanes armados, le propinó una paliza. El abogado era don Constantino Carrión...

A la paliza siguió la amenaza de fusilamiento, en el caso de que osara decir una sola palabra.

Y el otro botón, reciente, que ha contemplado toda América, con el consiguiente estupor e indignación:

Don Alcides Arguedas, el ilustre escritor, cuya fama está ampliamente difundida, publicó en "El Diario" de La Paz, una carta abierta al Coronel Busch, opinando —como ciudadano boliviano— sobre la desastrosa situación actual del país.

Busch, en una de sus furias alcohólicas, hace llamar al escritor y en la misma forma, le propina tal paliza en su despacho, ante sus edecanes armados, que el escritor tiene que ser llevado a un hospital, en estado grave.

¿Morales? ¿Un pequeño Morales? ¿O es que la costumbre del cuatreraje, hace que el cuatrero tenga que **cuatrerear** también en Palacio?

Algo de eso debe haber. Pero tanto el cuatrero, que puede ser a su vez sorprendido, como el pequeño Morales, que puede hallar su Lafaye, no hacen sino perfilar su silueta que recogerá la historia, con la sorpresa de que aun puedan tolerarse semejantes salvajismos...

Pero invitamos al lector a leer los anexos. En ellos hallará el complemento de todo lo que hemos dicho.

¿ES POSIBLE?

Con insistencia se rumorea que en la Quinta División, con residencia en Puerto Suárez, en una circular oficial firmada por el Comandante de ese sector, Sinforiano Bilbao Rioja y por instrucciones del Gobierno, se pedía a los oficiales que cedieran dos meses de sus sueldos, a fin de pagar gente que se encargara de eliminar a los Coroneles Toro y Ruiz.

Se pretendía así hacer recaer en el Ejército, la culpa de esos nuevos crímenes, oficializando —diremos así— los asesinatos.

A raíz de la indignación que esa circular produjera entre los oficiales, fueron dados de baja, entre muchos otros, el Capitán Víctor Ballivián, los tenientes Elías Céspedes y Milton Cataldi Delfín.

Ya es del dominio público el plan que también se trató de llevar a cabo en la Argentina y Chile, con el mismo objeto, fraguado por Belmonte, Berg y Cía. Pronto, el pueblo conocerá en detalle, toda la tenebrosa maquinación y se convencerá plenamente de que los hombres de Gobierno no han retrocedido ante nada, para curar su miedo y asegurarse en el poder.

Oportunamente la prensa de América, habló, por noticias transmitidas desde Jujuy y Salta, del "asesinato del Coronel Toro", tres o cuatro días después de que ese jefe dejara el Chaco, a principios de abril. La noticia fue lanzada cuando los agentes encargados de propagarla, creyeron realizado ya el crimen, que falló por circunstancias ajenas a la voluntad de los que lo concibieron y trataron de hacerlo ejecutar. Sumas cuantiosas se han gastado con este fin. Parte de la desgracia de Berg, se debe a que ese aventurero, no quiso o no pudo realizar los planes, cuya dirección se le había encomendado. El país conocerá —ya lo hemos dicho— con detalle, este otro aspecto tenebroso de las maquinaciones Gosálvez-Busch.

BELMONTE, OTTO BERG Y QUINTANILLA

He aquí tres figuras, acaso las más representativas del régimen Gosálvez-Busch:

Son tres figuras trágicas, tétricas, aunque en la de Quintanilla predomine lo grotesco.

El Capitán Elías Belmonte, ex Ministro de Gobierno y ex jefe de Policía de La Paz, tiene un antecesor rotundo en la historia de Bolivia: el General José Gabriel Téllez, aquel famoso Presidente del Consejo de Ministros de Belzu, que llenó de terror a la República y que escribió una de las páginas más sombrías de la época.

Como Téllez, Belmonte, defendió a su caudillo por todos los medios. La sangre inocente derramada con ferocidad, le valió dádivas y honores. Como Téllez, Belmonte, dueño absoluto de un pueblo acobardado, concibió ambiciones de mando y tejió una trama de intrigas que felizmente no prosperaron. Téllez arrastró al patíbulo a los que juzgó serían tropiezo en su campaña sin importarle que fueran o no culpables. Así Laguna. Belmonte, que también hace victimar, prepara a sus amigos y decide deshacerse de los que le habían ayudado a sostener la situación en los primeros tiempos, para quedar solo y dominar sin control. De ahí la caída en desgracia de una serie de militares y civiles, que siendo sus aliados primero, le resultaron después un posible peligro.

Belmonte, desenmascarado por uno de sus antiguos compañeros, tiene que dimitir y con su fortuna ya amasada y con cinco mil libras más, de premio final, parte para Europa. Así cae el telón en el último acto de la vida de este hombre que realizó, personalmente, crímenes que aun están impunes y que en un momento dado, pudo apoderarse del mando. Acaso algún día vuelva a la plana de la actualidad nacional, pero será seguramente, sólo para responder ante un tribunal de todos sus desmanes y de todas las vidas que suprimió e hizo suprimir.

Otto Berg es la otra figura tenebrosa. Su verdadero nombre se otro, pero fue con éste que actuó, sembrando el terror en Bolivia.

La policía de Berlín, la de Buenos Aires, etc., conocían perfectamente el prontuario criminal de este aventurero alemán. El Gobierno de Busch también lo conocía, pero, sin embargo —como se necesitaban hombres de cierta clase para ciertos servicios— no se hizo cuestión de estos antecedentes

y se nombró a Berg, Jefe Supremo del frondoso Servicio de Espionaje, que montó este Gobierno, por el sólo motivo de declararse Berg, enemigo del Coronel Toro que le había expulsado del país.

Toda Bolivia sabe lo que ha hecho Berg. Ultimamente parece que sus relaciones con Belmonte no eran muy cordiales y se libró entre ambos una lucha a muerte.

Berg también conspiraba por su parte, sabiendo poco seguro al Gobierno y queriendo cubrir su retirada. Descubierto, se le enrostró su calidad de delincuente fichado en las policías extranjeras —lo que antes, cuando convenía, se había silenciado cuidadosamente— y se le expulsó (?) del país.

Y lo curioso de esta expulsión, es que Berg no ha salido por ninguna frontera... Le llevaron hacia Puno. Pero no ha aparecido más. El Titicaca debe saber el secreto de su paradero...

La mezcla de lo grotesco con lo trágico, se reune para amasar la figura tartarinesca del General Carlos Quintanilla.

Para el lector que no le conoce, basta contar la siguiente anécdota:

Quintanilla, cuando aun era Capitán, se plantaba ante su espejo cada mañana:

—¿Qué te falta, Carlos? —interrogaba—. Eres bello, eres rico, tienes una hermosa querida. ¿Qué te falta?

Y un día en que para arreglar un mueble había mandado a su asistente a una ferretería, el soldado —tal vez cansado de tanto pavoneo y queriendo aprovecharse de la coyuntura o tal vez inconscientemente— entró a la pieza en el momento del interrogatorio coqueteo y habitual de su Capitán, para anunciarle:

—Los tornillos, mi Capitán...

Y le mostraba un puñado de tornillos que traía para reparar el mueble.

Durante la guerra, tal vez ningún militar tuvo tan triste —ya ni siquiera pobre— actuación. Y lo grotesco le seguía acompañando. Son famosos sus partes cuando se libraba la batalla de Boquerón:

"Los cadetes paraguayos, vestidos de blanco, huyen como angelitos"... Eso decía un General, el General en Jefe del Ejército, dirigiéndose al Presidente de la República... Parece increíble, pero consta en los documentos oficiales.

Por supuesto, este General jamás conoció la línea. Ni por curiosidad se acercó a ella y esto, unido a la serie de fracasos que originó con sus órdenes absurdas, hijas de su fatuidad y de su desconocimiento de cómo y de dónde se peleaba, obligaron al Gobierno a retirarle del servicio, en forma tan desairada, que la Policía tuvo que protegerle en Sucre y Potosí, de las piedras que le lanzaban y que en Tarija se vio obligado a retirar a sus hijos de la escuela, porque sus compañeros les hostilizaban implacablemente, queriendo hacer pagar a los pobres inocentes las culpas de su padre.

Finalmente, cuando el Coronel Toro pudo hacerle reincorporar al Ejército, Quintanilla se aprovechó de ciertas circunstancias y se hizo llamar "héroe de Ñancorainza"... Y todo el Ejército sabe que ni siquiera conoce Ñancorainza y que esa victoria es un éxito que se debe exclusivamente al Coronel Eulogio Ruiz. Eso lo sabe —lo repetimos— todo el Ejército.

Ahora Quintanilla es Comandante en Jefe del Ejército y ha anunciado que va a **depurar** (?) la Institución Armada. Y sólo cabe una pregunta:

—¿Qué hará el Comandante en Jefe del Ejército, General Quintanilla, con el General Quintanilla?

Largos años en Europa, no han servido al ex bello, rico y afortunado Capitán Carlos, ni siquiera para aprender un idioma extranjero. ¿Cuánto le cuesta al país? Mejor es no averiguarlo, pero es seguro que es uno de los hombres que se han pagado más caro para que sólo sirva para menoscabo de la nación.

Pesa sobre la conciencia de Quintanilla un nuevo delito: al asesinato del Coronel Cárdenes. Su inconsciencia, producto del pavoroso vacío de su cráneo, más que su maldad y el deseo de pavonearse ante sus familiares, que le detestan, le han podido empujar a ser cómplice del Gran Crimen.

Y es la hora de recordar que la justicia siempre llega. El pueblo puede estar aplastado y humillado, pero no siempre se resignará a estar así. Bolivia, por otra parte, no puede dejar sin castigo a los que asesinaron a sus hijos mejores, precisamente a esos en cuyo pecho prendió sus medallas de agradecimiento, en las horas trágicas de la guerra, porque fueron los que mejor la defendieron.

Si en un momento dado suelen producirse esas absurdas inversiones de valores, ese es sólo un momento amargo, es como una enfermedad que aquejara al gran organismo nacional. Ya vendrán la entereza y la salud y entonces se eliminarán las toxinas y Bolivia volverá a ser un país de cara al porvenir de sus grandes destinos.

ANEXOS

ADVERTENCIA

No nos ha sido posible conseguir todas las publicaciones y documentos que alrededor de los asuntos de que nos hemos ocupado, se han ido produciendo.

De ahí que algunos aparezcan fragmentariamente, tomados de la prensa diaria o de las concisas noticias telegráficas.

Con respecto al Tratado de Paz con el Paraguay, sobre todo, tenemos conocimiento de la publicación de valiosas opiniones que no hemos podido obtener. Por eso en estos "anexos" no se consigna sino una mínima parte de lo que al respecto se ha escrito hasta la fecha.

Cuando la prensa sudamericana dio la noticia de que el Teniente Coronel Cárdenes había sido sentenciado a muerte, el Coronel Toro, pasando por encima de resentimientos y aun sacrificando su orgullo, dirigió el siguiente cable:

"ALL AMERICA CABLES.
Buenos Aires, mayo 4, 1938.

(Personal y reservado). Teniente Coronel Germán Busch, La Paz, Bolivia.

Soy único y solo responsable sucesos Chaco. Stop. Invocando altos sentimientos justicia, camaradería y vieja amistad, fortalecidos guerra, y en bien unidad Ejército, te pido indultar a Teniente Coronel Cárdenes.

(Fdo.) **Coronel Toro**".

La respuesta fue la siguiente:

"La Paz, 5 de mayo de 1938.
Legación de Bolivia para David Toro.
Buenos Aires.

No pensó usted ni en la patria menos en unidad Ejército, ni camaradería y amistad que ahora invoca, cuando después de instigar fuerzas Chaco a abandonar sus posiciones defensivas patrimonio y decoro nacionales para desencadenar guerra intestina huyó usted dejando librados a su propia suerte a sus coautores y cómplices.

(Fdo.) **Tcnl. Busch**".

(Un sello de la Legación de Bolivia).

Al saber la noticia del asesinato del Coronel Juan de Dios Cárdenes, remitió el siguiente telegrama:

"República Argentina. (Telégrafos de la Nación).
Buenos Aires, mayo 11, 1938.
Teniente Coronel Germán Busch.— Personal.
La Paz (Bolivia).

"Hasta ayer le sabía inconsciente. Stop. Constato hoy, con profunda pena, que es usted un irresponsable y como tal, capaz no sólo de la incalificable traición que me hiciera, sino también del inaudito crimen que acaba

de perpetrarse. Stop. Pido a Dios le depare muy larga vida para que pueda dar cabida a su arrepentimiento.

(Fdo.) **Coronel Toro**".

Al rumorearse las posibles condiciones del arreglo territorial de Bolivia con el Paraguay, el Coronel Toro dirigió, con el objeto de que fuese transmitida su opinión y conocida por el Gobierno, la siguiente carta —que fragmentariamente copiamos— a don Diómedes de Pereyra, Cónsul de Bolivia en Santiago:

"Santiago, 8 de julio de 1938.
Al señor Diómedes Pereyra,
Cónsul de Bolivia en Santiago,
Presente.

Señor:

Confirmando el tenor de mis conceptos emitidos en mi visita a ese Consulado, y más impresionado que nunca por el giro que viene dándose, en el seno de la Conferencia de Paz, al arreglo definitivo del viejo pleito del Chaco, y movido por la más vehemente inquietud patriótica, considero de mi más elemental deber ciudadano hacer llega por su intermedio, tanto al Gobierno de mi patria, como a los diplomáticos que más ingerencia tengan en los problemas en trámite, el pensamiento que, sobre la liquidación de dicho problema, sostuve desde el Comando del Ejército, y posteriormente en el Gobierno, después de haber compulsado el pensar y el sentir de los más destacados elementos representativos del país y del Ejército.

Si bien es cierto que Bolivia está obligada a aportar de su parte el máximo de buena fe y espíritu de sacrificio para la definitiva solución de este litigio, y para la consolidación de la paz americana, no es menos evidente que un deber primordial de patriotismo y de

responsabilidad ante las generaciones futuras, nos obligan a señalar claramente las máximas concesiones que el país puede aportar a este arreglo: Estas máximas concesiones, de acuerdo a los antecedentes a que he hecho referencia anteriormente, estarían contempladas dentro de los tres siguientes puntos:

A.— Por concepto alguno puede admitirse ninguna cesión territorial que sobrepase la línae recta La Esmeralda-Bahía Negra, la que por todos conceptos constituye la frontera de máxima cesión.

B.— El Paraguay debe reconocer a Bolivia el derecho de disponer de un puerto libre, cuya ubicación se buscaría en la faja comprendida entre Puerto Casado y Fuerte Olimpo, considerada como la zona más adecuada, de manera que en lo futuro, pudiera construirse un ferrocarril que dé salida a los productos del Oriente boliviano sobre ese litoral.

C.— Nada explicaría que Bolivia se avenga a pagar indemnización alguna pecuniaria, pues ello no puede ser admitido ni en princiupio, ya que lesiona profundamente, hasta la dignidad y el honor nacionales.

En las conversaciones que sostuve repetidas veces con el Presidente Ayala y el General Estigarribia —particularmente con este último— llegamos a la conclusión de que las bases, anteriormente señaladas, eran equitativas y justicieras, y podían fácilmente ser aceptadas por el Paraguay. Además, existe el antecedente de que el Gobierno Tejada, rechazó la primera proposición territorial formulada por la Conferencia, después de haber consultado previamente a un Consejo de Notables y al Comando Militar y la misma que comprendía la línea: D'Orbigny —dos y medio kilómetros al norte de Bahía Negra— por considerarla inaceptable, no obstante que incluia también la concesión de un puerto libre en Casado.

Los mediadores de la Conferencia de Paz, parece que han olvidado por completo que Bolivia aceptó la

paz —no obstante su excelente situación militar en la campaña— sólo a base de que ella estaba respaldada por la doctrina del 3 de agosto, y en que la guerra concluía sin vencedores ni vencidos. No de otro modo, se explica ahora se esfuercen por obtener el arreglo territorial a expensas exclusivamente de Bolivia.

Por otra parte, hace pocos días que el General Estigarribia, a su paso por ésta —confirmando las manifestaciones que personal y reiteradamente me hiciera— ha declarado a la prensa que, la condición primordial para un arreglo definitivo, es que éste sea justiciero, en forma que deje satisfechas a las partes, de manera que constituya realmente una solución definitiva, exenta de todo resquemor o pretexto, que justifique en lo futuro una nueva guerra, lo que es absolutamente sensato y altamente político.

Rogándole quiera usted transmitir ésta, mi impresión, tanto al Gobierno de Bolivia como al Canciller, señor Eduardo Diez de Medina, en forma confidencial y reservada —pues, no quiero que se atribuya a ésta mi actitud, otros alcances que no sean los patrióticos que la inspiran— me es grato reiterarle las seguridades de mi consideración más distinguida.

(Fdo.) **Coronel D. Toro R.".**

"Santiago, 9 de julio de 1938.
CONSULADO DE BOLIVIA.

Señor Coronel:

Al acusarle recibo de su importante comunicación del día de ayer, tocante a los conceptos que en torno a la cuestión del Chaco y la Conferencia de Buenos Aires emitiera en su visita a este Consulado, cúmpleme manifestarle que, conforme a sus muy atendibles de-

seos, impondré de lo obrado, por la vía aérea del 13 del actual, a la Cancillería.

Con esta oportunidad, saluda a usted con sus consideraciones más distinguidas.

(Fdo.) **Diómedes de Pereyra.**
Cónsul de Bolivia".

"Al señor Coronel don David Toro.
Vicuña Mackenna 79.
Santiago de Chile.

(Copia del artículo de "La Hora", de Santiago, del 24 de julio de 1938).

El Tratado de Paz es desastroso para Bolivia, asegura el ex Presidente Coronel David Toro. El día 15 del presente formuló esas declaraciones a la United Press. **Un asunto de gran interés que servirá para ampliar todas las versiones referentes a este caso.**

Se ha firmado el Tratado de Paz entre Bolivia y Paraguay. El acuerdo ha suscitado elogios de todos los países, por el espíritu de comprensión que han demostrado los dos pueblos, pero hay opiniones que nosotros queremos dar a conocer por el valor informativo que tienen y por venir de una persona que conoce el problema a fondo. Se trata de las que formuló con fecha 15 de los corrientes el ex Presidente de Bolivia, Coronel David Toro, a la Agencia noticiosa United Press.

Las palabras del ex Mandatario son de interés y servirán al público para ampliar sus impresiones acerca de los acontecimientos que culminaron con la firma del Tratado de Paz.

Las declaraciones:

Las declaraciones que hiciera el Coronel Toro fueron publicadas por la prensa de Buenos Aires y de Río de Janeiro y el texto completo de ellas es el siguiente:

Oportunamente me dirigí por escrito al Cónsul de Bolivia, don Diómedes de Pereyra, pidiéndole transmitiera al Gobierno de mi patria y a los gestores diplomáticos que tuvieran mayor ingerencia en el arreglo, mis puntos de vista, sobre las condiciones en que creía que debía llevarse a cabo el acuerdo. Preferí este procedimiento, a fin de evitar comentarios antojadizos que me atribuyeran influencias políticas u otros alcances que no fueran los exclusivamente patrióticos, que inspiraron mi actitud. Por otra parte, la opinión que di en esta oportunidad, es sobradamente conocida en mi país, puesto que, invariablemente, la he venido sosteniendo a la conclusión de la guerra, desde el Comando del Ejército y posteriormente desde el Gobierno.

Si bien es cierto que estabamos obligados a aportar, de nuestra parte, el máximo de honestidad y buena fe para hacer posible el arreglo y conseguir la paz que tanto anhelan todas las naciones ed América, no es menos evidente que también existía la obligación premiosa de suscribir ese acuerdo en condiciones de justicia tales, que pudiera asegurarse que no se habían dejado un semillero de discordia que justificara, en un futuro próximo o remoto, la reanudación de un conflicto armado. Esta es la condición previa y fundamental que debió haber inspirado a todo acuerdo, para considerarlo verazmente definitivo. Así lo entendió también el General Estigarribia, en las conversaciones que sostuvimos entre ambos Comandos, al firmarse el protocolo de Paz y así lo expresó igualmente en las declaraciones que hiciera a la prensa a su paso por esta ciudad.

Para pronunciarse y juzgar sobre la bondad del Tratado de Paz a suscribirse entre Bolivia y el Paraguay, hace falta referirse forzosamente a las condiciones y circunstancias en las que se firmó el Protocolo de Paz en Buenos Aires el año 35. No debe olvidarse que Bolivia, dando una vez más prueba de su enorme espíritu pacifista y cediendo a la fuerte presión de los paí-

ses mediadores, se avino a aceptar la paz, no obstante su excelente situación militar en la campaña —se estaba en vías de iniciar el segundo período de la ofensiva, en cuya primera etapa victoriosa se alcanzaron todos los objetivos señalados a sus tropas— únicamente, porque se le aseguró que la guerra concluiría **"sin vencedores ni vencidos"** y que **"se respetaría la doctrina del 3 de agosto"**. Así, pues, el tratado que en la actualidad intenta suscribirse, no puede ser más desastroso y catastrófico para mi patria, que es la única que aparece cediendo integralmente, sacrificando todos sus derechos y justas expectativas.

Para concluir, debo manifestarle, que no existe precedente, en la historia de mi patria, de que en época alguna se hubiese llegado a suscribir un tratado más desventajoso e injusto, que el que en la actualidad se intenta formalizar en Buenos Aires, a expensas exclusivas de Bolivia".

15 de julio de 1938.

Copia del artículo de "La Hora", de Santiago, del 27 de julio de 1938:

"Una opinión sobre la paz del Chaco.

"Es una conciliación en que Bolivia pierde todo y su adversario gana todo", dice el ex Presidente Saavedra.

"Es la negación del principio enunciado por los neutrales en agosto de 1932.

"Las líneas trazadas confirman la conquista paraguaya y a eso llaman una transacción decorosa.

Por considerarlo de interés para el público chileno y americano, damos en seguida la opinión del ex Presi-

dente de Bolivia, señor Juan Bautista Saavedra, sobre el arreglo de la cuestión del Chaco, en la misma forma en que publicamos el domingo las declaraciones del ex Presidente Coronel don David Toro.

El señor Juan Bautista Saavedra ha sido un político de gran figuración en el Altiplano y ocupó durante largo tiempo la Jefatura del Partido Socialista-Republicano de Bolivia.

Habla el señor Saavedra.— La opinión de don Juan Bautista Saavedra es la siguiente:

"Agradezco en lo que vale la gentileza del señor Director de "La Hora", que ha querido brindarnos la ocasión de manifestar nuestra opinión pidiéndonos algo sobre el arreglo definitivo entre Bolivia y el Paraguay. Daré algunas breves razones. Es conveniente que el público chileno sepa lo que ha habido en el fondo de este asunto de trascendencia internacional, aunque sea someramente, cual lo permite un artículo de la prensa diaria.

No faltará quien atribuya a mis palabras que, en medio del general contento que en todas partes se ha pronunciado por la liquidación del conflicto del Chaco, es toda una estridencia, alcances de política casera de mi país. No. Es que el porvenir del Chaco boliviano ha sido tema al que consagré desde muy joven mis estudios y mis inquietudes. La suerte de ese último jirón de mi patria ha sido objeto de las preocupaciones de toda mi vida pública. De ahí que mi actitud adversa a los acuerdos concluidos en Buenos Aires, que importa para Bolivia un cruel desgarramiento de su soberanía territorial, sea lógica y sincera.

Que muchos países así como altas personalidades mundiales hayan recibido con jubilosa satisfacción el anuncio de haberse puesto fin a una querella internacional, que amenazaba mantener un estado latente de futuros peligros para la paz de América, se explica sin

gran dificultad, por la intervención del sentimentalismo humanitario que palpita de todo corazón generoso, que veía con horror la posibilidad de que se encienda nuevamente la guerra, que estaba apagada. Ni el Paraguay, ni Bolivia estaban en condiciones de reanudarla. Más ese brote de pacifismo sentimental, envuelve una enorme incomprensión respecto de la bancarrota que se ha llevado a mi país. La mayoría de las gentes no conocen ni tienen por qué conocer la naturaleza del pleito que sustentábamos hace más de setenta años en el Chaco, muy respetables son los consejos de aquietamiento y resignación que se nos da. El mal ajeno es siempre muy llevadero; pero el pacifismo que en la mayor parte de los casos es una de las tantas hipocresías del mundo, sirve sólo para consagrar la injusticia y la expoliación. Las enseñanzas de todos los días nos dicen que es la voz del más fuerte la que se deja escuchar y la que termina por imponerse. Tal es el caso del Chaco. No es, sin duda, el Paraguay el más fuerte, que de su terquedad hace un derecho que triunfa. Tras de sus intransigencias hay un vecino poderoso que las ha alentado y las amparó durante y después de la guerra.

La solución que se ha dado al conflicto tiene todos los caracteres de una expoliación inaudita de Bolivia. El Paraguay adquiere en virtud de ese arreglo por el cual han repicado las campanas de la epifanía continental, un territorio mucho mayor que el suyo propiamente originario. Es una conciliación en que Bolivia pierda todo y su adversario gana todo. Las líneas trazadas por la Conferencia de Paz, que servirán de separación a ambos países señalan la consolidación de los avances paraguayos al frente de aquella declaración lanzada desde Washington por diecinueve naciones americanas, el 3 de agosto de 1932, de que en el conflicto bélico del Chaco, la victoria de las armas no tendría eficacia alguna, doctrina que constituía una de las estipulaciones del protocolo del 12 de junio de 1935 que puso fin a la contien-

da armada. Y a esa manera de haber resuelto el conflicto territorial, se llamó transacción decorosa.

Y no es eso lo grave para Bolivia. Es que esa demarcación a la que se titula justicia, impide a mi país todo acceso a la margen occidental del río Paraguay. Se nos priva de poseer un puerto libre y autónomo sobre aquella arteria fluvial del Plata, aspiración casi secular nuestra. En todos los convenios celebrados entre ambos países durante una larga como odiosa controversia, Bolivia había salvado su derecho a salir por puerta propia sobre aquel río, y el Paraguay hubo reconocido ese derecho nuestro.

El embotellamiento de Bolivia por ese lado, no es sino el triunfo de la política del ex Canciller Saavedra Lamas. Su tesis invariable fue que Bolivia no debía asomar al río Paraguay, para que se vea obligada a utilizar vías férreas y fluviales argentinas. Su plan era convertir a mi país en tributario de Argentina dependiente en su economía, de la tutela de la República. Y lo ha conseguido, mediante la colaboración de la Conferencia de Paz, que entre realizar una labor siquiera equitativa, de buen sentido, o poner en armonía los intereses económicos, comerciales y aun políticos de la Argentina con los de sus respectivos países, no vacilaron en inclinarse por este último lado. Y Saavedra Lamas supo manejar hábilmente estos hilos.

No son meras suspicacias las que nos inducen a asentar estas afirmaciones. Ya en una sesión del Senado argentino habida el 12 de septiembre de 1932, cuya acta oficial tenemos a la vista, el Canciller Saavedra Lamas expuso sus puntos de vista de clausurar a Bolivia por el lado del río Paraguay, y en una conferencia que mantuvo con el que estas líneas escribe, en 10 de agosto de 1935, reiteró su tesis de que nada teníamos que ver con las aguas de aquella vía fluvial. Durante el funcionamiento de la Conferencia de Paz, todos sus afanes, en su calidad de presidente de ella, estuvieron

dedicados a que no se opere el arbitraje de derecho, cuyas decisiones no habrían jamás dejado de reconocer a Bolivia su derecho a un puerto. A él debemos que se nos haya escamoteado el arbitraje. La palabra es suya, y la empleó en conversaciones tenidas con la delegación boliviana para darle la seguridad de que no sería escamoteado el arbitraje a Bolivia.

Por donde el desarrollo económico de las regiones orientales de mi país está condenado no sólo a un estancamiento indefinido, sino a la muerte misma de ellos. No podrán desahogadamente extraer sus productos para ser colocados en mercados del Plata y de Europa. El arroz, algodón, ganado, café, azúcar, cacao, maderas, petróleo, maní, que son los que se dan en aquellas zonas, no pueden soportar fletes de largos recorridos en ferrocarriles, que son los que nos ofrece tan desinteresadamente la Argentina, en compensación a nuestra obliteración fluvial, mucho más si si considera que esos artículos, con excepción del petróleo, sobre el que ha comenzado a poner la mano, tendrán competencia ruinosa en productos similares de los países vecinos de ese lado del Atlántico y que tienen mejores posibilidades de exportación. Es vano hablar de un puerto franco que nos otorgaría, por graciosa concesión el Paraguay. Eso no tiene ninguna significación para fomentar el comercio libre de las tierras orientales de Bolivia, fuera de que eso no será sino una servidumbre ominosa, que sujetará nuestras actividades extractivas a vejámenes y restricciones de un país que no mirará nunca con buenos ojos el progreso de su vecino expoliado.

Tal es la obra de la Conferencia de Paz. No quiso volver jamás la vista hacia un otro camino que quedaba abierto para una solución justiciera del conflicto: el arbitraje de Derecho ante el Tribunal Permanente de Justicia Internacional de La Haya. Al arbitraje se han entonado hace tiempo todas las salmodias imaginables por los pueblos y los gobiernos del mundo civilizado; pero

cuando llega el caso de apelar a él, no sirve para nada. En el protocolo de 12 de junio se convino solemnemente que en caso de que no diesen resultado alguno las negociaciones directas, se recurriría al arbitraje, bajo la intervención de la Conferencia, que "no se disolvería hasta haberse acordado ese procedimiento".

Pero no se pensó en ningún momento en ese recurso. Toda su labor se redujo a buscar fórmulas de componenda, todas ellas a costa de Bolivia. La recalcitrancia paraguaya, en cambio, ha sido por ella acatada, respetada en todo tiempo. Desgraciadamente, para mi país los hombres de su Gobierno, que está muy por debajo de los problemas de la hora presente, se han rendido a las exigencias enemigas auspiciadas por la Conferencia, sin resistencia. Su ineptitud y derrotismo no tienen paralelo en nuestra malaventurada historia. Es que les falta el sentimiento de la responsabilidad, una vez que no representan la voluntad de la Nación.

(Fdo.) **Bautista Saavedra**".

La United Press transmitió el telegrama de protesta del doctor Saavedra, concebido en los siguientes términos:

"Santiago, 12 de julio de 1938.
Ministerio Relaciones, La Paz.

Como boliviano envíole mi protesta contra claudicante tratado que enajena Chaco entero y consagra clausura Bolivia salida autónoma río Paraguay. Historia juzgará severamente autores esta ignominia impuesta a mi patria.

(Fdo.) **Bautista Saavedra**".

El 13 de julio de 1938, el delegado a la Conferencia de Paz del Chaco, Efraín Cardozo, en una entrevista que le hi-

ciera "El País" de Asunción (Paraguay), declaraba, según la United Press:

> "Asunción, 13. (U.P.) — El delegado paraguayo a la Conferencia del Chaco, señor Efraín Cardozo, en una entrevista al diario "El País", declaró que el tratado de paz del Chaco da al Paraguay cuatro quintas partes del Chaco.
>
> Declaró el señor Cardozo:
>
> Cuando el pueblo conozca el contenido de este tratado, verá que el Paraguay mediante este acuerdo conserva definitiva e irrevocablemente la costa de nuestro río Paraguay, así como también cuatro quintas partes del Chaco.
>
> La parte restante, o la mayor parte de lo restante será sujeta al arbitraje.
>
> Estas trascendentales ventajas, que provocaron la declaración del Canciller Diez de Medina hecha en Buenos Aires, de que el tratado constituía una derrota para su país y un resonante triunfo para el Paraguay, nunca habrían sido obtenidas sin los esfuerzos del presidente de la delegación paraguaya, el ilustre republicano, doctor Jerónimo Zubizarreta. El pueblo puede estar satisfecho de los servicios rendidos por su hijo".

Corroborando estas afirmaciones, el Presidente Busch, al dirigirse a los convencionales el 6 de agosto, expresaba en su discurso los siguientes conceptos desoladores, pidiendo, no obstante, la aprobación del tratado:

> "El tratado de paz no contempla los legítimos derechos territoriales de Bolivia ni las justas expectativas que puso en un acuerdo a lo menos equitativo. No obstante, lo suscribimos y aprobamos y estoy seguro que vosotros, señores convencionales, lo ratificaréis.
>
> Los espíritus geniales de los fundadores de la patria, Bolívar y Sucre, son testigos de mi congoja por no

haber podido honrar su memoria, con nada mejor que el tratado de paz con el Paraguay"...

El ex Presidente don José Luis Tejada Sorzano hacía, por su parte, las siguientes declaraciones que aparecen publicadas en La Paz y transcritas en la revista "HOY", de Santigo de Chile. (Septiembre 1º, 1938. — Nº 354).

"BOLIVIA", un ex Mandatario y la paz del Chaco:

"El ex Presidente de la República, don José Luis Tejada Sorzano, ha escrito con fecha 25 de julio último un memorándum, con el título: "¿Garantizará la paz del Chaco la tranquilidad de América?". En el cual expone su punto de vista personal sobre los acuerdos suscritos en Buenos Aires, acuerdos patrocinados por Estados Unidos, Brasil, Argentina, Chile, Perú y Uruguay.

El ex Mandatario comienza por recordar las diversas actuaciones que le cupo asumir al frente del Gobierno durante dos años de guerra, todos los esfuerzos que realizó para obtener la victoria, sin que la nación escatimara en ello hombres y dinero, valor y sacrificios, para aceptar más tarde las proposiciones que los seis países mediadores hicieron en junio de 1935, a Bolivia, y Paraguay, para suspender las hostilidades y buscar los medios para concertar la paz.

Analiza a continuación los diversos esfuerzos realizados para alcanzar la paz, manifestando que la paz firmada es una gran victoria para el Paraguay y un gran desastre para Bolivia, bastando para confirmar esta opinión una mirada al mapa. Asegura que la Conferencia de Paz de 1935 hizo una proposición muy diversa y no comprende cómo pudo después cambiar tanto de opinión. "La frontera está propiamente fijada y una nueva desmembración de Bolivia incorporada a la historia de América", afirma el señor Tejada Sorzano.

Más adelante escribe: "La frontera trazada por el pacto de paz, es a todas luces una frontera de conquis-

ta. Ella priva a Bolivia de un territorio inmenso y si bien se buscará más de una consideración para excusar esa parte del convenio y se predicará resignación a Bolivia con referencia a ella, el tratado se presenta vulnerable ante el más ligero examen, porque, adicionalmente, contra todo lo que era dable esperar, consolida la conquista militar paraguaya de 1888 dejando en poder de esa nación Puerto Pacheco, y sanciona el enclaustramiento de Bolivia en el este, privándole de todo acceso independiente a la navegación franca del río Paraguay".

A continuación manifiesta la siguiente opinión:

"Una frontera como esa no parece base sólida para una paz permanente. Bolivia difícilmente podrá resignarse a esa nueva mutilación. Su desarrollo económico en el oriente hará advertir muy luego que su expansión comercial no puede realizarse a través de soberanías extrañas y vendrá a plantearse por imperio de derechos y exigencias superiores, la modificación de un tratado que desconoce y cancela atributos tan inalienables de soberanía".

Finalmente, el señor Tejada Sorzano hace referencia a la forma cómo se ha aprobado el tratado en Bolivia, sin libertad para manifestar opiniones, en medio de una gran crisis política, todo lo cual lo lleva a formular la siguiente pregunta: ¿Cómo puede, pues, esperarse en tales circunstancias que el tratado sea tenido y respetado en el futuro como acto deliberado de la nacionalidad?".

Ya hemos dicho en la advertencia que encabeza estos documentos, que no se ha podido encontrar ni siquiera la mitad de todas las publicaciones de protesta que sabemos ha originado el famoso TRATADO. En la misma ciudad de La Paz, en el diario semioficial "La Noche", encontramos el siguiente artículo, suscrito por don Federico Ballón Benavides, en el número correspondiente al 19 de julio de 1938:

"¿CRISIS DE PATRIOTISMO?...

El peligro de una nueva guerra ha desaparecido del ambiente americano y el pueblo, indiferente a su destino, parece conforme con la nueva desmembración territorial de Bolivia, en aras de la paz.

No es posible contemplar impasibles el nuevo acuerdo firmado en Buenos Aires, porque la conformidad implica una falla viril, impropia de un pueblo joven como el nuestro.

De nuevo nuestra patria se ve en duro sacrificio de ceder ante la imposición de postulados ideales, de paz y concordia. Ideales, en cuanto tienen el sonido hueco de tranquilidad y bienestar y crueles cuando tienen la realidad de reconocer la conquista por la fuerza. No otra cosa significa la resolución del viejo pleito chaqueño, en que, ingenuamente, transigimos suspender el fuego de la guerra, esperanzados en que se harían efectivas las doctrinas pomoposas de 3 de agosto de 1932, en la que se sentaba el principio de que la ocupación territorial hecha por la fuerza no daba derechos; por el Protocolo de 12 de junio de 1935, que concluía la guerra "sin vencedores ni vencidos", y que la solución del conflicto se haría impuesta por la razón y el derecho.

El organismo pacificador de la Conferencia de Paz, renunciando a sus fueros de derecho, va a la transacción, echando por tierra los postulados que ella misma sostuviera como pedestales de su justificación. Propone una línea que, partiendo de Puerto Esmeralda en el río Pilcomayo, pasa por 27 de Noviembre, Cerro Cristián, Lago Sin Nombre, para concluir en Puerto Cabello en el río Paraguay, es decir, reconoce el avance paraguayo durante la guerra y solamente libra una distancia prudencial para evitar los choques armados. Esta proposición aceptada por nuestra delegación presidida por el Canciller Eduardo Diez de Medina, ha reafirmado la con-

quista del Chaco; tácitamente ha reconocido al Paraguay como vencedor, sosteniendo que la fuerza da derechos.

Una paz figurada y fingida, que se apoya en el derecho de la fuerza es peor que la guerra, puesto que en América seguimos sentando el funesto precedente de reconocer las conquistas. ¡Mañana, cuando la ambición de un país poderoso usurpe territorios, los fingidos pacifistas le reconocerán su atropello, sacrificando el honor y la vida de una nación, en bien de la paz!...

¡Paz!... Tu nombre nuevamente ha sido inmolado en un altar de ambiciones y odios, aparentemente desaparecidos: tú sola puedes vivir sobre las bases del derecho y la justicia.

Viviremos un tiempo, tranquilos, quizás en constante progreso, pero la labor de muchos años desaparecerá ante la ambición de los poderosos que saben somos fácil presa para la conquista; y entonces, comprenderemos que de nada valió la paz que nos dieron.

¿Qué beneficios no ha dado nuestra acendrada bondad en América? ¿No teníamos otro camino que sugerir, si queríamos la paz, firmando un tratado de no agresión, con severas sanciones impuestas por los países mediadores, e ir al arbitraje de derecho? ¿Acaso no habíamos escogido siempre el camino del derecho para defender el Chaco?

¡Cuesta comprender tanto quijotismo en nuestra diplomacia! ¡Pero más honor nos cuesta soportar tanta ignominia!

La paz decorosa se funda en la justicia, no en el reconocimiento de la conquista.

(Fdo.) **Federico Ballón Benavides**".

El Teniente Coronel José Capriles L., por su parte, en el mismo diario "La Noche", del 21 de julio, expresaba entre otras cosas lo siguiente:

"PAZ EN AMERICA.

¡América está de fiesta! De las 21 naciones de este continente, 20 demuestran su júbilo por la ansiada paz, mientras las que hace el número, **Bolivia, a cuya exclusiva costa se realiza este anhelo de América, guarda un continente resignado y sereno, consciente de que los grandes ideales y las declaraciones altisonantes en que puso su fe, han fracasado y de que, una vez más, se consagra el triunfo de la fuerza sobre el derecho.**

Algunos escritores han lamentado el indiferentismo de nuestro pueblo en el momento actual. Ese indiferentismo no existe, todos los bolivianos se reconcentran dentro de sí mismos en esta hora en que la patria recibe la corona del martirio, hacen un examen retrospectivo de los muchos dolores sufridos, analizan las causas y renuevan el juramento sagrado de servirle mejor en el futuro".

Sería largo, aunque muy interesante, transcribir la serie de artículos en que el eminente escritor don Alcides Arguedas, se ocupa del asunto. Sacrificamos a la brevedad de estas notas, el deseo de consignar la totalidad de la recia protesta del escritor y sólo copiaremos algunos conceptos:

"Yo no quiero decir, o tengo miedo decir, cómo y en qué sentido se puede interpretar el espectáculo que en estos momentos presenta el país, frente a la noticia de la paz...

Su indiferencia espanta; su silencio hace temblar.

¿Ha sufrido tanto este pueblo, tan grande ha sido su quebranto que hasta le faltan los ánimos para exteriorizar sus sentimientos? ¿Dónde su algazara de ayer? ¿Qué de sus vociferaciones al tiempo de ofrecerse en holocausto para ir a la guerra?

El pueblo no se mueve y permanece mudo, indiferente, resignado.

En esto no habría que ver —me parece— signos de insensibilidad patriótica, sino algo más serio y doloroso; la exteriorización muda de su resentimiento y de su condenación.

Este pueblo ha sido terriblemente engañado; a este pueblo se lo ha sacrificado con una inconsciencia que aparece todos los días más grande a medida que se medita, se estudia y se pregunta por qué se hizo la guerra.

... ...

En estos momentos de humillación y de desventura, esta sociedad arde de ansiedad a la expectativa de un baile que se ha de dar en estos días no sé con qué fin ni con qué motivo.

Y hemos de bailar. Y hemos de divertirnos resucitando usos, modas y gestos del pasado; hemos de revivir días de nuestros abuelos...

¡Cómo yo quisiera que en lugar de sus trajes, de sus gestos, de sus muecas, tratáramos de imitar su espíritu! ¡Cómo quisiera que nuestras hijas rompieran sus disfraces y adornos para ir ese día a los templos o siquiera el cementerio, para orar, llorar y recordar a los caídos en las llanuras calcinadas del Chaco y que fueron sacrificados miserablemente, estúpidamente, criminalmente!

... ...

Firmada está la paz del Chaco en el mapa se cambia de color una enorme área del territorio nacional...

Estoy viendo o creo ver la ceremonia en la espléndida y suntuosa capital latina. Veo a nuestro inefable Canciller avanzar entre la concurrencia selecta, sonriendo satisfecho y feliz. Va cargado de sus infinitas condecoraciones, de sus placas, sus cintas, sus colgandijos, que tanto precio tienen para él. Sonríe satisfecho y complacido porque ha sido figura principal en la gran obra de sellar la paz de dos pueblos".

... ...

Es de suma importancia, para conocer y medir la calidad del Gobierno del señor Busch, leer el artículo que sigue, del mismo escritor don Alcides Arguedas, publicado en forma de carta en "El Diario", de La Paz, el 4 de agosto de 1938 y reproducido en varios diarios de América. Tomamos de "La Opinión", de Santiago, del 14 de agosto de 1938.

"Carta al señor Presidente de la República:

Señor Presidente:

Antes de hacerme oír con usted sobre las razones que tengo para creer que pasó la época de los partidos de oposición con el único fin de combatir al Gobierno, demolerlo y luego substituirlo en el poder, deseo explicarle por qué uso del derecho de dirigirme al Jefe de mi país para pedirle se ponga a meditar sobre las cosas que he de decirle y permanecen calladas, cuando todos las piensan y no se deciden a expresarlas.

Comencé a escribir mis artículos empujado, como siempre, por mi deber, pues 30 años de constancia intelectual y una docena de volúmenes publicados y todos bajo la imperiosa necesidad de servir, me imponían la obligación de no callar en estos momentos de crisis y de duelo, de humillación y de vergüenza y en los que se vienen manifestando tendencias que de realizarse, acabarían por destruir la nacionalidad misma con su patrimonio territorial y sus adormidas fuerzas morales.

Mis artículos —acaso porque traducían ansias e inquietudes colectivas— fueron acogidos y leídos con un entusiasmo que nunca se me imaginó iban a producir.

A diario me llegan muestras de aprobación de toda clase de gentes y de todos los ámbitos de la República recibo cartas en que se me incita a no abandonar mi tarea. Al mismo tiempo, y como para reforzar tales iniciativas, he sido honrado con un oficio de la institución femenina más seria y más respetable de la localidad y donde ha buscado asilo lo que por fortuna aún nos

queda de verdadero señorío, de pulcritud y de decencia y en el cual oficio se me felicita y aplaude...

De manera que ahora, señor Coronel, no es sólo un escritor consciente de sus actos que se dirige a usted, sino el personero más calificado de la voluntad colectiva y calificado no por sus méritos, sin duda, pues los tiene pocos, ni por su obra misma acaso con todo de ser circunspecta, sino más bien por haber tenido la suerte de decir a su hora lo que piensa y siente lo más sensato, lo más honesto y lo más representativo de nuestro país.

Y es revestido de la autoridad que me da esa adhesión que ahora cojo mi pluma, que nunca conoció favores oficiales para decirle esto que paso a exponerle:

Rodamos, Coronel, por un plano inclinado y es, por consiguiente, bastante peligrosa la situación del país. Quien no se dé cuenta de ello, o fía mucho en la acción reparadora del tiempo, que es lenta, o carece de capacidad para descubrir la realidad de un medio social dentro del que actúa.

Y la realidad es ésta: hay que cambiar todo el mecanismo, toda la estructura actuales afectados por una interminable serie de errores políticos y los cuales nos han hecho arrastrar una vida convulsionada y, por tanto, estéril.

El trabajo de reconstrucción, como todo trabajo hecho por gentes de sentido común, tiene que comenzar por los cimientos, naturalmente, cosa simple y elemental y que, sin embargo, siempre ha escapado a la penetración de nuestros dirigentes.

Y los cimientos inconmovibles de una nación son, primero y ante todo, su cultura y su educación. De ellos arranca después su riqueza económica, y, de ésta su fuerza y su poderío.

Pretender o imaginarse que una nación de suelo privilegiado por sus riquezas naturales, pero muy pobre de gente, o con gente inculta y viciada pueda subsistir

junto a otras naciones que aumentan en población, ganan en cultura y en riqueza y van al ritmo de la época sin ser absorbida por ellas, dominada, conquistada, es una candidez que desmienten a cada paso la historia y la experiencia de los siglos.

Esto de la educación y cultura, Coronel, es asunto de una trascendencia excepcional y única para los pueblos.

En la Exposición Universal del año pasado en París, había un pabellón de veras interesante y el único acaso que respondía al espíritu, a la cultura y la elevación del genio francés. Era el Palacio del Descubrimiento, y lo constituían una interminable serie de salas donde estaban acumulados todos los inventos que han transformado la humanidad y hacen hoy la vida fácil, cómoda, plácida y que le dan aspecto de milagro. Aquí, las salas de radio con sus últimas innovaciones; luego las de las investigaciones científicas en sus diversas ramas; después, las de las industrias de paz y de guerra, las primeras con sus maquinarias para todas las industrias y, las últimas, con sus inventos formidables del avión, de los explosivos exterminadores, etc.

Las salas se sucedían unas a continuación de otras, interminables y formidables por sus enseñanzas y sus lecciones, pues se veía la evolución de la humanidad desde sus etapas obscuras del cavernícola hasta estos tiempos maravillosos.

La última sala era de la gran sorpresa, porque los muros severos y desnudos no contenían nada. Lo único que había en la solemne y vasta estancia, eran plumas, pinceles, lápices, un violín y, sobre una mesita, un libro abierto...

El efecto era grandioso y anonadaba porque por medios simples se quería demostrar que todo lo visto, de todos los progresos industriales, de todos los adelantos, lo más valioso era la letra, el libro, es decir, la cultura, que todo lo crea...

Es esto, Coronel, que nos falta saber. Es de verdad elemental en todos los pueblos constituidos que nos falta penetrarnos.

Porque en éste nuestro país escondido entre breñas, abandonado, explotado, mutilado, pobre y deficiente en elementos humanos superiores, se ven cosas únicas e insospechadas en el resto del globo y que se producen únicamente por falta de cultura.

Aquí una catástrofe singular como la guerra, crea valores y produce resultados desconocidos en otras partes.

En la guerra mueren generalmente los audaces, los más audaces, los más entusiastas, los más idealistas y los más preparados, porque son los que mejor comprenden y los que sienten más intensamente la noción de Patria.

Una guerra en otras partes destruye riquezas materiales y morales y arrasa a veces con el patrimonio individual.

Aquí la guerra ha enriquecido a los individuos que han traficado con las drogas, las armas, las municiones, los alimentos, el pan y el vestido del pobre soldado, sin importarles lo más mínimo la suerte de la Patria y su destino, atentos únicamente a su menester, a su ganancia, a su lucro.

Y esas fortunas que en otras partes habrían sido anuladas, destruidas o confiscadas, se lucen aquí con una desfachatez que espanta y con un cinismo que a la vez irrita y desconsuela. Y los hombres que las hicieron a costa del porvenir y de la seguridad colectivos habrían sido procesados primero y fusilados en seguida como verdaderos traidores a la Patria; pero aquí andan sueltos y orondos y nos miran con insolencia desde los mullidos asientos de sus automóviles aerodinámicos...

Pero no sólo nuestra guerra del Chaco ha producido riquezas individuales a costa de la pública, sino que ha dado los hombres de la guerra, o creado en esos hom-

bres, aptitudes, merecimientos y conocimientos que en otras partes son el fruto de largos y sostenidos estudios, cuando no la coronación de toda una vida de lucha y de esfuerzos...

La guerra aquí ha engendrado una nueva casta desconocida por algunos aspectos en otros sitios del globo.

Aquí en Bolivia, tenemos la casta de los **ex combatientes,** la única privilegiada después de la militar.

La guerra aquí, en vez de retardar la cultura de los combatientes o de esterilizar en muchos su espíritu, ha creado su cultura, ha ensanchado y enriquecido el horizonte de su saber y los ha hecho aptos para muchas cosas que antes ignoraban y, sobre todo, para dirigir los negocios públicos, ocupar los puestos públicos, sentarse en el parlamento, representar al país en la diplomacia.

Basta ser ex combatiente hoy en día para estar dotado de saber y entender en el manejo de la cosa pública; basta haber estado en el Chaco, aun sin combatir, para que el gesto de héroe luzca en todas las frentes...

Yo siento como nadie quizás y por esa mi chifladura de la cultura, la pérdida de nuestro Chaco, porque —lo estamos viendo— el clima, el cielo, las aguas y los vientos de esa región habían tenido la facultad de producir el milagro nunca visto de dar a los hombres sabiduría, experiencia y de especializarlos muy particularmente en el desempeño de cargos públicos y representativos...

Pero...

Perdóneme, Coronel, que casi sin advertilo, me haya deslizado en el campo de la ironía fácil, que no es campo de tierra sólida para mí.

Lo que agregaré en esta parte y al hablar de los ex combatientes, es que hallo justo, legítimo y hasta imprescindible que quienes hayan llenado cumplidamente su deber en el Chaco, los que de veras han conocido la

línea de fuego y expuesto, por tanto, su vida, tengan preferencia en todos los cargos públicos si conocen el mecanismo de la administración y tienen aptitudes. Es un deber y una obligación el atenderlos, utilizarlos y servirse de ellos, porque se lo merecen.

Sólo que en esto también parece que no rige por igual la justicia distributiva. Parece que hay preferencias, distinciones, exclusivismos.

Yo he oído citar casos y nombres de personas que habiendo buscado refugio en alguna oficina de retaguardia vendiendo o comerciando en artículos de consumo, o tecleando en máquinas de escribir, o redactando órdenes y escribiendo artículos laudatorios sobre algunos jefes, son los que ahora, a título de héroes o cosa parecida, exigen más y acaparan más, mientras que muchos verdaderos héroes, andan en busca de situaciones, guían camiones, venden lo que pueden y encuentran para hacer frente a las terribles necesidades de la vida en estos elementos.

Estamos, entonces, dirigidos por héroes de retaguardia y sufrimos la impertinencia de los nuevos ricos. Los unos nos hacen sentir el peso de su superioridad y los otros nos desprecian porque para recogernos a nuestras casas tenemos que permanecer de pie en la plataforma del destartalado y sucio tranvía.

Habiendo producido tales estupendos resultados la guerra, se ha llegado a dar una importancia inusitada y desmedida a la preparación de elementos que entienden en cosas de guerra.

—Puesto que la guerra procura el bienestar individual y crea aptitudes de todo género en los hombres, es preciso fomentar la multiplicación de los destinados a la guerra— parece que es el pensamiento de todos los Gobiernos de Bolivia en estos días.

Y se ha mandado comisiones numerosas a Europa y gastado sumas fantásticas de dinero con las que se podía haber importado azúcar, arroz, harina y otros ar-

tículos que hagan más fácil la vida. También se podía haber aplicado esas sumas fantásticas a cosas de utilidad pública como la construcción de carreteras, por ejemplo, que fomentarían el nacimiento y desarrollo de una industria madre como la agricultura...

Comisiones y comisiones han ido a todas partes espléndidamente bien pagadas y retribuidas. Y este país de talla ya bastante conocida en estos momentos en algunas partes del mundo por las muestras que ha dado, se ha permitido también el lujo de enviar misiones diplomáticas como si fuera un gran país de abundantes riquezas a colocar, de prestigio universal a mantener y de poderío reconocido y acatado a hacer respetar...

Infinidad de militares y muchos diplomáticos turistas se han enviado a Europa.

¿Cuántos maestros, cuántos educadores, cuántos pensionados se han enviado junto a estos favorecidos?

¡Ni uno solo, que sepamos!

Y es esto que yo encuentro no sólo extravagante sino francamente monstruoso, algo que sale de lo normal y hace ver, ya sin disimulo posible, que en el país (¿en el país?) se desconoce en absoluto, totalmente, los factores que crean y elevan el progreso de las colectividades; que aquí hay una atrofia del sentido lógico y racional, o, al contrario, existe el propósito desaforado, concertado y definido de hacer que esto se vaya al diablo, en términos vulgares, que concluya de una vez la farsa de una nación que vive casi artificialmente sin saber todavía cómo y de qué manera se crean sus riquezas morales, intelectuales y materiales; cómo y por qué se forma el espíritu de un pueblo y se hace nacer el orgullo de la propia personalidad colectiva...

Y, pues, estoy en trance de denunciar las cosas inverosímiles que se ven o se saben, quiero, señor Presidente, tocar otros aspectos, señalar otros casos que han concluido por alarmar la conciencia pública.

Varias veces he oído referir y se cuenta corrientemente que una vez, no hace mucho, encontrando en un Consejo de Gabinete que había un sobrante de dineros en algunas de las reparticiones administrativas o en el conjunto, se acordó distribuir ese sobrante entre los miembros del Gabinete, como una prima y que cada Ministro cobró algo así como cincuenta mil pesos.

Ignoro si sea o no verdad esto; pero se habla corrientemente, el rumor es general y nunca ha sido desmentido, que yo sepa. Y me parece que cuando se echan a circular especies de este volumen que afectan profundamente el prestigio del Gobierno, se está en el deber de esclarecer, sin permitir que corran acentuando en todos la desconfianza que existe sobre la limpieza de procedimientos en el Gobierno.

En cualquier país del mundo y bajo cualquier régimen la ley financial es de una rigidez casi absoluta y no se gasta un solo centavo fuera de lo previsto, calculado y meditado.

Aquí, lo hemos sabido, se ha enviado al exterior una respetable cantidad de dinero sin hacerlo saber a nadie, sin dejar un solo documento que haga constar no ya sólo su empleo, sino hasta su simple salida, y esto va contra todas las prácticas usuales en cualquier país del mundo.

Que las intenciones fueron éstas o aquéllas, que hubo corrección y buena fe en el manejo de aquella suma, es ya secundario y poco importa. Lo esencial es que no puede ni se debe hacer eso; que si semejante sistema de manejar fondos sin dejar comprobantes se generalizara no habría manera de verificar cuentas ni controlar el empleo de esos fondos y que todo quedaría librado a la honestidad de los que los manejan; que eso sienta precedentes funestos y da margen a opinar siempre en sentido adverso al Gobierno...

Otro caso:

Hasta ayer estuvo a la cabeza de una muy importante repartición un sujeto extraño al país y del que se tenía informes terribles. Los había dado, completos, la legación de su país y hecho saber que el tal sujeto era criminal avezado, a más de un consumado estafador y ladronzuelo.

Se sabía esto y se le mantenía, no obstante, en su elevado cargo. Y nosotros, los idiotas súbditos de este país, teníamos que pedir protección y amparo a un asesino y a un estafador.

Pero he aquí que este sujeto, alentado por la facilidad con que escalara situaciones y estimulado por quién sabe qué clase de ambiciones, o qué suerte de promesas, se mezcla en trajines turbios y pretende echar por tierra un régimen que estaba en el deber de defender.

Y sólo cuando se prueba su falsía, su bellaquería y su picardía, recién se descubre y se revela que era un sujeto bajo sanciones, un agente peligroso para el orden público...

Otro caso:

Un jefe de policía, erróneamente informado sobre planes subversivos tramados en el local de una institución social, la primera del país, invade con su tropa el local y mata o hace matar —no sé bien— al portero...

La sociedad se siente paralizada por el terror y la indignación y la asociación ofendida comete la debilidad de callarse y no se atreve a pedir la organización de un sumario.

A poco el autor o inspirador del crimen es llamado a ocupar una cartera y así se disculpa, se justifica y hasta se premia su acto.

Pero pasan los días y el Ministro de Estado es acusado de preparar un movimiento contra el orden público y el Gobierno establecido. La denuncia es concreta, las pruebas son abundantes y los cargos contra él son decisivos.

Lo lógico en este caso era aplicarle la pena prevista por las leyes. ¡Pero no! Las penas de los códigos son para los adversarios; nunca para los compinches. Y a este compinche se le da de mano, se le entrega una fuerte suma de dinero y se le envía a hacer estudios especiales en Europa.

Cuando se ve o se sabe cosas como éstas, señor Coronel, el espíritu se turba y la conciencia pierde orientación. Uno ya no discierne con claridad si vive en el mundo real o es víctima de una pesadilla atroz; si forma parte de una entidad organizada con normas de derecho o es partícula humana de un mundo desorbitado en que lo anormal es la regla y lo racional y normal es la excepción.

La vida entonces toma caracteres trágicos para el hombre equilibrado, porque estando ya formado su espíritu en viejos moldes y obedeciendo a conceptos lentamente elaborados por el constante esfuerzo de generaciones sucesivas de filósofos, legisladores, juristas, teólogos, ve que toda su herencia espiritual, su bagaje de cultura y sus aspiraciones ideales son un arma inútil para defenderse contra la acción de la influencia de aquéllos que no creen en Dios, no tienen ideales, no respetan la vida, ponen precio o cobran por su patriotismo y prosperan a costa del sacrificio de los tontos e imbéciles que luchan, trabajan, tienen ideales, creen en la Patria y creen en Dios. . .

Espero, creo y anhelo, o, más bien, esperamos, creemos y anhelamos los bolivianos conscientes que todo esto ha de cambiar con usted, señor Coronel, tiene que cambiar, debe de cambiar, porque no es posible que semejantes cosas contrarias a la estabilidad social y a las más elementales nociones de moral se continúen y prolonguen porque sería decretar la disolución de nuestro país por podredumbre, el más humillante y vergonzoso de los fines. Este pueblo vive bajo la nefasta influencia

de toxinas extrañas ingeridas y lo racional ahora es buscar los reactivos para eliminarlas.

Un gobernante, para desarrollar un programa de acción eficaz tiene que elegir y rodearse de elementos probados por su preparación, su integridad, sus antecedentes limpios y la pulcritud de su vida privada que tiene un influjo enorme sobre las costumbres públicas.

Es otro grave error imaginarse que hombres señalados y conocidos por sus truhanerías, sus deslealtades, sus bellaquerías no acarreen desprestigio sobre el Gobierno que los utiliza cediendo a sus manipulaciones, sus empeños o sus humillaciones.

La lógica popular en este sentido es implacable. "El que se rodea de pícaros picardías piensa hacer" —dice. Y así concuerda con el concepto puramente intelectual de las afinidades electivas, que es una conocida ley de dinámica social.

El deber de llamar y rodearse de elementos escogidos, me lleva al punto de que debía comenzar esta carta, señor Coronel.

Todos los desastres que hemos padecido provienen de gran parte de la intolerancia de los partidos que ponían todo su afán en combatir al Gobierno con todas las armas —de preferencia las prohibidas— para desacreditarlo primero, destruirlo después y substituirlo, finalmente.

Ese sistema ha probado mal y ya no puede subsistir.

Los errores de los partidos han originado su total descrédito y la disolución de los partidos la han decretado los combatientes en las trincheras.

Han hecho bien y acaso mi participación en ese movimiento de insurrección no ha sido poca, como puede verse con sólo leer mis últimos libros.

Pero ahora el país vive apolíticamente, porque no hay verdaderos partidos. Hay un grupo con tendencias

más o menos definidas y con jefes de mayor o menor volumen y capacidad.

Y lo que exige la salud del país en estos momentos es, ante todo y sobre todo, mantener el orden público a toda costa y por cualquier medio. Quien lo altere por despecho, impaciencia o lo que sea, comete un verdadero crimen y esto no debe tolerarse, ni puede permitirse.

Cuadra en seguida despertar el espíritu público aletargado y hacer comprender a los conciudadanos que el no mezclarse en política no es solamente ya una falta, sino un delito, porque se da lugar al encumbramiento de los más audaces, vanidosos y despreocupados; que la abstención política engendra la arbitrariedad y el despotismo de los gobiernos con su conocida secuela de abusos, derroches y despilfarros. Quien no se mete en política y se queja después por los males que sufre y las privaciones que padece, obra con perfecta inconsciencia, porque el pan caro, la vivienda escasa, las garantías canceladas, son producto directo y exclusivo de la mala política.

En esta labor de resurgimiento nacional puede hacer mucho el Gobierno si está bien inspirado y sus intenciones son elevadas con sólo cumplir su deber de no atentar contra las libertades públicas, velar por el correcto empleo de los fondos comunes, exigir orden y pulcritud en los empleados de la administración, castigar a los delincuentes, depurar los cuadros, hacer economías, gobernar bien, en fin.

Créame, señor Presidente, su muy atento y seguro servidor.

Alcides Arguedas".

Con motivo de la publicación de la carta anterior, el señor Arguedas fue llamado a Palacio y agredido de hecho por el Tcnl. Busch. Toda La Paz, primero, el país y la América toda después, recibieron con estupor e indignación semejante hecho sin precedentes, sino en épocas y entre hombres que todos creían de un lejano pasado de barbarie y desenfreno. He aquí algunas de las publicaciones que con este motivo vieron luz en la prensa chilena. No nos ha sido posible conseguir aún otras publicaciones que sabemos han aparecido en la prensa de otros países.

"La Opinión", de Santiago de Chile, del 13 de agosto de 1938, publica el siguiente artículo:

"ALCIDES ARGUEDAS, ILUSTRE ESCRITOR BOLIVIANO, VICTIMA DE CRIMINAL AGRESION.

Había dirigido una sensacional carta abierta al Presidente de Bolivia, Coronel Busch, y se cree que esta carta fue la causa determinante del atentado.

La Paz, 12.— (Especial).

El ilustre escritor Alcides Arguedas, que publicó en la prensa de oposición una carta abierta dirigida al Presidente de la República, Coronel Busch, acaba de ser víctima de una criminal agresión, en circunstancias que había sido invitado al Palacio de Gobierno.

En estado gravísimo hubo de ser trasladado al hospital.

Se cree que la referida carta fue la causa determinante del infame atentado. En los círculos de la oposición y en los círculos intelectuales reina profunda indignación.

Tres Ministros presentaron la renuncia".

"La Opinión", del 15 de agosto de 1938 también publica un artículo, perteneciente al ilustre escritor chileno, Maitre Renard:

"OTRA VEZ MELGAREJO PROYECTA SU SOMBRA. . .

Los tiempos de los caudillos bárbaros no han desaparecido aún de Bolivia. La sombra, mitad trágica, mitad pintoresca de Melgarejo, sigue proyectándose vigorosa y sanguinaria en el Palacio de Gobierno de La Paz, como después del sacrificio de Belzu.

El nuevo Presidente de la República, Coronel Busch, llegado al Poder mediante la eliminación "manu militari", primero del doctor Salamanca, que constituía un orgullo para el país del Altiplano, por su honestidad y talento; en seguida del Vicepresidente Tejada Sorzano; y después del Coronel David Toro, su jefe y protector, acaba de hacer una exhibición al mundo de su personalidad moral e intelectual y del carácter del régimen que encarna.

Ya no es el caso de aquel infortunado Coronel, que acusado de conspiración, fue asesinado por sus carceleros a pretexto de fuga. Se trata de algo distinto. La víctima es un escritor eminente, que ha honrado la literatura, no sólo de su patria, sino también de la América española, con libros tan enjundiosos como su **Historia de Bolivia,** tan sinceros y profundos como **Pueblo Enfermo** y **La Danza de las Sombras.**

Hace algunos días, Arguedas escribió una carta abierta al Coronel Busch, en que con notable elevación de espíritu, le hace una severa y valiente pintura de la situación política, cultural y económica de su patria, después de la contienda chaqueña y en que junto con analizar, lo que a su juicio constituye la causa de la ruina boliviana —la falta de cultura popular— denuncia los abusos, manejos y atropellos en que está incurriendo la

casta de los llamados "ex combatientes" que junto con los militares han pasado a ser la clase privilegiada de Bolivia, los beneficiarios de todos los cargos administrativos, diplomáticos y políticos, y a quienes no es posible siquiera tocar, porque convertidos la mayoría de ellos en "héroes de la guerra" muchas veces sin haber olido la pólvora, son los actuales detentadores del Poder, de sus influencias y sinecuras.

Los lectores de "La Opinión" conocen ya esa admirable carta. Busch, después de imponerse de ella, hizo invitar, con falaz cortesanía al ilustre escritor; y aprovechándose de su situación política, de las guardias pretorianas que lo rodeaban y de su condición de militar joven y aguerrido, atacó de hecho, al desprevenido y anciano autor de la mejor Historia de Bolivia. Todo por el inmenso delito de haberle escrito una carta, que a la vez que una joya literaria, es una demostración de valentía cívica, que en cualquier país del mundo, habría hecho a su autor digno del respeto de sus propios adversarios.

Ahora el oficialismo de La Paz trata de hacer silencio en torno de este sombrío episodio. Por su parte, la prensa de la Derecha de nuestro país le ayuda con su decidida complicidad. En efecto, impuesta por cables llegados de Buenos Aires de todos los detalles del suceso, ha guardado reserva hasta el día de ayer, en que una información de la United Press hace pública, en nuestro país, aunque de modo muy sintético, la verdad de lo ocurrido.

Nada puede esperarse de la prensa boliviana que está aherrojada, y que, por lo tanto, no ha podido condenar el vil atropello. Menos de la llamada Convención Nacional que no refleja el pensamiento del pueblo y que es un engendro de la dictadura de Busch. Ni de una nación que tiene sus garantías constitucionales canceladas.

Toca, entonces, a la opinión libre de los pueblos libres de América, demostrarse solidarios con los hombres

que defienden, junto con la dignidad de sus conciudadanos, los supremos fueros del espíritu y hacer recaer sobre el nuevo Melgarejo de la vecina República la condenación moral del continente.

¡Qué tragedia es aún la de algunos pueblos de América! Bajo la corteza débil de una civilización que no ha penetrado aún en las almas, hay un bárbaro escondido, que no reconoce más ley que la que impera en las selvas: la de la fuerza bruta y que no podrá jamás admitir la supremacía del espíritu.

Contra Alcides Arguedas, figura intelectual y moral la más preclara de Bolivia, admirada por todo un continente, se ha alzado el brazo vengativo de un **camba,** doblemente enemigo de la cultura.

¡Hagámosle comprender que el espíritu es siempre invencible!

Maitre Renard".

Sin comentarios, reproducimos la carta que el Tcnl. Busch, enviara al Coronel Toro, por intermedio del Mayor Lafuente, en respuesta a su telegrama. Respetamos la ortografía y la puntuación de este documento.

"La Paz, 6 de junio de 1938.
Coronel David Toro.
Santiago.

La más villana forma de cobardía se exterioriza en la copia de telegrama que me ha enviado usted por correo: insultar a quien sabe que no responderá en la misma forma, porque lo veda su dignidad, ni podrá castigar la insolencia, porque la situación que ocupa le impide salvar la distancia que parapeta al cobarde ofensor.

Hay, no obstante, un medio para que se rehabilite usted en algún sentido de todas sus cobardías pasadas

y de sus infamias presentes: mostrarse **hombre,** en el noble concepto del vocablo: venir a buscarme, ya que yo no puedo hacerlo por la magistratura que invisto, para que, sin femeninos alardes, tan perjudiciales al buen nombre de la Patria y del Ejército, podamos enfrentarnos solos y terminar nuestras divergencias con honor, como cumple a quienes vestimos uniformes y hemos hecho una profesión del decoro y de la valentía.

Comuníqueme, por carta, qué día podrá usted ingresar al territorio nacional y por dónde, para disponer que las autoridades garanticen eficaz y sigilosamente su seguridad y libertad, ya que públicamente no podrían hacerlo por el nefando delito de traición a la Patria que ha cometido usted.

Jamás se le presentará mejor oportunidad para lavarse de su tremendas culpas militares y civiles, políticas y comunes. Se la brindo ampliamente con ésta mi congénita generosidad de la que siempre usufructuó usted.

¡Que el despecho que anida en su espíritu y el deseo que alienta usted de desviar la condenación unánime del país, que debe pesarle como una lápida, le den fuerzas para ser hombre. . . !, ¡siquiera una vez en la vida!

(Fdo.) **Tcnl. G. Busch".**

Por intermedio del señor Mayor Jorge de Lafuente, adjunto militar en Santiago, el Coronel Toro, envió la siguiente respuesta a Busch:

"Santiago, Chile, septiembre 20, 1938.
Teniente Coronel Germán Busch.
La Paz, Bolivia.

No pensaba contestar la carta que me enviara usted a raíz de mi telegrama de protesta por el alevoso

asesinato del Tcnl. Cárdenes. Los términos en que se halla redactada, la incoherencia de su contenido y lo risible de la invitación que me formula usted, no merecían el honor de mi respuesta. Sólo pensé en guardarla cuidadosamente, como un curioso documento que serviría, junto con otros que ha firmado usted, para que los hombres de mañana sientan el grotesco e indigno regocijo de trazar su cabal silueta moral. Por otra parte, fatiga sostener polémicas, aunque sólo fueran telegráficas, con personas que sólo firman lo que les presentan y ante quienes el argumento de mayor valía, la frase acertada o el más elocuente raciocinio, se embotan como dirigidos contra una muralla. Empero, he sabido que, en otro de sus alardes inconscientes, exhibe usted la copia de esa su carta —que debiera esconder y negar— pretendiendo aparecer como un valiente retador, y atribuyendo a mi silencio alcances que no tiene. ¡Qué grotesco es todo esto! Esta manifiesta falta de escrúpulo e inconsciencia y el daño que para el país importa tal hecho, me colocan, pues, en la necesidad de tener que dictarle, una vez más, normas de conducta.

Para cumplir esta penosa tarea, lejos estoy, por cierto, de tomar en consideración, ni menos aun utilizar el socorrido recurso de la diatriba de la que hecha usted mano con sorprendente naturalidad, a falta de razones o argumentos que pudieran justificar su incalificable conducta. Bien sabe usted que jamás podría descender al tono de su carta. Hay, sin embargo, un precepto militar que prescribe que, en toda orden o instrucción escrita, el superior debe ponerse a la altura mental del inferior para poder ser comprendido. Siguiendo este precepto, busco el plano de su mentalidad y francamente no lo encuentro. Hay tantas contradicciones, tantos ab-

surdos, tantos impulsos primarios en su conducta, que desorientarían al más hábil psicólogo. ¿Cómo hallar el plano mental de usted, para otbener que me comprenda? Es usted Presidente de la República, en la misma forma que pudiera ser Arzobispo o Presidente de la Corte Suprema, vale decir con la misma inconsciencia, y estoy seguro que en cualquiera de esos cargos, apenas discerniría usted la diferencia por otra cosa que no sea el traje. Por eso, dudo del lenguaje que deberé emplear para explicarle lo que es necesario que comprenda.

Desde luego, por el bien del país, conviene que se dé usted cuenta que tanto su carta como la actitud que ha asumido en esta emergencia, no hacen honor a nadie y mucho menos aun, a quienes ocupan una alta situación pública, por mucho que ella hubiese sido alcanzada, como en su caso, a base de traición y felonía. Su pobreza moral, su orfandad de criterio y su inconsciencia, quedan, pues, más patentizadas que nunca con la simple lectura de su carta.

Sintiéndose agraviado cree usted injurioso el lenguaje que utilizo, en mi telegrama, para calificar sus aptitudes. Olvida, o pretende olvidar que, con anterioridad, eminentes personajes del país, como Salamanca, Tejada Sorzano, Saavedra, Arguedas, Canelas, para no citarle otros más, le han calificado ya con frases lapidarias y gráficas, que son del dominio público. Alguno de ellos dijo de usted: "Me ha causado la impresión de un mocoso mal criado que se ha sentado detrás del escritorio de su padre". Otro con menos eufemismo, tuvo esta otra frase: "Es un individuo que tiene la cara de virgen y el alma de prostituta". Frente a tales expresiones, lejos de indignarse debería usted más bien agradecer la benignidad de mi juicio que, en resguardo de la

dignidad del país y del de su Institución Armada, me cuidé de emitir en un documento de carácter "confidencial y reservado", pero que ahora lo ha hecho usted público, posiblemente para explicar el motivo de su carta... Que es usted inconsciente e irresponsable, ¿quién lo ignora dentro o fuera del país? ¿Usted mismo, tiene mejor idea de su persona?

Quiero referirme ahora al grotesco reto que me lanza a más de 2.000 kilómetros de distancia y en condiciones que mueven a hilaridad.

Si conociera usted el "Código del Honor" y antes de dar tal paso se hubiese aconsejado de letrado, sabría que el camino a seguir es otro muy distinto: Cuando se ocupa una alta situación de responsabilidad, por muy irresponsable que se sea, es de práctica inveterada el renunciar previamente a ella, para colocarse en igualdad de condiciones, buscar al ofensor y lanzarle el reto. Usted, por el contrario, se cobija en la situación que ocupa y plantea el incidente en forma y condiciones tales, que parece más bien que lo rehuyera y lo utilizara sólo como un recurso de simple exhibición, para salir del trance. Hay otro aspecto sobre el que quiero que reflexione. Sé que le pido mucho, pero, si logra hacerlo, no dudo que me dará la razón. Me dice usted que "ingrese al país para enfrentarme con usted y terminar nuestras divergencias y que le avise el día y el sitio por donde pienso hacerlo, para disponer que las autoridades garanticen eficaz y sigilosamente (sic) mi seguridad y libertad...". Con esto se patentiza una vez más que sus consejeros se burlan de usted y sistemáticamente le hacen incurrir en el ridículo. ¿Cómo es posible que se le pueda ocurrir que yo, un hombre normal y con bastante experiencia, pueda caer en tan burdo lazo? ¿Có-

mo se le imagina que alguien —no digo yo, que tanto le conozco— pueda creer en su palabra? ¿Cómo es posible que conciba usted que pueda confiar en el que me abrazaba la noche del 13 de julio de 1937, mientras preparaba mi destierro, e intentaba posteriormente hacerme envenenar con sus secuaces? ¿Cómo creer al que hizo masacrar en el Club de La Paz a gente inocente; al que hizo desaparecer misteriosamente a varias personas; al que tergiversó los sucesos de "El Palmar", para hacer asesinar al Tcnl. Cárdenes; al que destierra o elimina hasta a sus cómplices y favoritos de la víspera, como a Belmonte y Berg; al que, por fin, hace aprobar una ley de libertad de pensamiento y abofetea, entre dos edecanes armados y en pleno despacho presidencial, a un escritor, don Alcides Arguedas, porque opina sobre la desastrosa situación del país?

Su reto y su proposición son, pues, de una ingenuidad enternecedora, digna sólo de un "mocoso mal criado" e inconsciente. . .

¿Quiere usted batirse conmigo? Bueno. Ya que no podría conceder tal honor al Tcnl. Busch, haré una concesión al oficial que yo quería formar, al que acuné en el Ejército defendiéndole del ridículo, amparándole siempre, hasta contra sí mismo y contra la muerte, a quien di glorias para que fuera el héroe de jornadas que hasta ahora él mismo no sabe cómo y para qué se libraron; a quien aun no tuvo ocasión de convertirse en traidor, desleal y canalla, y le diré: Renuncie su actual cargo y venga con cualquier pretexto. Póngase en las mismas condiciones de igualdad —eso hacen los hombres de honor— y tal vez reciba de mi mano, que tanto le ha dado, el castigo que merece. No tema. Aquí no se hacen "cuatrerajes" ni se aplica "la ley Cárdenes". Estará usted

seguro hasta enfrentarse conmigo. Pero venga con sigilo, que no sepan en Chile que es usted y no otro, el Presidente de Bolivia...

....¡Me habla usted también de valor y de honor! Imagínese la lástima que me inspirará usted cuando intenta aparecer ante mis ojos, que tanto le conocen, como no es, como no será nunca, como jamás podrá ser un "cuatrero".

No puede usted seguir engañando por más tiempo al país, haciendo alarde de un valor inexistente, en el que pretende fundamentar por entero su grotesco encumbramiento al poder. La práctica de lo que hemos venido en llamar un "cuatreraje", o, lo que es lo mismo, la emboscada siempre fácil que prepara el asalto de caminos donde se victima por sorpresa a gente desprevenida y casi siempre indefensa, no requiere valor ni mucho menos. Si fuera así, podríamos afirmar que todas las cárceles del mundo están pobladas de valientes y esto, a Dios gracias, no es evidente. ¡Y es esto precisamente lo que ha forjado la leyenda de su valentía!

El verdadero valor, es otra cosa muy distinta. Es la práctica habitual de los sentimientos más elevados y de las virtudes más excelsas; el valor puede y debe ser admirado sólo cuando es empleado honorable y honradamente. El valor es una cualidad del alma que mueve a acometer nobles y grandes empresas con plena conciencia de que se arrostra todo por un gran ideal de justicia. Valor no es osadía, desvergüenza, inconsciencia e irresponsabilidad, como usted se figura. Se precisa valor para aceptar conscientemente la Primera Magistratura de la Nación, pero no para hacer sólo el cómodo papel de facsímil y deletrear mensajes que otros escriben, con evidente mala fe, para empalidecer la primera obra del

Ejército en el Gobierno de la Nación. Para eso basta ser lo que es usted: Inconsciente e irresponsable.

En cuanto al honor... Resulta también difícil explicarle lo que eso significa. El honor es también una virtud del espíritu.. Imagínese usted una estrella. ¿La podría tocar? Bueno, eso es honor con respecto a usted. No hable, pues, de las estrellas. El que hace masacrar y asesinar, el que intenta hacer envenenar, el que abofetea a varones honestos e ilustres, ése, no tiene derecho ni a nombrar el honor.

Y cese ya de ensayar posturas y decir cosas que no entiende. No sé cómo le hacen hablar de traición... ¡Usted hablando de traición! Al amparo de esa imputación calumniosa hizo usted asesinar a Cárdenes que no cometió otro delito que el de manifestar —con la gran mayoría del Ejército— su disconformidad y repudio hacia quien despedaza el país y prostituye el ideal del Ejército, a quien veja a sus hombres más representativos, a quien fomenta la delación y hace escuela del espionaje, a quien aviva el regionalismo y, en fin, a quien dilapida las rentas fiscales en una orgía de descarados apetitos... Si el Tcnl. Cárdenes era traidor, ¿qué es usted entonces? ¿Cómo llamarle al que derrocó a tres gobiernos, dos de ellos constitucionales, y a uno precisamente, en el momento más delicado de la guerra y en pleno frente de operaciones? ¿Si al Tcnl. Cárdenes le hizo aplicar semejante pena, cuál le correspondería o le corresponderá a usted? Constantemente se cierne sobre su cabeza la amenaza de la justicia que caerá implacable sobre usted y los suyos. Tantas traiciones, tantas deslealtades, tanta iniquidad e ignominia, no quedarán, no pueden quedar impunes. ¡Si supiera lo que se piensa de usted en todo el continente! Si pudiera apreciar, si estuviera ca-

pacitado para apreciar todo el asco que inspira, seguramente anhelaría esconderse en lo más intrincado de su selva nativa, donde no le viera nadie y donde sólo su remordimiento le "cuatrerearía" diariamente desde el espeso matorral de sus culpas.

¡Y me llama usted "traidor a la patria"! Ignora usted que tradicionalmente en Bolivia fueron declarados "traidores a la patria" los hombres públicos de mayor valimento, precisamente aquéllos a quienes después fue preciso respetar, honrar y consagrar como a los personajes más sobresalientes de la nacionalidad. Ayer, Belzu y Morales declararon "traidores a la patria", incluso a los representantes nacionales del Congreso del 48 y a los de la Constituyente del 72. Hoy usted, el Melgarejo y el Daza Siglo XX, sin pensarlo, me concede el alto honor de situarme al lado de los Santa Cruz, los Ballivián, los Linares, los Arce. . ., que también fueron declarados "traidores a la patria" y no sólo por gobiernos menos ineptos que el suyo, sino hasta por Congresos y Constituyentes que tenían elementos de reconocido valer.

Pero, le he dicho Melgarejo y Daza Siglo XX, y he dicho mal. A usted le corresponde mejor el mote de "Germán el Bárbaro". En la Historia de Bolivia, que usted desconoce en absoluto, no se había producido aún el caso de un hombre que, como usted, reuniera todos los defectos de los malos gobernantes que estropearon al país. Melgarejo, supo ser magnánimo; Morales, muy valiente; Daza, muy listo; Ruperto Fernández, muy letrado; Belzu, arrogante y generoso, muy alto para que pueda comparársele con él. ¿Yáñez? Sí, tal vez Yáñez sea su antepasado más legítimo y tal vez como a Yáñez, le tocará caer en las sanciones del pueblo que hoy veja y escarnece con tanta saña.

Yo no busco venganza. El perdón, lo sabe usted, ha sido siempre una de las debilidades que más han aprovechado mis enemigos. Pero le pronostico horas amargas y definitivas, porque todo tiene un límite, hasta el atropello, porque todo tiene una medida, hasta el crimen...

Entonces, en esa hora de sombras para usted, acaso el único que le compadezca sea yo. Habré visto desaparecer los restos de algo grande y noble que quise tallar, pero que se deshizo irremediablemente, porque lo que yo creí mármol, no era sino barro sucio y deleznable...

Hay un murmullo a su alrededor. Es la amenaza latente. Es la justicia que para cumplirse busca la forma y la ocasión. Usted la oye ya. Cada día la oirá más... Mañana le ensordecerá... ¡Si supiera usted, cómo le compadezco!...

Coronel D. TORO R."

En los momentos de estarse imprimiendo el primer pliego de este folleto, llegan a nuestras manos los tres documentos que siguen. Son las primeras protestas de las que irán surgiendo, ante la barbarie del atentado de que fue víctima don Alcides Arguedas. Se trata de sueltos que han circulado por toda la República, con la consiguiente cautela, ante el salvajismo policial que castiga duramente, al que se atreve a tener alguno de esos volantes. Por este motivo nos apresuramos a reproducirlos, ya que de otro modo y dentro de poco tiempo, destruidos por la policía, serán rarísimos.

"EL SINDICATO DEPARTAMENTAL DE MAESTROS DE PRIMARIA

Considerando:

Que la cultura ha sido ultrajada en la persona de prestigio mundial, señor **Alcides Arguedas.**

Que el Magisterio boliviano es el baluarte del libre pensamiento y de la estructuración de generaciones conscientes, altivas y dignas.

Resuelve:

1º— Declarar que los maestros de Bolivia, están siempre de parte de la cultura moral e intelectual de los hombres y de los pueblos.

2º— Amparar al señor **Alcides Arguedas** en su campaña depuradora y de orientación de nuestros destinos nacionales.

3º— Solidarizarse con toda campaña que tienda a destruir los privilegios y despotismos que dañan la democracia y unión nacionales.

La Paz, 11 de agosto de 1938.

(Fdo.) **Juan Arébalo,** S. de Gobierno.— **Guillermo Monje Ortiz,** S. de Relaciones.— **Humberto Bilbao la Vieja,** S. de Prensa y Propaganda.— **Luis Moscoso,** S. de Correspondencia.— **Hortensia de Mariaca,** S. de Hacienda.— **Carlos Medina,** S. Defensa Sindical.— **Rubén Dick,** S. de R. Interno".

"LA FEDERACION DE ESTUDIANTES
DE CHUQUISACA

Considerando:

Que el escritor nacional don Alcides Arguedas dirigió en días pasados una carta abierta al Presidente de la República, condenando los desaciertos y hechos delictuosos que se vienen cometiendo por quienes manejan la cosa pública.

Que como emergencia de aquella comunicación, el escritor Arguedas ha sido víctima de un ultraje vergonzoso en el Palacio de Gobierno de la ciudad de La Paz.

Que tan condenable atentado es un desafío al pensamiento libre y una cancelación despótica de las garantías ciudadanas, suprimidas en nombre de una institución desprestigiada.

Que no obstante de tener divergencias ideológicas diametralmente opuestas con el referido escritor, la Federación de Estudiantes está en el deber de hacerle escuchar su voz de aliento, por tratarse de un alto exponente de la cultura boliviana del pasado siglo.

Con el dictamen afirmativo del Consejo de Defensa y la Secretaría de Disciplina.

Resuelve:

1º— Protestar enérgicamente por el vergonzoso atentado de que ha sido víctima el señor Alcides Arguedas, que señala claramente la descomposición en que se encuentra el actual Gobierno.

2º— Pedir el pronunciamiento de las fililiales estudiantiles del interior de la República.

Es dado en el salón de sesiones de la Federación de Estudiantes de Chuquisaca, a los once días del mes de agosto de mil novecientos treinta y ocho.

(Fdo.) **José María Alvarado,** Secretario General.— **René Canelas L.,** Secretario de Relaciones.— **Víctor Calderón,** Secretario de Cultura.— **Julio Cors Z.,** Secretario de Hacienda.— **José L. Murguía,** Secretario de Actas".

"ESCRITORES, ARTISTAS, CATEDRATICOS Y JUVENTUD LIBRE DE CHUQUISACA AMPARAN AL ESCRITOR NACIONAL DON ALCIDES ARGUEDAS, VICTIMA DE UNA AGRESION EN EL PALACIO DE GOBIERNO DE LA PAZ.

Carta abierta

Sucre, 9 de agosto de 1938.

A don Alcides Arguedas, en La Paz.

Quienes firmamos esta carta —escritores, artistas, catedráticos, o simplemente, modestos aprendices de la cultura— podemos o no estar conformes, y seguramente muchos no lo estamos, con el pensamiento que desde hace años viene usted profesando en cuanto escritor y con su conducta en cuanto hombre público. Nos basta, empero, la consideración de que usted abnegadamente ha puesto mucho de su vida al servicio del espíritu en nuestro país, para sentirnos imperiosamente obligados a escribirle en esta tan lamentable coyuntura, que es ya del dominio público. Y le escribimos para decirle que el incalificable ultraje de que le ha hecho víctima el Presidente de Bolivia, Coronel Busch, trasciende el orden meramente personal: es un ultraje a todos los que se sienten inspirados por un afán hermano del suyo y, más aún, por la calidad de quien lo ha inferido, es un bofetón brutal a la Nación entera.

La crítica del momento que atraviesa Bolivia, desarrollada en la carta de usted que ha suscitado este deplorable episodio, expresa, en su esencia, una verdad por todos sentida, desde el iletrado campesino hasta el más avisado intelectual; y desconsuela comprobar la reacción que ha motivado en quien por la especial posición que ocupa estaba rigurosamente obligado a meditarla y, esforzadamente, procurar los remedios que esa penosa situación nacional exige. Ciertos estamos de que nuestra voz expresa la protesta colectiva, y creemos y deseamos no ser los únicos que la exterioricen en Bolivia. Gentes hay en todos los confines de la República que manifestarán el sentimiento de sus pueblos, como nosotros lo hacemos. Intelectuales, catedráticos, escritores hay en la Convención Nacional, en el Gabinete, etc., cuya palabra esperamos, también, en defensa de la verdad expresada con rectitud y valentía. Util, aunque desolador a la vez, será escuchar no más que su "prudente" silencio. De nuestra parte, hemos cumplido.

Saludamos a usted cordialmente:

Jaime Mendoza, Adolfo Vilar, Juan Francisco Prudencio, Carlos Alberto Salinas B., Daniel Gamarra, Luis Zamora Moscoso, Rafael Gómez Reyes, Héctor Arduz T., Raúl Romero L., Carlos Berdecio, Faustino Suárez, Napoleón B. Arnau, Carlos Morales y Ugarte, Manuel Durán P., Enrique Vargas Sivila, Ramón Chumacero Vargas, Mario Estenssoro, Joaquín Gantier, Rafael García Rosquellas, Wálter Echalar Z., Gastón Arduz Eguía, Gunnar Mendoza L., Oscar Frerking Salas, Hernando Achá Siles, José Felipe Costas A., Humberto Quezada, Luis S. Wáyar, Manuel Barea, José María Alvarado, Alfredo Romero, Luis J. Arduz, Fernando Lora, Nicanor Zamora Adet, Antonio Brown, Plácido Molina Barbery, Rogelio Canedo Rivero".

De la revista "Claridad", de Buenos Aires, Nº 328, correspondiente al mes de agosto de 1938.

"LAS BOFETADAS DEL PRESIDENTE"

Cobarde agresión a un escritor

Escribimos estas líneas apresuradamente, con el propósito de alcanzar a la edición en prensa de "Claridad". Y lo hacemos bajo el dominio de la más justa indignación. Un escritor acaba de ser víctima de un cobarde atropello, y un Presidente, olvidando sus altas funciones nacionales, acaba de ultrajar a un escritor, y en él al pensamiento libre de un país, dando con ello la muestra más patente de su miseria moral y su "cultura".

Es necesario, pues, que la América entera, se imponga de este atentado, y que una su voz de protesta a la que acaban de alzar los estudiantes y el pueblo libre boliviano.

El día 3 de agosto, víspera del aniversario de la emancipación nacional, el escritor Alcides Arguedas, conocido y consagrado como uno de los valores literarios bolivianos y aun continentales, dio a publicidad una carta abierta, dirigida "al Presidente de Bolivia", y en la que, con un tono patriótico y valiente, ponía en letras de molde algunas verdades de ésas que andan, sobre la situación anormal, política y social, por la que atraviesa este país. Se puede estar en desacuerdo con el punto de vista desde que Arguedas endereza sus críticas, que a la verdad es el de un liberalismo (como partido) seco y estático, aunque en Bolivia agazapado y ansioso, pero detrás de esta posición equivocada, las advertencias y los juicios de Arguedas son exactos y respetables.

No hace al caso detenerse en ellos, que ya lo haremos con más calma. Pero lo cuestionable es que de

ningún modo y con ningún derecho, un Presidente de un país, debía responder como ha respondido el Presidente de Bolivia. Como un irracional: a puñetazos.

En efecto, el día 4 la ciudad fue sorprendida por la noticia insólita de que el Presidente Busch había mandado traer a su palacio el escritor Arguedas, y allí lo había agredido brutalmente, como un energúmeno, hasta romperle una ceja, machucarle ferozmente toda la cara y comprometerle seriamente un ojo. Encima de cometer este incalificable atropello, lo tuvo secuestrado un tiempo en Palacio, hasta que, merced a las consiguientes intercesiones de indecisos palaciegos, accedió a que un practicante administrara a la víctima del feroz mandatario, las necesarias curaciones.

La militarada acrece la indignación, si se piensa que Arguedas es un hombre entrado en años, achacoso y que peina canas. Mientras que el agresor es un militar joven y fuerte.

El conocimiento de estos hechos se difundió por la ciudad rápidamente. Y la casa del escritor se convirtió pronto en una romería popular. Y hasta gentes que ni siquiera le conocían, impresionadas por la cobarde "hazaña", iban a testimoniar su adhesión al escritor ofendido. Pronto la indignación creció como una marea, y se derramó en las calles. Los estudiantes encabezamos la protesta pública, y el pueblo nos siguió, justamente estremecido de irritación. El mitin popular inundó las calles, y fue a enrostrale, frente al Palacio de Gobierno su cobardía al ofensor. Este había ordenado cerrar las puertas, y sólo el silencio respondió a la noble grita popular.

¿Qué consecuencias tendrá todo esto?

Por el momento, ha renunciado el gabinete, y aunque se ha tratado de atribuir esta renuncia a otras causas, se sabe evidentemente que están ligados con la cen-

surable conducta del Presidente. Y la voz de la opinión pública es unánime en la condenación.

No se concibe que un mandatario pueda, en un arrebato ciego, más propio de un gañán que de un hombre investido de funciones públicas tan altas, descender hasta ese punto. ¿Es que el Coronel Busch, llegado a la presidencia por el azar de las circunstancias "sui generis" de la post-guerra, y luego consolidado en ella por un golpe "constitucional" discutible, merced a la incondicionalidad de una convención de jóvenes seudosocialistas, corrompidos por aquél, y que a cambio de demagogizar vanidosamente en el Parlamento, le sirven ciegamente; es que este gobernante, decimos, no es el hombre indicado para desempñar el alto cargo que ocupa? ¿Es que el cargo le queda, en buenas cuentas, grande?

Porque al reaccionar de ese modo tan bajo e indigno contra las ideas de un escritor, olvida los más fundamentales principios de derecho y de gobierno. Olvida que él ya no es, por ahora, un hombre cualquiera, sujeto a pasiones reprochables y a reacciones de cuartel. Es ahora un Presidente de la República, es decir, el Poder Ejecutivo, uno de los tres poderes constitucionales de la Nación. Está, pues, como tal, obligado a mantenerse dentro de una línea de conducta que está, o debe estar, más que la de cualquier otro ciudadano, sometido al contralor —y al amparo— de las leyes. El Presidente no puede dislocar ese marco. Pues si él, que está en el deber, como primer ciudadano, de dar ejemplo de conducta, demuestra tamaña intemperancia, el país entero no podrá sentirse obligado a seguir mejores ejemplos.

Al obrar como ha obrado, el Presidente Busch ha dado la peor muestra de mal gobierno. El socialismo, que él y sus acólitos invocan para rotular su política, no puede conciliarse ni se concilia con esa clase de procedimientos. El socialismo es todo lo contrario del fas-

cismo, y por eso mismo, respetuoso del pensamiento libre y de la cultura. Y a las ideas responde con las ideas, no con la bota, como lo ha hecho el Presidente Busch. Ni con la cárcel o el destierro, como acostumbran todos los tiranuelos de América.

Al apalear a un escritor, el mandatario boliviano ha cometido un acto típicamente fascista y doblemente repudiable.

1º. Ha usado de la fuerza bruta para responder a las ideas —buenas o malas de un escritor— que, como tal y como ciudadano de un país libre, tiene todo el derecho para emitirlas.

2º. Ha violado las normas de la ley para obrar con toda arbitrariedad de un representante del canibalismo hitleriano o mussoliniano.

3º. Ha agredido a un escritor (fiel al precepto de Goering: "cuando oigo hablar de cultura echo mano al revólver...").

4º. Ha golpeado brutalmente a un hombre que por la edad, puede ser su padre, lo que no tiene perdón en ningún terreno.

5º Y ha usado, para cometer esta vergonzosa acción, de las atribuciones que el país, como a Presidente, le ha dado para gobernar y dar ejemplo de altura e inteligencia.

Con lo que, lejos de marcar la frente a un escritor, el sulfúreo gobernante no ha hecho sino estigmatizar su propia frente.

En cuanto al escritor Arguedas, el suceso también encierra para él una lección.

No la que quiso equivocadamente darle el energúmeno, sino la que le ha dado la juventud boliviana, el estudiantado, el pueblo, al apresurarse a demostrarle su simpatía y su adhesión. Ojalá que este gesto sirva para hacer reflexionar al prestigioso y buen escritor, pero equivocado ideólogo, que el rumbo a seguir está clara-

mente definido por los mismos hechos. Es el rumbo que llevan los ideales sanos de la juventud y el pueblo hacia un auténtico socialismo, y contra el fascismo y sus manifestaciones, por más que éstas vengan disfrazadas de socialismo. Alguna vez el escritor Arguedas tuvo el error y la debilidad de expresar simpatías, por los teorizantes nazis; ello lo alejó de la juventud de su patria, que lo estima y habría querido verlo señalándole otros caminos más verdaderos. Estamos seguros que el puño que puiso cerrale los ojos, se los abrirá, más bien. Porque en esa conducta y en ese ultraje, el escritor Arguedas, debe sentirse identificado con todos aquellos escritores y artistas, pensadores y hombres de gabinete, que han sido tratados con semejante brutalidad por el puño del fascismo internacional. Porque el fascismo es, entre otras cosas y principalmente, eso: el puño sobre los ojos del escritor.

Angel F. Avendaño".

La Paz, agosto de 1938.

PUNTO FINAL

El lector se habrá dado cuenta de la desastrosa situación por la que atraviesa Bolivia. Sin embargo, es difícil que mida toda la magnitud del descalabro a que el país ha sido arrastrado, en tan poco tiempo y por tan pocos hombres.

La simple comparación de los precios del comercio en general entre la época del Coronel Toro —de verdadera postguerra— con los actuales, dará una medida del caos financiero y del derrumbe monetario, originado por una orgía de voracidades que, desde hace tiempo, esperaban una ocasión para saciarse.

La nueva estructura del mapa, otra vez mutilado, sin objeto y sin honra, hará comprender a los que lo contemplen, que una verdadera calamidad se ha descolgado sobre Bolivia.

La implantación de procedimientos sin precedentes, el premio para el delator, el matón y el asesino, dará la medida del impulso moral que imprime el Gobierno y hará comprender, al más recalcitrante, que la traición no puede engendrar nada bueno.

Y el pais dividido, anarquizado. Se hace que los de una región apaleen a los de otra. Una provincia, un departamento, se convierten en verdugos de otras...

Y todo en nombre del Ejército. El Ejército tendrá que responder al juicio de la Historia. En nombre de él, se ha puesto al país en la situación actual de bancarrota y desmoralización. El Ejército es ahora el blanco del escarnio, porque no supo en el momento preciso, desautorizar a quien o a quienes, no podían representar a la más noble institución nacional.

Sin embargo, el Coronel Toro nos ha dicho textualmente:

> El Ejército, ha sido mixtificado. Todavía no alcanza a darse cuenta cabal del engaño de que ha sido víctima. Cuando lo comprenda bien, castigará.
>
> Yo escribo, en estos momentos, la Historia de la Guerra del Chaco, cuyo primer volumen está concluido, así como un folleto, relativo a Picuiba.
>
> En estas obras se verá lo que es el Ejército y se mostrarán, ampliamente documentados, todos los incidentes de la campaña, dando a cada jefe u oficial, el lugar que en realidad le corresponde.
>
> "Tengo interés en dar cumbre a estas obras a las que ahora estoy consagrado por entero. Sobre todo, y dentro de poco, verá luz esa exposición documentada, sobre Picuiba, a la que he hecho referencia. Porque con malicia, pocas veces igualada, se ha tratado de explotar, en mi contra, una acción de la que me honro como mi-

litar, aparentando olvidar, también con malicia, todas las victorias que coronaron la época más gloriosa de la campaña y cuya dirección —modestia aparte— me corresponde en primer lugar. En ellas fui secundado, por militares gloriosos, que desgraciadamente, estuvieron alejados de mí, en los primeros tiempos, por esa serie de errores, hijos de las intrigas. Pero será mi mayor satisfacción hacerles justicia, reconociéndoles su valor y su capacidad, no con complacencias, sino con documentos y sin más móvil que la justicia.

El país sabrá, documentadamente, la verdad de la campaña. Muchos héroes, dejarán de serlo y muchos modestos y silenciosos soldados, ocuparán el sitio que en la gratitud nacional les corresponde.

Esta obra de rectificación, lejos ya de las pasiones y de los celos de las horas de lucha, será acaso mi mayor contribución, en bien de la Patria y de mis conciudadanos que tienen derecho a conocer la verdad.

Hasta el juicio del enemigo —admirativo en cuanto a la retirada de Picuiba— será para confundir a mis detractores. Todos los incapaces, todos los mercaderes de la guerra, los emboscados, los canallas y hasta los ingenuos, que recogen cualquier especie, tendrán que enmudecer para siempre. Nada dejará de estar **documentado.** Nada. Y entonces, exigiré el juicio nacional, pediré que alguien diga lo que ahora repiten tantos inconscientes, tantos irresponsables y tantos cobardes.

"ELTER"

BUSCH HA MUERTO ¡QUIEN VIVE AHORA!

(OTRA PAGINA DE LA HISTORIA DE BOLIVIA)

(De Santiago de Chile, 1940)

Una vez más hemos acertado. Ya tuvo lugar el cerco (Cuarto Cerco) del Coronel Busch, al Coronel Busch.

¡Trágico Cerco! El militar glorioso, el soldado de las leyendas chaqueñas, cayó obscura, turbiamente, entre la media luz de un amanecer sin gloria.

Fue duro el destino de Busch. Duro y lógico. Extraviado en una selva, pero que la selva chaqueña, selva de ambiciones, de intrigas y de apetitos, tuvo que recurrir a su pistola para salir. No era el tuscal seco e hirsuto. Al contrario, esta selva tenía mirajes halagadores, blanduras de felpa y sonoridades de oro. Pero el rudo Capitán se extravió. Le extraviaron el sutil veneno palaciego, el halago sin tasa y el champaña.

Yo amaba la gloria de este Capitán Busch. ¿Coronel? ¿General? ¡No! Busch no podía ser ni Coronel ni General. Esos grados le desfiguraban. El sólo podía ser el "Capitán Busch".

En la selva chaqueña, entre marañas hostiles y banderas desgarradas, la figura del héroe crecía como la sombra de los árboles en la tarde.

Un resonar de bronce, el eco de un golpe legendario y la sonrisa sana, la clara sonrisa del caballero de la aventura. Eso era Busch. Su gloria y su nombre, vibran aún en el arenal de la contienda. Una carga, un romance, una canción.

Yo amaba su gloria, Capitán. La amaban también los que te vieron encima de tu rudo caballo chaqueño, con tus

ojos claros y tu uniforme gris. Y es lástima, Capitán, cuando soplan la pasión o el rencor, se empaña hasta la gloria. Por eso, sólo tal vez yo, de en medio de la muchedumbre de tus enemigos, siempre te veré así, como al bravo Capitán de un romance de guerra que ya nadie ha de escribir.

¿COMO MURIO BUSCH?

Cuando una cosa se comienza a discutir, se discute eternamente.

Pocos están satisfechos con la versión oficial, que se basa en un legajo de papel sellado, que relata "el desgraciado accidente que costó la vida al mandatario".

Es evidente que Busch vivía sobreexitado. Sentía que le faltaba algo y que le sobraban muchas cosas. El licor del adulo, que pudo haberle mareado un tiempo, ya le hacía mal. Los favoritos se fueron sucediendo. Buscaba un medio de encontrar su equilibrio, su serenidad, acaso con deseo sincero de patriota. Pero todos estaban confabulados contra él —amigos y enemigos— para engañarle, para confundirle, para hacer que su gobierno no fuese sino una sucesión de fracasos y de errores funestos.

Y él debía sentir todo eso. Lo demuestra su obcecación suicida y alguna frase amarga, que mostraba su tedio y su desencanto.

—Para lo que voy a pedir propuestas, es para el puesto de presidente —le dice a un amigo, medio en serio, medio en broma, en una fiesta, días antes de su muerte.

Tenía el presentimiento de su destino. Dolores físicos y la enorme depresión moral de que padecía, le colocaron sobre el abismo. Y ni un solo amigo, que en verdad le ayudara, le confortara y procurase sacarle del atolladero en que se debatía.

Lo grave, lo que ha dado lugar a tanta leyenda, es que desde el primer momento, circularon versiones contradictorias acerca del sitio y de la forma en que muriera. Primero se relataba que en cierta casa, recibió el balazo fatal, de manos de otro militar, después de una discusión y de un incidente de hecho y que era llevado, a su hogar, en estado agónico. Después, es al llegar a su casa, o en la puerta de ella, donde recibe el disparo. Y, por último, aparece hiriéndose, entre sus parientes, al tiempo de firmar el despacho.

Hay cosas extrañas en todo esto. Cuando sucede algo claro, aunque sea un suicidio, nadie duda, nadie hace conjeturas. El relato oficial dice que luchó con sus parientes, empeñados, como era natural, en evitar que cometiera el suicidio. Sin embargo, aparece herido de muerte y sentado ante su escritorio. ¿Luchó sentado? ¿Le hicieron sentar después?

Tampoco era hora ni ocasión para firmar el despacho presidencial. El dictador venía de una fiesta, copiosamente rociada, y lo más indicado le era descansar.

Muchos interrogantes surgen de los relatos contradictorios y del relato oficial.

Busch, habría querido salir en busca de cierta querencia, de todos conocida. Sus familiares le habrían censurado entonces:

—Tú que tienes fama de austero, de hombre de hogar... ¡Va a ser un descrédito!...

—¿Descrédito? —habría respondido—. ¿Descrédito? ¿Pero acaso podemos tener ya más descrédito? Todos nos desprecian, nos combaten, nos critican...

Y brotó amarga, la queja y la inculpación airada.

¿Qué sucedió entonces? Nadie, fuera de sus dos parientes, lo sabe bien. Se habla de lucha. El carácter violento de Busch, precipitó seguramente el desenlace. Algunos insinúan la posibilidad de una reyerta, de un disgusto, por cierta dama, habido ya durante la fiesta, en la que celebraba el cumpleaños de su cuñado Carmona.

Lo cierto es que sonaron dos disparos. El segundo, hizo blanco en la sien derecha del dictador.

ANTECEDENTES

El gobierno de Busch, se debatió entre dificultades cada vez mayores. La desconfianza, la inseguridad, los conciliábulos, los destierros, las flagelaciones y los encarcelamientos, crearon una atmósfera poco propicia para todo lo que significase orden y, por consiguiente, trabajo.

Era tradicional, en La Paz, que los presidentes, por lo menos en las últimas décadas, realizaran una intensa vida social. Ya estaban lejanos los tiempos en que la sociedad desairaba a los Melgarejo y los Daza, especímenes del cholismo altoperuano. Pero, aunque en menores proporciones, y más veladamente, el fenómeno volvió a repetirse. La resistencia sorda, la protesta impalpable, anónima, martirizaron a Busch, como un cilicio.

El estaba acostumbrado a la acción, a repeler y combatir como un guerrero. La punta acerada y a veces imperceptible de la ironía, el desgano cortés de un desaire, el olvido que parece involuntario y la excusa invocando motivos sobradamente justificados, fueron agriando su carácter y exasperando su coraje.

Todo y nada estaba contra él. Mascaba en el aire la protesta, la resistencia, el encono, la amenaza y no podía precisar de dónde venían.

Ya había pasado el tiempo en que el fácil halago de los profitadores de todas las situaciones, le hinchaba de orgullo. Ya no le bastaban las frases banales de los mercaderes y de los gobiernistas profesionales. Su ruda condición de soldado, le advertía la astucia, la emboscada y el peligro, detrás de tanto ditirambo, de tanta frase estudiada, seguida de una petición.

Habían pasado también los tiempos en que le encantaban las pomposas ceremonias y los títulos. Tal vez comprendía ya, que era grotesco, porque era contradictorio, llamarse Presidente Constitucional y Dictador...

Muchos, muchos le adulaban, pero detrás del adulo, su piel sensible de **camba,** percibía el frío, el acerado frío del **colla,** que cecea un elogio mientras prepara la encrucijada.

Y se quiso rodear —un error más— de los que creía suyos. Trajo a los hombres de la tierra caliente, hasta la estepa andina, en una especie de invasión cuya hostilidad no se pudo esconder. El **colla** se replegó más aún, sobre sí mismo y esperó.

Sonaban las frases provocativas, que ahondaban más el provincialismo:

—¡Los blancos deben dominar!

—¡Después de Velasco, Busch...!

Un eminente político que escribía a su hermano desterrado en Chile, describiéndole la situación creada por este éxodo de unas provincias sobre otras, decía textualmente: "... Los cruceños como nube...".

El regionalismo, pues, la peor lacra de la nacionalidad, se avivaba. Los unos obraban como en país de conquista y los otros se sentían postergados, vejados, depuestos.

En el ángulo de estos sentimientos en pugna, estaba Busch. Ya se sabía que era dura la mano de la represión. No valían ni títulos, ni servicios, ni grados. Había sonado la hora de la guerrilla y cada grupo, cada hombre, se defendía y atacaba desde donde podía, procurando esconderse en seguida. Y Busch se sentía hostigado por todas partes. Fue inútil que tratase de parecer patriota, enérgico y previsor, dictando un decreto contra los mineros. Los mismos que le habían aconsejado ese paso, se encargaron de parar el golpe, al redactar la reglamentación de esa ley que, como un cohete de luces, se extinguió al elevarse. La camarilla se encargaba de hacerle borrar con el codo, lo que le había hecho escribir con la mano. Fue también inútil que quisiera aparecer como un Li-

curgo criollo, inexorable y fuerte, al hacer fusilar al pobre cura Catorceno, que a la postre resultó inocente.

Más sangre pesaba ya sobre la atormentada conciencia de Busch. Las víctimas del Club de La Paz, la noble sangre de un héroe del Chaco, Juan de Dios Cárdenes, y ahora la sangre inocente del pobre párroco de Potosí...

Latían la resistencia y el descontento, como esas marejadas de fondo, que se estrellan contra los acantilados con inesperada violencia.

El chisme, el anónimo. La carta de mano en mano, el chiste a "sotto voce".

Busch era un jaguar prisionero, entre los cactos espinosos de la altipampa.

UNA PROTESTA

En el destierro, murió Saavedra, don Juan Bautista Saavedra, en los momentos en que se preparaba a volver al país, aprovechando de una amnistía parcial, que le favorecía.

Pero es necesario referirse, siquiera someramente, a la personalidad de Saavedra, a fin de que el lector, poco enterado, pueda comprender lo que relataremos después.

Saavedra, encarnó al caudillo de la estepa andina. En su vida austera y tenaz, en su verbo fuerte y rotundo, palpitaban los paisajes cordilleranos, la abruptez de los lares nativos, el perfil de los horizontes enormes, grandiosos y huraños.

Nada le importaban situaciones ni honores, fuera del país. Sólo estaba bien cuando veía su Illimani engarzado en los crepúsculos y cuando en la noche, en casa de algún amigo discreto, se reunía con los partidarios, para hablar de política y muchas veces para urdir la conspiración. Saavedra había nacido para mandar, lo que, dadas las mudanzas políticas, equivale a decir que nació opositor.

Despertó tempestades de pasiones y él era también un pasional. Por eso nunca estuvo tranquilo en el extranjero. Suspiraba siempre por la patria y quería tenerla junto a él, apretada e inquieta, sintiéndola vibrar en todos sus dolores, en sus efímeras alegrías, como a una querida india, de alma huraña e insondable.

Savedra pudo haber fundado una "dinastía" de presidentes. Pero le fallaron sus hombres, los hombres que él levantó e impuso. Su partido pudo haber gobernado veinte años, cambiando la historia de Bolivia y acaso evitando muchas desgracias. Pero le hirió la traición y le derrumbó la ingratitud. Los mismos que él sacó de la nada, los que forjó y elevó, fueron los que le hirieron por la espalda y se trocaron en sus peores enemigos.

Saavedra, pues, saboreó también en esa copa amarga de la ingratitud y de la villanía, el acíbar destinado a los patricios.

Nunca fuimos amigos de Saavedra, pero al recordarle, recordamos también que en nuestra infancia, en las calles de alguna ciudad boliviana, nos sorprendió una vez un **cholo** que, volviendo seguramente de alguna fiesta, gritaba entre la extrañeza de unos y la sonrisa de otros:

—¡Viva Belzu!...

Belzu había sido el caudillo bien amado de las masas, que muriera, hacía más de cincuenta años, en manos de los hombres de Melgarejo. Sin embargo, el "Viba Belzu", de las turbas difuntas, que tanto amaron, resucitaba en el entusiasmo del **cholo** alegre a quien la fiesta había hecho perder la noción del tiempo y la distancia.

Y pensamos que acaso eso mismo sucederá con Saavedra. Tal vez nuestros nietos, oigan extrañados o sonrientes, a algún anciano "republicano", lanzar un "Viva Saavedra", cuya explicación tendrán que buscar en la Historia, donde habrá quedado el caudillo, con sus duros perfiles de dominador.

Y volvamos al relato.

La Paz, consternada, recibió los restos de don Juan Bautista Saavedra, muerto tan sorpresivamente, ya que, fuerte y erguido, le habíamos visto unos días antes, paseándose por las calles de Santiago.

Fue una apoteosis. Y el entierro tenía que ser la culminación del homenaje nacional, al último caudillo que tantas pasiones despertara.

Allí estuvieron sus enemigos, sobre todo, sus enemigos, a reconocer ante su cuerpo inerte, que habían obrado mal, que fueron sus detractores por despecho o por incapacidad y que le calumniaron y le combatieron, porque no pudieron besarle los pies.

Busch, encabezó el cortejo oficial. Pálido y demacrado, ya no era el alegre oficial de la campaña. Y tuvo que oír los discursos violentos, los amargos discursos, en que se aludía a las dictaduras bárbaras, a los hombres que hollaban la ley, a la suerte nefasta de la República, en manos de mandones, analfabetos y traidores.

¡Pobre Capitán Busch! ¡En qué atolladeros estaba metido! El que amaba las extensiones libres y bravías, donde sólo el viento decía la lenta canción tropical; él, acostumbrado a la acción violenta, a la reacción inmediata, tuvo que soportar la intencionada frase, el dardo de la ironía, la reminiscencia histórica, buscada para aludirle.

Los doctores altoperuanos, duchos en la dialéctica, le ponían a él, hombre de armas, rudo centauro acometivo, en la situación de tener que mascar la envenenada frase cortés. Cerca, a dos metros, estaba el hombre a quien había agredido, tal vez en un momento de violencia irreflexiva, diciendo con soltura y elegancia, que Bolivia había padecido, casi siempre, del rudo vejamen de los caudillos bárbaros.

Al fin el convoy se puso en marcha.

Gritos, "vivas" al muerto. El **Mallcu** Saavedra había muerto. Los **pututus** aymaras, los roncos cuernos de la contienda, sonaban lastimeros por las extensiones andinas. Los

ayllus de las tierras altas, estaban de duelo, por el **amaya apu** (1).

Y Busch, con su corte de hombres de la llanura, con su acento extraño, estaba de más, parecía postizo, en ese funeral, grave y severo, del **Collasuyo.**

Por eso el pueblo, lenta, pero inconteniblemente, con ese instinto que jamás se equivoca, se fue interponiendo entre el muerto venerado y la comitiva. Rodeando el féretro y le fueron alejando, le fueron apartando. Una masa de hombres silenciosos, hoscos y decididos, formaron una barrera y poco a poco, Busch, se vio a una cuadra, a dos cuadras, a tres cuadras del féretro...

El pueblo no quería que él, que había desterrado y perseguido a Saavedra, le acompañase. No quería que se tratase de borrar ofensas, ni de confundir jerarquías. Y se interpuso, se interpuso... Río silencioso de torsos morenos, de fuertes cabezas aymaras.

El pueblo obraba como obedeciendo a una consigna. Crecía y crecía entre el féretro y la comitiva oficial.

Era necesario usar de la violencia o renunciar a escoltar al muerto. Y Busch, optó, tal vez contra sus impulsos, por lo último. Se retiró alejado, desairado por la masa y sólo el pueblo de La Paz, llevó al muerto, a su amado muerto, hasta el mausoleo.

Y tal vez, nunca sintió Busch, como entonces, el repudio **colla,** como ante ese afán de apartarle del cadáver querido.

---

(1) Capitán o jefe difunto.

EL MISTERIO ECONOMICO

Al dejar el poder, en julio de 1937, el Coronel Toro, dejaba también unas finanzas saneadas. Había hasta un gran superávit!... El cambio ascendía de manera incontenible y la balanza comercial, se inclinaba, halagadora, para la economía del país.

Eso lo sabe todo el mundo. Toda Bolivia, ha sentido en carne y bolsillo propio, el desbarajuste del gobierno Busch.

¿Cuáles eran las causas? El estaño se mantenía en buen precio, hasta había llegado a alcanzar cotizaciones nunca vistas desde los años de la Gran Guerra. No había desocupados. El asunto petrolero estaba magníficamente orientado. Para el comercio se abrían nuevos horizontes. El capital extranjero se interesaba por llegar a Bolivia. En fin, una serie de factores sumamente favorables. Y, sin embargo, vino el alza estruendosa del standard de vida, la baja increíble de la moneda y la desconfianza y la confusión.

Volvemos a preguntarnos: ¿cuáles eran las causas?

Sería largo hacer una exposición detallada de todas ellas, pero brevemente, dentro del marco de ese trabajo, esquematizaremos algunas de las causas principales.

La inmensa mayoría del país, no ha podido explicarse nunca, porque de un hombre a otro, de un gobierno a otro —nos referimos a los gobiernos de Toro y Busch— hayan variado tanto el precio de la moneda y el standard de vida.

Nadie se ha preocupado, hasta ahora, de explicar el fenómeno, lógico y sencillo, sin la abrumadora aridez de las cifras y sin tecnicismos que asustan al lector corriente y le desaniman.

Claro que nosotros, no somos los llamados a una explosición de esta clase, pero vamos a procurar, a la pata la llana, mostrar, a grandes rasgos, lo que sucedió.

Al dejar el poder, en mayo de 1936, don Luis Tejada Sorzano, dejó también un déficit de Cuarenta y Cinco Millones. Pero en esa cifra no se habían incluido los gastos de la desmovilización, gastos de guerra y otras partidas que hacen crecer este déficit, a cerca de Setenta Millones...

Sin embargo, el gobierno Toro, cierra la gestión económica de ese año (1936)) con un sobrante de Trece Millones de bolivianos.

¿Cómo se había realizado el milagro de cubrir el déficit y aparecer con superávit?

Largo sería enunciar las diversas medidas que se adoptaron. Baste señalar, entre otras, el reajuste del cambio, que suprimió la especulación en el comercio quedó en beneficio del Estado. De ahí, las divisas rescatadas a los mineros y vendidas al comercio y la industria a tipos mayores, produjeron la suma necesaria para cubrir la deuda y dar un saldo a favor.

Era el huevo de Colón. Antes, la venta de esas divisas favorecía a los mimados de la situación, a ciertas empresas, a los compadres. Ahora sólo beneficiaría al Estado, es decir, a la comunidad.

En el año 1937, arrojó (según las publicaciones hechas en tiempo de Busch) un superávit de 110.000.000 de pesos. La política económica del gobierno Toro, empezaba, pues, a rendir sus frutos. Por primera vez, en la historia del país, se daba el caso de tan subido superávit. Se había tonificado de tal manera la economía nacional, que nadie creería que Bolivia acababa de salir de una guerra de tres años.

Y todo esto sin recurrir al crédito. Ningún préstamo interno ni externo. Lejos de ello, se habían pagado anticipadamente, obligaciones y deudas de guerra, incluso las £ 300.000 que el gobierno Tejada, obtuvo en préstamo de los mineros. No se había emitido ni un solo billete, al contrario, se había retirado e incinerado circulante. Estos dos hechos, por sí solos, constituyen ya el mejor elogio para cualquier gobierno, en un período de post-guerra.

Se produjo, pues, lo que se llama "pánico de confianza". Nadie quería moneda extranjera, que día a día bajaba y todos procuraban sólo reunir billetes nacionales. Por esta razón, la bolsa negra había desaparecido. Todos trataban de vender sus divisas y su oro al Banco Central.

Se recordará que en ese tiempo, era tal la afluencia de divisas y de oro al Instituto Central, que el gobierno debió adoptar medidas precaucionales, a fin de impedir una subida brusca, de nuestro signo monetario, que hubiera perjudicalo gravemente al comercio.

La libra a 120, la libra a 110, la libra a 100. La libra se iba a fijar, hasta fin de año, a 80...

El "pánico de confianza", hizo que algunos vendieran hasta sus anillos. Por otra parte, en las casas extranjeras de cambio, se rescataban bolivianos y se acumulaban en grandes cantidades. Se compraban, pero no se vendían. Todos los billetes gruesos habían desaparecido, al punto que los bancos, sólo operaban con billetes de corte menor.

Los comerciantes restringían sus pedidos de divisas y entregaban, inmediatamente, las que llegaban a su poder a fin de obtener moneda nacional con la que mañana, en una nueva fluctuación del cambio, pudieran adquirir mayor número de las mismas divisas, de que se apresuraban a desprenderse.

Esa era, en síntesis, la situación de la economía nacional.

Y llegó Busch.

Jamás, otro presidente, había tomado el gobierno en mejores condiciones. Encontró 110.000,000 de superávit... Encontró 300,000 libras en el Banco Central, para respaldar la situación del cambio. Encontró 280,000 libras en la Cuenta del Ministerio de Hacienda... ¡Jauja! ¡Eso sí que era Jauja!

Y comenzó el derroche.

Subida de sueldos. Turismo oficial escandaloso, concesión de divisas a todos los favoritos. Venta de divisas en el extranjero, por cuenta de funcionarios y allegados del régimen.

Los gastos en moneda extranjera del presupuesto fue-

ron elevados en forma fantástica. Solamente el de Relaciones, que antes se servía con cinco mil libras mensuales, se elevó a diecisiete mil libras mensuales y —esto hay que tomarlo muy en cuenta— sin que se aumentase el número de los empleados de esa repartición. Estaban en ella los mismos, los de antes, arrendaban las mismas casas viejas y sucias, los mismos cónsules, holgazanes e inútiles. Lo mismo, lo mismo o peor, pero más de tres veces más caro. Ahí está, por ejemplo, la Embajada de Bolivia en Santiago, ostentando, si así puede decirse, un escudito del tiempo del Ministro Pinilla. Los años, las lluvias, el sol le han hecho perder todos los colores y han borrado todos los símbolos. Se necesita ser arqueólogo para saber a qué nación pertenece ese escudo. Y, sin embargo, ¿cuánto costará esa Embajada, que ni siquiera se sabe que es Embajada? Otro tanto ocurrió con otros ramos de la administración como el de Guerra, cuyos gastos en oro fueron triplicados.

Para atender a tanto despilfarro, a tanta demanda fiscal de divisas, fue necesario restringir la entrega de las mismas al comercio y a la industria y, entonces, renació la Bolsa Negra Los comerciantes que tenían que comprar en el extranjero, no encontraban ya el oro necesario y como no podían tampoco cerrar sus negocios, tuvieron que comprar divisas con premio, cada vez con mayor premio, produciéndose el fenómeno a la inversa, con la consiguiente desvalorización de la moneda.

Busch estaba en el caso del rico heredero, que no conoce el sacrificio y el esfuerzo que representa lo que le ha dejado su padre, y despilfarrà, alegremente, sin saber, ni importarle, cómo se adquiere, lo que cuesta ganar, ni mucho menos cómo se incrementa una fortuna.

Desaparecieron las reservas, los saldos a favor, pero los gastos, lanzados ya en ese tren de favoritismo y derroche, tenían que crecer, que crecer siempre y entonces se asestó el último golpe a la economía del país: comenzaron las emisiones. Se aumentó el circulante en más de doscientos cincuen-

ta millones, alcanzando éste a seiscientos noventa y siete millones quinientos mil, en 1938. ¿Cuál será el actual estado de nuestra economía? ¿Cuántos billetes, sin respaldo, andarán por ahí?

Demás está decir que las reservas de oro, del Banco Central, desaparecieron también y que los empréstitos municipales y departamentales, que se proyectaba cubrir, a base de los capitales congelados en los bancos, se hicieron lisa y llanamente, con una nueva emisión, cuya primera partida, alcanzó a la suma de ciento diez millones de pesos...

La bancarrota era, pues, inevitable y se produjo la bancarrota.

Los Ministros de Hacienda hablaron de cambio único, de restauración económica... Pero no vieron o no quisieron ver el origen del mal o tal vez hallaron que el remedio era inaplicable, dentro de la Dictadura. Busch, pedía y pedía, gastaba y gastaba, cada vez más y más. Hubiese sido necesario, para sostenerle, en vez de un Ministro de Hacienda, un mago, que tuviese en sus manos la lámpara de Aladino.

ARRUINARSE PERO SOSTENERSE

Ya dijimos que son increíbles las cifras a que se elevó el número de los burócratas en le "Presidencia Constitucional y Dictadura" de Busch.

De cinco mil empleados que había en la República, se llegó a tener más de dieciocho mil. No había presupuesto que pudiese resistir semejante inflación.

Hemos dicho, también, que los sueldos aumentaron en la misma proporción, que la Cancillería, triplicaba, cuadruplicaba sus gastos en divisas, que el turismo oficial, desbordaba por todas partes, que los negociados estaban a la orden del día.

Es del dominio público, además, que repartía dinero en los Consejos de Gabinete. Que se paralizaban las obras ur-

gentes que se realizaban, como el ferrocarril de Sucre a Camiri y que se tapaban los pozos petroleros, en vez de fomentar la producción y que Y.P.F.B. se convertía en un instrumento de monopolio, en manos oficiales, del petróleo que se importaba del Perú.

Busch, sentía la necesidad de dar, de conceder, de colmar, para no sentirse tanto en el vacío. Ya había pasado la borrachera del encumbramiento. La realidad, por muy torpe que él fuera, le hacía sentir sus rudos golpes cada día.

Y daba, daba... Necesitaba alguien que cada día le dijera que era un gran mandatario, que era el Presidente más joven de América o del mundo y el más jinete, que los otros se caían hasta de los burros y que le asegurara que todo el país, estaba alborozado de tenerle en el poder y, por último, que la oposición, sólo se formaba de cuatro descontentos, fuera del presupuesto.

Busch, necesitaba eso: necesitaba oír diariamente, una voz distinta de adulo, aunque ya no creyese en ninguna.

¡Eran tantos ditirambos! Su vanidad colmada, le hacía asquear, a ratos, de tanta frase falaz y su astucia de **camba**, de cuatrero de emboscadas, le hacía presentir un peligro latente, una falsía de consigna, entre sus aduladores.

Delaciones y hasta careos entre los hombres que más cerca de él estaban. Anónimos. El desfile de favoritos. La lucha doméstica, apoyando a éste o a aquel personaje. La mutilación de la patria, con un tratado apresurado. ¿Cómo recibiría el pueblo el nuevo mapa de Bolivia, cuando, gráficamente, viera cómo había quedado el país?

El espionaje consumía más dinero que dos Ministerios juntos. El miedo a las revoluciones, era endémico...

Había entonces que dar, que dar a manos llenas, contentar al que pidiera, para crear un ambiente de tolerancia, de bienestar, aunque fuesen aparentes y transitorios.

¿Después...? Ya se vería después.

Tal vez él, llamaría "a propuestas para Presidente"...

Todo eso, unido al caos económico, a la baja de los va-

lores morales, le colocaba en una situación desesperada, en que tenía que agarrarse de lo que pudiera, para sostenerse en la pendiente.

Y para eso era necesario dar, dar siempre, dar cada vez más.

Y Busch, como todos los tiranos, no negó nunca dádiva a sus favoritos.

HEBREOS

Todos tenemos prejuicios de raza, pero esos prejuicios no deben influir, de manera definitiva en nuestros juicios.

Por eso, no se puede aún juzgar sobre los resultados de la invasión judía, provocada por Busch.

Siempre se han preguntado las gentes, por qué, desde las lindes de la historia, el judío es perseguido y arrojado de todas partes.

Comienza indudablemente a hacerle odioso y hostil, su capacidad para el "nigocios", sea cual fuere el negocio. Los escrúpulos, le son desconocidos. Astuto por temperamento y con una vieja ductilidad, heredada de tantas generaciones perseguidas, se acomoda a cualquier circunstancia, se amolda a cualquier situación.

Con el poderoso, es de una humildad y una zalamería inauditas, mientras se torna altanero, implacable, feroz, con el humilde. ¡Ay, del vencido por Israel!

El "nigocios", es, pues, el eje de todas las preocupaciones de esta raza que tiene ansias de poder y que poco a poco, sin disgregarse, se va infiltrando en todas las actividades bursátiles y ciudadanas.

Porque, a nuestro juicio, aparte de las razones fisiológicas, que dan los entendidos, los dos mayores defectos del judío radican en mantenerse aparte, como un pueblo dentro de

otro pueblo, sin mezclarse, gitanos sin gitanería, sin reconocer deberes y exigiendo derechos, siendo siempre y ante todo, judíos. Y el otro, de mucha importancia para Bolivia: el judío, vive exclusivamente en la ciudad. No es agricultor ni ganadero. No abre caminos. No es ingeniero, no explora. Le gusta comprar y vender monedas y antiguallas. Es sedentario. Se me imagina la araña humana: busca un rincón, tiende la tela en la puerta y se acurruca, esperando a la víctima.

Ya estarán esas calles de La Paz, llenas de vendedores a plazo. Ya estarán pululando, los que ofrecen el vestido, el mueble, la joya. Ya se habrán abierto infinidad de cafetines, de hoteles, de pensiones...

Y nosotros necesitamos otra cosa. Razas fuertes, capaces de convertir en verjeles, nuestros campos solitarios. Polacos, finlandeses, eslavos. Razas rudas, de anchos hombros y de brazos poderosos, para el campo y la guerra. No necesitamos negociantes que hagan préstamos a las cocineras y amueblen casas de pensión para estudiantes y multipliquen los garitos, las cantinas y los cafetines.

No es prejuicio de raza. Pero no hay más que contemplar a los judíos. Todos, casi todos, contrahechos, con los hombros desiguales. Miopes. Todos con los anteojos cabalgados sobre las curvas narices. Y con la avaricia —mal de viejos— enorme, insaciable. Ninguna virtud viril. Ninguna enseñanza noble, fuera del tesón feroz. Dinero, dinero, dinero... A costa de todo, a costa de cualquier cosa.

Raza sin belleza y sin pujanza. Raza tímida, de largas cabezas calvas, como apolilladas por los siglos. Todos los judíos, parecen haber nacido viejos.

Y, sin embargo, no podemos decir aún la última palabra. ¿Qué traerán los judíos a América? Por qué no sólo Bolivia ha sido invadida por esta oleada israelita, en huida del faraón alemán. Muchas de esas tierras americanas, son hoy el fabuloso Canaan.

Pero en todas ellas hay una inquietud. ?Qué traerán los judíos? ¿El pie plano, de raza cansada, de que hablan los alemanes con desprecio, se curvará ante la virgen invitación de la tierra americana y dejará el judío el cuchitril, la engañifa y el "nigocios", para ayudarnos a alzar la nacionalidad? ¿Será posible? O tendremos pronto, muy pronto, que arrepentirnos de una hospitalidad que, según se murmura, sólo ha servido para enriquecer a unos cuantos y que va a labrar la ruina nacional.

Nada se puede adelantar aún. Tal vez las fuerzas telúricas, hagan el milagro de un remozamiento y ante el impulso nuevo, vuelvan a derrumbarse las murallas de Jericó. Esperemos mientras tanto. Ya tocaremos el tema nuevamente.

LOS DE AFUERA

Busch, tenía una obsesión dominadora: su ex puntal, su ex amigo, su ex camarada: el Coronel Toro.

Todos los que por Buenos Aires o Santiago pasaban, le contaban algo del Coronel fantasma, que poblaba las horas negras de los remordimientos de Busch.

Los astutos, le aderezaban historias fantásticas, que satisfacían o inquietaban al dictador. Otros le contaban lo contrario, asegurándole que Toro vivía tranquilo, dedicado al estudio y a su familia, sin acordarse para nada de él.

Los funcionarios de Legaciones y Consulados, recibían órdenes de vigilancia, denigrantes para el cargo que desempeñaban. Con altura, las rechazaron algunos, haciendo notar que su papel no era el de un espía o vigilante.

Pero todos no obraban así. Varios funcionarios, en el extranjero, se han sostenido en sus puestos, merced a la policíaca correspondencia que, correo a correo, sostenían con el nervioso mandatario.

Y muchos, se han aprovechado de esa obsesión para medrar, para salir al extranjero a "vigilar" al ex amigo, al compadre, al padrino, cuyas "maquinaciones" eran la preocupación fundamental del Gobierno.

Está cercano el día en que se puedan publicar los documentos al respecto, documentos que dejarán atónita a la opinión pública.

Mientras tanto y para demostrar hasta qué punto se ejercía vigilancia sobre el Coronel Toro y cómo se especulaba con su nombre, cómo se inventaban motivos para hacerse presente o darse importancia en un momento difícil, aun a costa de la verdad y de algo más, vamos a reproducir las siguientes comunicaciones cruzadas, como se verá, después de la muerte de Busch, pero que demuestran que se seguía el juego: intranquilizar, hacerse valer, mostrarse amigo.

Excmo. Sr. Dn.
Hernando Siles
Embajador de Bolivia.

Distinguido señor:

Acabo de tener conocimiento, por comunicaciones que he recibido de Bolivia, de que allá circula, insistentemente, la especie de haberme yo apersonado a esa Embajada a solicitar permiso para ingresar al país y que, con tal motivo, esa Embajada despachó un telegrama o cifrado de consulta, que más o menos, según esas versiones, habría sido redactado en la siguiente forma:

"Hízose presente ante Embajada, ex Presidente República, Coronel Toro, objeto pedir, insinuativamente, permiso para su ingreso al país, prometiendo alejarse actividades políticas y Ejército, para buscar su tranquilidad en retiro privado".

Como esta versión es absolutamente inexacta, ya que en momento alguno pensé hacer tal gestión, que considero humillante para mi dignidad, pues, que daña

en forma evidente la tradicional altivez con que sobrellevé siempre las amarguras e infidelidades que depara el extrañamiento, insinúo a Ud. desvirtuar tan tendenciosa especie que no puede quedar en pie por mayor tiempo.

Quiero aprovechar a la vez de esta oportunidad, para pedirle que en repuesta a la presente, se sirva también ratificarme por escrito, la notificación verbal que se sirvió Ud. hacerme conocer por intermedio del Adjunto Militar de esa Embajada, General Angel Rodríguez, en el sentido de que no podía intentar regresar al país, no obstante de no haber iniciado yo gestión alguna en tal sentido.

Con este motivo me es grato reiterar al Sr. Embajador, las seguridades de mi consideración distinguida.

(Fdo.) **Coronel Toro.**

Embajada de Bolivia.

Santiago, 10 de octubre de 1939.

Señor Coronel don
David Toro.
Presente.

Señor Coronel:

Contesto a su oficio del 7 del actual, que he recibido el día de ayer.

Nunca dije al gobierno que Ud. hubiese manifestado el propósito de retirarse definitivamente del Ejército, gestionando con tal motivo su repatriación.

Oí que Ud. estaba cansado de la política y que es de ella de la que quería apartarse, para volver más bien a su profesión.

Creí que era fundada en ambos aspectos, dicha especie y la participé desnudamente al Gobierno, por sí fuese provechosa para el Ejército y para Ud. su reincorporación.

Es cierto, en cambio, que sirviéndome del conducto del General Angel Rodríguez, Adscrito Militar a esta Embajada, hice advertir a Ud., a fines de agosto, que no le estaba permitido ir a Bolivia.

Saluda a Ud. atentamente.

(Fdo.) **H. Siles.**

Santiago, 13 de octubre de 1939.

Excmo. Sr. Dn.
Hernando Siles
Presente.

Señor Embajador:

Doy respuesta a la comunicación que me enviara Ud. con fecha 10 del presente, en contestación a la que yo le dirigiera el día 7.

No ha podido menos que sorprenderme el constatar la veracidad de la gestión que esa Embjada realizara ante el Gobierno, en uno u otro sentido, respecto a mi situación, y sin que para ello hubiese mediado gestión alguna de mi parte. Considero que cualquier versión recogida, en una u otra fuente de información, bien pudo haber sido constatada previamente, antes de ser

transmitida. Para ello bastaba un simple llamado telefónico, que hubiese puesto en evidencia lo infundado de tales especies.

Como ésta no es la primera vez que ocurren hechos de esta índole, en los que se utiliza mi nombre para difundir versiones que dañan mi reputación y menoscaban mi prestigio personal y político, me veo en la necesidad de pedir a Ud. que en el futuro, se abstenga de ocuparse de mi situación y mi persona, entretanto yo no realice alguna gestión para el efecto.

Saluda a Ud. atentamente.

(Fdo.) Coronel **D. Toro R.**

Embajada de Bolivia

Santiago, 18 de octubre de 1939.

Señor Coronel
David Toro
Presente.

Señor Coronel:

No hice ninguna "gestión" relativa a Ud. **Informé** sobre un rumor que reputé verosímil en uso de mi perfecto derecho, como asiste a Ud. el suyo, al declarar, rectificando la especie, que no abriga el propósito que se le atribuía.

En ningún momento me he referido a la "situación" de Ud. para que me pida que no la tome en cuenta.

Soy de Ud. atento servidor.

(Fdo.) **H. Siles**

El lector juzgará. Sólo nos queda asegurar que el **Coronel Toro no había pisado siquiera, la Legación de Bolivia en Santiago.**

LOS DE ADENTRO

Hay en Bolivia una legión de hombres incoloros, amparados por una buena situación económica o social.

Estos jamás se mezclan en la política activa, pero por "amistad", están siempre en contacto con dos o tres personajes, no importan del bando que sean.

Estos hombres, son los que más daño hacen a los gobernantes. Estos son los que llevan y traen, el "dicen", "me han contado", "parece...", "así me han dicho...".

Jamás ellos opinan sobre nada, ni han visto nada, ni han dicho nada. Se limitan a oir de bocas anónimas y a recoger la murmuración, haciéndola correr por todas partes.

Por supuesto, jamás toman una actitud ni dan un consejo. Se limitan a sembrar la duda, la incertidumbre, a socabar, a poner "peros". A todos critican, pero a nadie atacan de frente; son untuosos, sonrientes, dan una mano blancuzca a todos, y entre monosílabos y frases evasivas, escuchan, escuchan para comentar después, en el oído propicio, lo que se "dice", lo que rueda, siempre con la intención oculta de producir algún daño o de obtener alguna ventaja.

A estos jamás les persiguen, ni les encarcelan, ni les destierran. En todos los gobiernos, negros, rojos o blancos, profitan, comercian y sonríen.

Felizmente, esta clase de eunucos, no abundan entre los jóvenes. Son de una generación que, gracias a Dios, ya se despide y que ojalá ya se hubiera ido.

No comprenden una actitud brava o altiva. A eso llaman "locura", "falta de tacto" o "inoportunidad", como si

para decir la verdad se necesitara ser loco, tener tacto, (hipocresía) y esperar la oportunidad (cobardía).

No comprenden que un ataque desembozado, claro y viril, crea enemigos, pero hace sonar un nombre y alza una bandera. Y no saben tampoco que un nombre, cuando más combatido, suena mejor y se le eleva más, al soplo furioso de los enemigos.

Estos son los señores que, cuando aconsejan algo, aconsejan las componendas, las medias tintas, la sonrisa desleal. Son los que practican el doblez en todo y para todo. Los que nunca han tenido un gesto de rebeldía ni mucho menos han adoptado una actitud de lucha. Esos son, en fin, los que nos han conquistado esa fama de indecisión, de falsedad, de doblez, que hizo que alguien dijera, dirigiéndose a uno de esos bolivianos: "pasen SEÑORES...".

Estos, también marearon a Busch.

Ellos sembraban alarmas y relataban lo que les "habían dicho", lo que "habían oído" y jamás permitieron que una murmuración, por soez que fuera, dejara de llegar hasta los oídos del dictador.

Busch, inquieto, impulsivo, se veía poco a poco enredado en una tela sutil, pero fuerte, de intrigas, de murmuraciones, de amenazas anónimas. Detrás de tanta cara hipócrita que le sonreía, al murmurar frases de adulo, presentía el vacío, el odio, la intriga.

En ese estado de ánimo, la carta de su hermano Pablo, que le relataba cómo habían desairado las honras fúnebres de cabo de año de su madre, cómo hasta los que medraban a su sombra, se habían excusado y cómo el vacío y la deslealtad le rodeaban, tuvo que influir dolorosamente en su ánimo, ya desengañado para tomar la decisión suicida.

Busch, ha sido como uno de esos espléndidos insectos, borrachos de sol, que se enredan en la tela disimulada de las arañas escondidas.

Los mismos que medraron con él y le empujaron a todos los despeñaderos, armaron su brazo desesperado. Fueron

ellos, los desleales, los sonrientes, los untuosos, los canallas, lo amigos de todos los gobierno, lo que apolillan al país y lo infectan.

La más dramática de las vidas republicanas ha sido la de Bolivia. Fuera de los asesinatos de presidentes, de las revoluciones, que han concluido con casi todos los gobiernos, hemos contemplado hombres como los Oblitas, los Fernández, los Yáñez, los Daza.

Tal vez las razas autóctonas, han dado a muchos de nuestros hombres públicos, sus peores características. Por eso contemplamos aymaras rudos y feroces, quechuas untuosos y rastreros y cambas astutos, sanguinarios y traidores.

En la danza trágica de los gobiernos, el tipo declamatorio, altisonante, es siempre el triunfador. Los entorchados o los oropeles de la palabra falaz, arrastran a las masas deslumbradas. Y sólo podemos contemplar, dos presidencias serenas, la de Montes y la de Villazón, las dos únicas que parecen haber dado al país, la sensación de legalidad, de serenidad, de civilismo.

Era, pues, lógico que Busch cayese también en el remolino trágico. Dijimos que su destino había sido duro, pero lógico. Y no de otra manera tenía que concluir un gobierno minado por todas partes y cuyo único sostén era la violencia.

Ya iremos viendo la serie de intrigas y la serie de desaciertos, que tejieron la malla que ahogó a Busch.

Irán saliendo a luz, muchas cosas que aun ignora la mayoría y entonces el país se dará cuenta de lo que ha soportado y entonces recién dictará su veredicto.

DELITOS

Ya no es sólo el glorioso Coronel Cárdenes el que cae en el afán homicida.

En la Villa Imperial, después de una detención de horas, es arrastrado al patíbulo un sacerdote inocente.

No ha habido proceso. Una orden dada por el dictador, desde La Paz, por telégrafo, ha bastado.

El presbítero muere sereno.

Entre el claro amanecer de la ciudad andina, apenas si unos grupos han seguido a la camioneta trágica, que lleva al sacerdote al suplicio.

Después, Potosí se despierta. Se estremece y se indigna. No en vano es la vieja sede de la bravura caballeresca. Pero está aherrojada, amordazada. Pero Potosí sabe esperar. La sangre del desgraciado cura Catorceno, tiene que ser vengada.

Busch, ¿ha sido nuevamente víctima del engaño de sus colaboradores?

Puede ser. Pero la orden de ejecución dada por él, sin que ningún tribunal hubiese conocido de la acusación que contra el cura se había formulado, es directamente de su responsabilidad.

Ya Potosí ha presentado una petición en el sentido de que se haga justicia, se vindique la memoria del cura inocente y se castigue a los culpables.

Según la comisión que últimamente ha viajado a La Paz, se trata lisa y llanamente de un asesinato, con abuso de poder.

No tenemos aún todos los antecedentes de este trágico suceso. En posesión de ellos, volveremos también sobre este tema.

La masacre del chofer Saracho, también si previo proceso, fue otro de los bárbaros atentados de la dictadura.

No queremos decir, con esto, que Saracho no mereciera

un castigo ejemplar. Pero para eso están los tribunales, para eso están los códigos.

Un Presidente no tiene derecho de vida y muerte sobre los habitantes. Y Busch, no tenía derecho de hacer llevar al infeliz, hasta el camino a Yungas, para que le mataran como a un perro rabioso.

Sangre y sangre, fue, pues, la marca de la dictadura. Y mucha de esa sangre fue sangre de inocentes, de hombres limpios, de grandes servidores del país y hasta de ancianos inofensivos, como en el caso del Club de La Paz.

* * *

Con referencia al decreto del 7 de julio, que afectaba a la minería y que, como ya dijimos, quedó absolutamente sin efecto, cierto industrial del estaño, muy poderoso, fue tomado preso, bajo la acusación de tratar de sabotear dicha medida.

Como era natural, se produjo mucho revuelo y más cuando se supo que Busch, estaba decidido a hacer fusilar al potentado.

No sabemos aún cómo ni por qué, las cosas cambiaron tan rápidamente, pues vimos a ese condenado a muerte, en libertad y en el extranjero, pocos días después de que su vida peligraba tan seriamente. ¿Histerismo de la dictadura? **Chi lo sá**...

Pero parece que hasta la Ley Cárdenes se quiso aplicar en este caso. Porque, se asegura que el mencionado millonario, recibió, en su celda, la visita de alguien que le dijo que había preparado su fuga y que tenía un automóvil listo, ahí mismo...

Pero el ducho minero no tragó el anzuelo y desconfiado, declaró que prefería que lo fusilaran de frente antes de que lo mataran por la espalda.

Así se estilaban las cosas...

También con más antecedentes, volveremos sobre este curioso caso, en el que presentimos algo más que el público no conoce todavía...

ASI HICIERON...

Es algo que no necesita comentario. Aquella Convención que Busch organizó con el fin de hacerse nombrar y poderse decir: "Presidente Constitucional", fue tal vez la vergüenza mayor de nuestra historia.

Ya el pueblo bautizó a esos "convencionales" con el expresivo sobrenombre de "cominos". Y realmente eran plebeyos de alma, de cuerpo, de catadura, como un platazo popular, claro que con escasas excepciones.

"El Diario" de La Paz, en su número de 29 de febrero de 1940, con el título: "Una Curiosa Misiva", publica la siguiente carta:

La Paz, 26 de febrero de 1940.

Señor Director de la Página del Partido Liberal.
Presente.

Muy señor mío:

Su página desde hace varios días viene golpeando a los convencionales excomulgados (vulgo cominos de 1938). Sepa Ud. que, sin saber nada; yo he sido convencional. Un señor, de cuyo nombre hago todo lo posible para olvidarme, vino a mi casa a la luz crepuscular y me preguntó: —¿Quiere Ud. ser convencional? Naturalmente le pregunté a mi vez: —¿Y qué es ser convencional? —Es la cosa más fácil del mundo. Es ir y ocupar asiento en esa sala grande que hay en el Pa-

lacio Legislativo; hablar lo que uno quiera; oír hablar lo que otros quieran y después votar en la forma que yo diga. Además, es ganar en un solo día lo que representa el trabajo de Ud. por varios enteros.

Pero, señor —le repliqué—, a mí no me conoce nadie, ¿quién me ha de elegir?... —Basta que lo conozca yo; es Ud. un hombre dócil, sugestionable, amigo de corresponder al favor que le han hecho sus amigos, capaz de complacer a la autoridad en cualquier forma, y en fin... muy comprensivo. Con estas condiciones se va muy lejos y se consigue mucho.

Ante tal panorama, acepté y entré a la convención. Ahí, como puede usted imaginarse, señor Director, me manejaron, pues, como cosa dúctil, pero como mi ductilidad era inferior a la de los otros, no pude picar alto y quedé al nivel de los cominos inocentes, y el resultado es que me avergüenzo de mí mismo, y me arrepiento de haber condescendido a ese señor de cuyo nombre hago todo lo posible para olvidarlo.

No soy responsable de las diabluras que hayan hecho en la convención, mientras yo me cansagraba a mis propios cálculos. Ruego a usted hacer constar esta circunstancia.

Obsecuente servidor.

Jonás Rodríguez y V.

Sobre todo comentario. Esos fueron los que ungieron a Busch, Presidente Constitucional. Esos fueron los que, para vergüenza nacional, formaron esa Convención, que parece haber sido escogida, entre los elementos peores del país, entre bellacos e inconscientes.

Seguramente, el lctor no hubiese creído lo que habríamos tenido que asegurar, acerca de esta famosa Convención, si no supliéramos todo comentario con el documento que acaba de leer.

Y, a veces, ante semejantes hechos, se pregunta uno, admirado, cómo aún Bolivia puede subsistir. . .

MURMURACIONES

Hay mucha gente que creyó en la austeridad de Busch. Y Busch, era como todos los militares, como casi todos los hombres que han sentido la guerra: un gozador.

Le favoreció mucho la fama de sus jefes, detrás de la que se escudaba. Nadie se fijaba en él y si últimamente, en Palacio, no se desprendía de su guitarra y de su botella de whisky, lo hacia sólo en presencia de sus íntimos, que espectaban una borrachera taciturna, preñada de sombras trágicas, de remordimientos.

No tenía el vino alegre el héroe de la Recta de Alihuatá. Sus arrebatos eran violentos.

Se recuerda aquel incidente con cierto militar, extranjero, a quien quiso arrojar por las balcones del Círculo Militar. Y parece que ese era uno de sus sistemas favoritos de eliminación, pues, en un matrimonio, es decir en la fiesta con que se celebraba un matrimonio, también quiso arrojar por una ventana, a uno de sus amigos, con quien tuviera un antiguo disgusto, que las copas hicieron renacer.

En cuanto a sus andanzas por Obrajes y Miraflores, son de todos conocidas. Muchos también han visto, últimamente, su automóvil estacionado frente al departamento de cierta extranjera.

Las murmuraciones no tienen fin. Se habla de otras mujeres, de mujeres que la gente conoce y señala. Pero tal vez —casi seguramente— había exageración en cuanto a las aventuras del Coronel Busch. Algunas de estas murmuraciones, nos parecen más bien el fruto de los rencores criollos, solapados y anónimos.

Pero que nuestro hombre era un sensual, de tipo primitivo, impulsivo y torpe, no cabe la menor duda.

Otras veces sus sentimentalismos, también primitivos, le hacían encerrarse en círculo estrecho de familia, donde amenazaba y daba rienda suelta a todo lo que le roía interiormente. Entonces las copas, muchas copas, lograban vencerle y el sueño calmaba sus arrebatos negros y rojos.

No era, pues, muy envidiable la vida del Teniente Coronel Busch.

Gran tomador y mujeriego, supo, sin embargo, disimular estas condiciones (no podemos llamarlas defectos) másculas, porque generalmente era un estrecho círculo el que conocía sus expansiones.

Sin embargo, a veces, parecía perder toda prudencia. Conocemos el caso de dos damitas alegres, pagadas al día siguiente por el Ministro de Gobierno...

Y podríamos recoger innumerables anécdotas y confidencias al respecto, de ésas que van de boca en boca, pero creemos que con lo anotado hay bastante. Y si aun consignamos esto, es sólo para hacer resaltar una de las características de Busch.

De ninguna manera le inculpamos por eso. Bebía, le gustaban las mujeres y la guitarra y sabía disimular, hasta cierto punto, estas sus aficiones, ya que sabía que, para la gente, para la gente grave e hipócrita, que presume de austera, tener esos "defectos" es lo peor que se puede tener.

RECUERDOS

Pero es necesario bosquejar siquiera la figura del Dictador y seguirle en su carrera, desde el día en que la suerte se enamoró de él.

Allá, por 1927, un subteniente cruceño, se desesperaba en el Regimiento Campero 5º de Infantería.

El Coronel Toro, entonces Mayor, estaba encargado de organizar el flamante Regimiento Ingavi, de caballería, y a la sazón, seleccionaba oficiales entre las unidades del Ejército, para ese cuerpo de lujo.

Unos oficiales del Ingavi, fueron comisionados por su jefe para representar a su unidad en los festejos de aniversario del Regimiento Campero. Y el descontento oficial cruceño, que soñaba con pertenecer a un cuerpo de caballería, logró interesar a los oficiales del Ingavi y hacerles prometer que influirían para su traslado a ese regimiento. Sus notas del Colegio Militar no habían sido brillantes. Por eso no había podido elegir arma, pero tenía un gran espíritu militar y un formidable deseo de distinguirse, junto a un coraje ya probado.

Y un día, en rueda de oficiales, fue presentado Busch a Toro.

El subteniente causó buena impresión en el jefe, y éste pidió, inmediatamente, el traslado de Busch a la unidad de su mando.

Ahí comienza la carrera de Busch.

Desde entonces una estrecha amistad une a los dos militares. Y Busch se convierte en el mimado de Toro.

Cuando el General Kundt pide a Toro le envíe dos oficiales de su regimiento, para hacerles sus ayudantes en el Estado Mayor, designa al Capitán Ichazo y al Subteniente Busch.

Rueda el tiempo y un día estalla la revolución contra Siles que, ofuscado por la adulonería de unos cuantos, se cree el hombre necesario, insubstituible y quiere prorrogar su mandato presidencial, mejor dicho, quiere hacerse reelegir, tratando, por medio de una Convención, de modificar la Carta Fundamental del Estado, en el sentido de que se pueda producir la reelección.

Pero el país comprende el peligro. La alternabilidad que establece la Constitución, es una garantía sagrada que hay

que defender, si no quiere verse en manos de ambiciosos que no dejarían el mando hasta la muerte.

Además el país está cansado de Siles. El origen de su presidencia no puede ser más turbio. Sus actos de gobierno, por otra parte, no significan nada que otro ciudadano cualquiera no pueda hacer. Repetir una presidencia anodina, llena de enredos, de tapujos, de cambullones, sería absurdo. Así lo comprende el país y se levanta.

Pero los militares —por lo menos los cercanos al gobierno— tiene que mantener el orden y tal vez contra sus convicciones y hasta contra los prestigios del Ejército, tratan de reprimir la revuelta.

En esa ocasión el teniente Busch, da otra muestra de su coraje, ya sereno y de buena ley.

Solo, sin orden superior alguna, se presenta en el cuartel del sublevado regimiento "Pérez" y apuntando con una pistola al centinela, que está detrás de la puerta-reja de fierro, descerraja la chapa con un disparo de otra pistola y se apodera de los 13 o 14 hombres, que al mando del oficial de guardia, se han quedado para resguardar el cuartel, mientras el resto de la tropa se bate en retirada a El Alto de La Paz.

En el cuartel del Pérez, encuentra Busch el cadáver del Teniente Coronel Taboada, asesinado hacía unos momentos y, amarrados en unas sillas, al Mayor Carmona y al Teniente Goitia, su cuñado y concuñado, respectivamente.

Al triunfo de la revolución, Busch como casi todos los oficiales del Ingavi, fue enviado a Roboré.

Allí, en un ambiente parecido al de su terruño, comenzó a destacarse en las exploraciones en busca de aquella misteriosa ciudad de San Ignacio de Zamucos.

En 1928, había contraído matrimonio con doña Matilde Carmona, maestra normalista y hermana del entonces Capitán Carmona. Apadrinaron el enlace el Coronel Toro y su esposa.

La amistad entre ambos militares era cada día más es-

trecha. Busch, había dado a Toro repetidas pruebas de lealtad y Toro confiaba y creía en Busch, como en él mismo.

La guerra unió aún más, si era posible, a estos dos hombres destinados a llenar una época de la vida nacional.

Busch, impetuoso, creyendo tal vez servir mejor a su amigo, cuyo volumen político crecía día a día, derrocó, sin consentimiento de aquél, al Presidente Salamanca y poco tiempo después, también a espaldas de Toro, enviaba a su casa al Vicepresidente en funciones, Tejada Sorzano, llamando insistentemente a Toro para que se hiciera cargo del gobierno.

Toro rechazó de plano esa oferta, hasta que fue obligado por el Ejército y la amenaza de Busch, de entregar el mando a cualquiera, a asumir la primera magistratura. Pero había dejado ya constancia de su protesta por este acto de fuerza contra el Presidente Tejada Sorzano. Esos golpes en los que no había tenido ingerencia, ni remotamente no formaban parte de sus planes políticos, ni convenían al programa de renovación social, que a su alrededor, se había incubado en la campaña.

Entonces, tal vez, Busch, siente por primera vez, el aguijonazo de la ambición. Su mujer ha despertado a sus hijos, casi párvulos aún, para decirles: "¡Despierten(despierten, el papá está de Presidente!. . .".

Porque Buch, se hizo cargo, durante unos días, del gobierno, mientras Toro llegaba del Chaco, donde se ocupaba de la repatriación de los prisioneros, en poder del Paraguay.

Las intrigas, las peticiones, el desconcierto que en ese momento se agitaban alrededor del palacio, desorientaron a Busch, que estaba desesperado de entregar el mando. Había sentido y palpado que el poder lleva consigo una serie de molestias, una legión de compromisos, un enjambre de deberes. Y el poder le había asustado. Sin embargo, ya había probado el trago dulce y amargo, que tanto obsesiona a los hombres. Ya había sentido el aire y el calor del adulo.

Tiempo después, bajo la influencia del mismo adulo y del murmurar despechado que, hasta sus oficinas del Estado Mayor llegaban constantemente, otro Busch se iría formando en el Busch de la leyenda heroica.

Familiares, políticos desplazados o políticos insatisfechos, le fueron susurrando, por más de un año, el descontento disfrazado de patriotismo, que inflaba su ambición y relajaba sus virtudes de nobleza y lealtad.

Busch, el amigo, el camarada, el ahijado, se resistía a ir contra su amigo, contra su mentor, contra su camarada, contra el hombre que le había formado, le había defendido y regalado hasta gloria.

Pero la traición, es precisamente el golpe artero asestado al que más bien nos ha hecho.

Y Busch se convirtió en traidor. Del Capitán chaqueño de las largas historias de bravura, del héroe sonriente de los tuscales infinitos, salió un nuevo personaje tortuoso, violento y contradictorio. Había caído en la trampa y la trampa tendría que matarle.

El presentía su fin y alguna vez su frase fanfarrona, sonó como respondiendo a la amenaza latente: "A Busch, sólo lo mata Busch"...

Y así fue. En un turbio amanecer, entre vahos de alcohol, se apagó, por mano propia, la vida de este claro Capitán, gran señor de la selva.

Había perdido afectos y amigos. Entre el adulo interesado y el desaire cotidiano, su vida estaba perdida.

La carta de su hermano, con referencia a las honras fúnebres de su madre, en Cochabamba, acabó por convencerle.

Estaba en el aire. Todas las sonrisas eran falsas. Todos le engañaban. No le quedaba nadie leal.

Había aventado a sus viejos amigos con cruentas persecuciones y los nuevos "amigos" que le rodeaban, no eran otra cosa que los logreros, traidores y enemigos solapados.

De la vieja "cuerda", de aquellos camaradas de la guerra y de antes de la guerra, no le quedaba casi ninguno. A

muchos había tenido que perseguir y alejar, aconsejado por los que le habían perdido. Los otros, los pocos que aun veía, rara vez se acercaban a él y le miraban de otro modo.

Le parecía percibir detrás de cada mirada, un reproche escondido. Ya no encontraba los ojos y las manos leales de otros tiempos. Estaba solo, irremediablemente solo.

Por eso, cuando entre familiares e íntimos, de última hora, se encerraba a beber, hasta que le llevasen a la cama como a un fardo, solía surgir la tristeza, el reproche amargo, para los que le habían empujado por un camino que ahora empezaba a sentir tan áspero.

Y hablaba con pena de los viejos amigos perdidos, asegurando, en un afán de justificarse, que él era un incomprendido, que no quiso hacer daño a nadie y que estuvo dispuesto a todas las reconciliaciones, pero que le empujaron cada vez más, amigos y enemigos, hasta hacerle abrir abismos que ya no se podrían colmar.

En estos momentos renacía el claro capitán, noble y sentimental. Porque las charreteras de coronel, pesaban sobre sus hombros, hechos sólo para llevar las tres estrellas blancas y heroicas.

Y se debatía en una especie de impotencia, plena de angustias y de coraje, al ver que ya nada podía hacer.

Ya se había apagado la estrella de Busch. Antes, todo eran loas, homenajes, al héroe, al centauro sonriente, sencillo y optimista. Ahora, todo eran reproches velados, emboscadas, murmuraciones, anónimos. Hasta de su gloria se discutía. La palabra "traidor", que él creía oír en todas partes, repetida por todas las bocas, le ardía dentro de la cabeza.

Y él trataba siempre de explicar, de sincerarse, pero sabía, al mismo tiempo, que cualquier razón, cualquier motivo, por justificado que fuese, haría siempre asomar una sonrisa a esos labios mordaces de los altoperuanos.

Y ya no era posible tampoco volver atrás. ¡Sangre, rencores, insultos, persecuciones, torturas. . . ! ¡Qué fácilmente se

deshizo lo que se había formado lentamente, en años de camaradería, de afecto, de amistad hasta de lucha!

Fuera de las caras familiares, todas eran caras extrañas las que le rodeaban. Caras ávidas o solapadas. Pícaros de los que ya había oído hablar y pícaros en gestación, inéditos aún.

Su instinto le prevenía de su soledad, de su enorme soledad.

Demacrado y hosco, vivió sus últimos meses, martirizado también por largas y dolorosas curaciones en la boca. Varias veces había manifestado su decisión de acabar y acaso ese pensamiento suicida, se fue convirtiendo en obsesión.

Hasta había encargado a Azurduy que le escribiese su biografía. Y eso confirmaba ya un verdadero desequilibrio... (Más adelante hablaremos del biógrafo y de la biografía).

Desde luego, Busch, era uno de esos hombres destinados a no morir en la cama. Un poeta dijo de él que, allá en el Chaco, la muerte le seguía por los caminos, pero de lejos, como una esquiva enamorada que no se atreviese a acercarse.

Y, en efecto, la muerte rondó siempre alrededor de esa fuerte vida, que echó a perder y mató la ambición.

Busch, pudo haber sido un varón ejemplar. Pudo haber escalado todos los puestos y todos los honores, sin una prisa suicida, si una impaciencia azuzada por turbios personajes, no le hubiesen hecho perder el camino, que era claro y recto, extraviándole en una selva de intrigas y de apetitos que él no conocía, ni sospechaba siquiera antes y donde ya no se pudo orientar.

¿Ahora? Ahora queda el comentario. Los "trapos" que van saliendo al sol.

No queremos hacernos eco de tanta bajeza, de la delación que los mismos "amigos" y "partidarios" del Dictador yo están formulando para justificar —así deben creer ellos— las rapiñas, las inconsecuencias, los delitos, que a su sombra cometieron y que ahora quieren cargar al muerto.

Tal vez, en el fondo, Busch, sólo tenga un solo pecado: el de haber escuchado a quienes jamás debió escuchar.

Por eso, por ese pecado, queda ahora una montaña de acusaciones, un océano de chismes y la gloriosa espada metida en el lodo, hasta la empuñadura.

MAS RECUERDOS

Busch era alto, atlético, de anchos hombros que sostenían una cabeza relativamente pequeña.

En la cara de un rubio tostado —fusión de razas— que se dijera dorada por el sol, los ojos claros, se abrían redondos y vivaces.

Era amable y cordial, sencillo y hasta campechano.

Sonreía casi siempre y le gustaban los motes con que bautizaba, regocijado, a sus familiares y amigos.

Los diminutivos, matizaban su lenguaje de soldado poco locuaz.

Era un cultor de la fuerza, del arrojo. Los caballos, las armas, le gustaban como a un niño grande, enemigo de los libros.

El ademán resuelto, el empaque marcial, junto a su alegre cordialidad, le hacían simpático a primera vista.

Sus reacciones eran fulminantes, violentas y entonces sus ojos redondos, adquirían un brillo felino.

Así era el glorioso capitán de Alihuatá.

Su preparación humanística era nula. No gustaba de la lectura ni del estudio. Sus nociones y sus conocimientos, eran rudimentarios, genéricos. Jamás, en su charla, se podía encontrar la demostración de una cultura, siquiera mediana. Le costaba expresarse y acompañaba sus palabras con gestos y ademanes.

Pero, en cambio, se veía al hombre fuerte, sano, enérgico. Nadie podría haberse imaginado un Busch tortuoso o desleal.

Es indudable que sus comienzos difíciles, le impidieron adquirir esa base de cultura, ese cimiento en que se estructuran las vidas. Separado de su padre, desde la infancia, hasta que fuera ya un oficial famoso, su carrera es hija de su tesón, de su disciplina, de su fuerte vitalidad.

Busch, era un predestinado para la carrera de las armas. Habiéndole conocido, no se concibe que hubiese podido destacar en otra actividad. Era un militar ciento por ciento. Pero un militar del tipo "tropero", es decir, del que sirve sólo para recibir órdenes y encabezar a sus soldados.

Su exaltación a la Jefatura del Estado Mayor del Ejército fue seguramente un premio a su valor de soldado y también un favoritismo, de su entrañable camarada Toro. Pero fue un grave error.

Busch, no podía, no estaba capacitado para dirigir un ejército, para realizar las funciones cerebrales de una Jefatura semejante, ni mucho menos para orientar a la institución armada, que acababa de salir, entre meneos de cabeza, de la prueba de la guerra.

Busch, tuvo muchos años que luchar con la pobreza. El lo repetía siempre, sin amargura, más bien con orgullo y alegría.

Bien templado, optimista y jovial, en su ánimo no dejaron huellas los días de estrechez. Tomó la vida siempre como una aventura brava y alegre y así se abrió camino, con su natural simpatía y con el prestigio de su "machismo".

Es bella y simple la historia de este niño grande y valiente, hasta que saliendo de la guerra, cayó en las garras invisibles de los políticos profesionales, de ésos que buscan instrumentos para su planes siniestros, para sus venganzas y para sus ambiciones.

Y ya en este camino, le engañan también como a un ni-

ño. Hacen desfilar ante sus ojos perspectivas grandiosas y le lanzan por caminos de perdición.

Y le hablan de lo que él no entiende ni entenderá nunca. Le deslumbran con la visión de una Alemania bajo Hitler o una Italia bajo Mussolini. Le hablan de Economía Dirigida. Y le hacen firmar decretos tan funestos como el del 3 de agosto de 1939, que ocasionó el derrumbe de la moneda, con la consiguiente alza del standard de vida y la incertidumbre en toda la economía nacional. Son sus coloboradores los que ensayan toda clase de "trucos", con fines definidos o simplemente por impreparación o por un afán de modernismo, por ese afán de micos, de querer imitar todo lo que Europa ensaya o realiza, sin fijarse en las diferencias que, entre éstos y aquéllos pueblos, existen, en todo orden de cosas y sobre todo en cuanto a los problemas por resolver.

En países nuevos de amplio porvenir, de riquezas inexplotadas aún, es grotesco tratar de implantar recursos heroicos aplicados para tratar de tonificar organismos gastados, epilépticos, ya casi sin vitalidad. Tal si se quisiera a un niño, sano y fuerte, sacarle los dientes para ponerle dentadura postiza.

Así sobrevino el caos, la bancarrota, el desbarajuste, sin que Busch se explicase, tal vez, lo que sucedía.

Pero ahora, es él el que aparece responsable ante el país y la historia.

Los que le empujaron al error y a la muerte, serán tal vez los que más combatan su memoria, los que más puntualicen sus errores, los que vuelvan la espalda a su gloria.

La murmuración señalaba a Busch, desde mucho antes de 1936, como un conspirador, en contra del gobierno Toro.

Busch, reía de esas habladurías y Toro no hacía caso. El ochenta por ciento de los postulados de la revolución de mayo del 36, habían sido ya cumplidos. Y ya dijimos cómo el país marchaba a una verdadera y sólida bonanza.

Pero al oído de Busch, se seguían murmurando las mismas cosas. Los mismos descontentos, amigos ayer del Go-

bierno, eran los tentadores. Habían fracasado en sus ambiciones. Creyeron que con la revolución, iban a conseguir fortuna y situación social, así de golpe, sin tomar en cuenta lo que eran y lo que significaban.

Serenados los ánimos, vuelta la normalidad, era lógico que esos ambiciosillos, volvieran a su sitio, al sitio de repudio, que siempre habían tenido. Y por eso, estaban exasperados. Busch, era, pues, su tabla de salvación. Había que marear a Busch...

Y Busch se mareó, aunque hasta el último momento, hizo protestas de lealtad, aunque nunca trató de disculpar su actitud equívoca con algún argumento, siquiera con el manoseado del patriotismo, porque sólo se dedicó a negar. Y Busch, negó, negó, hasta que Toro corría en un autocarril, en dirección a Arica.

Aunque no es el momento aún, adelantaremos que entre las innumerables falsedades y tonterías, amontonadas en ese folleto titulado "Busch, mártir de sus ideales", por Luis Azurduy, se dice que Busch, había reflexionado a Toro, llamándole la atención (sic) y que le dijo que le jugaba a cartas vistas... (pág. 64).

Si Busch hubiese muerto hace veinte años siquiera, aun se podría admitir que alguien, demasiado ingenuo o tonto, escribiera eso. Pero ahora, cuando estamos aún al lado de su muerte, contarnos a todos los que le hemos conocido, semejantes cosas, es algo que no tiene calificativo.

Bueno es, porque es costumbre, hablar bien de los muerto. Pero es muy malo burlarse inconsciente, o "maliciosamente", de los mismos. Y más en las barbas del público. Pero todo es posible, sobre todo en el biógrafo, como veremos más adelante. Un hombre que habla (pág. 15), de la puerta del palacio que da sobre la calle Illimani, habiendo vegetado en La Paz innumerables años, puede decir, está autorizado, tiene patente, para decir cualquier burrada. Incluso puede mostrarnos a un Busch reflexivo, legislador, jurisconsulto, arzobispo... Y literato como el biógrafo.

LOS CUATRO CERCOS

En nuestro libro anterior, "Una página de la historia de Bolivia", nos referimos a los cuatro cercos del Coronel Busch.

El primer cerco, al Presidente Salamanca, le hizo conocer la síntesis del pensamiento, del férreo mandatario, con respecto a su capacidad: "Este es el único cerquito, que le ha salido bien, señor...".

El segundo, contra don Luis Tejada Sorzano, fue el más fácil.

El estadista, tenía "listo su sombrero" para irse. Comprendía, muy bien, que había sonado al hora del sable y no pensaba siquiera en presentar la menor resistencia. Sabía también, que si la guerra del Pacífico nos trajo una era de civilismo y de relativa cordura y legalidad, la guerra del Chaco nos retrotraía, en cambio, a las épocas del militarismo.

Y se fue del Palacio, amable y risueño, sin perder su empaque de gran señor, mientras la turba gritaba sin saber lo que vendría ni qué ídolo se iba a alzar.

El tercer cerco, fue seguramente, para Busch, el más duro y amargo. Obraba casi contra él mismo. Era un ensayo de su caída...

Tenía que derrocar a su amigo, a su padrnio, al hombre al que debía honores, fama, gloria...

Y entonces tuvo, además, que falsificar firmas, traicionar, mentir, enlodarse, matar en suma al capitán heroico, leal y varonil.

Es cierto que consiguió escalar el poder, pero el poder le devoró. Los amigos se aventaron y entre la murmuración, la violencia y la sangre, se produjo el cuarto cerco del Coronel Busch, al Coronel Busch.

Fue en un amanecer, como en esas sorpresas a los campamentos en la selva.

Y el Coronel Busch cayó herido de muerte, por mano del Coronel Busch.

SEGUNDA PARTE

LA COLA DE LA DICTADURA

PERO...

Y bien. Busch ha muerto. ¿Quién vive ahora?

En Palacio vive el General Carlos Quintanilla, sosteniendo la cola de la Dictadura.

Este General se apoderó del mando por voluntad (?) del Ejército, aun antes de que muriera Busch, cuando aun agonizaba, cuando se acababa de recurrir al supremo intento de una delicadísima intervención quirúrgica.

No conocemos, ni de vista, a este General, pero todos, unánimemente, consideran que como militar es absolutamente nulo, pero que es uno de los que más cuesta al país, por sus frecuentes y largos viajes a Europa, debidos a que siempre supo vivir a la sombra de todos los gobiernos.

En la guerra fue una verdadera catástrofe, y ahora, en la paz, le toca actuar en un momento sumamente difícil, con beneplácito, por lo menos, de algunas personas.

Hay gentes que reconocen en este militar, prendas de caballerosidad y de mundo. Hasta se dice que suele tener algunos rasgos quijotescos. Y se asegura que es "loco", lo que equivale a decir que no es tonto. Porque en Bolivia a todo el que no es pelmazo, le llaman loco.

Dicen también que es de los que gustan del pavoneo. Al respecto hemos recogido sabrosas anécdotas que no hemos querido publicar, porque no parezca que nos complacemos en

ridiculizarle, porque ellas nos pintan al hombre fatuo, pagado de sí mismo, hueco y mandón.

Por de pronto, ha declarado que desea devolver al país el pleno goce de sus libertades y el imperio de la Constitución.

Esto confirma que Quintanilla es loco. Porque generalmente los hombres cuerdos que llegan al poder, se enloquecen. Y lógicamente los locos puestos en esa situación, tienen que volverse cuerdos... por locura.

Pero... Ha llamado, altisonantemente, a la concordia, a todos los bolivianos, pero... no todos los bolivianos han sido llamados a la concordia. Hay ciudadanos desterrados, perseguidos por la Dictadura, a quienes el "conciliador" gobierno de Quintanilla, cierra las puertas del país.

Por eso decimos, que sostiene la cola de la Dictadura.

Hay también un hecho que la historia juzgará. El ultraje y la expulsión del General Bernardino Bilbao(cuando desempeñaba nada menos que las funciones de General en Jefe del Ejército.

¿Que el General Bilbao conspiraba? ¿Por qué no se le juzgó entonces? El procedimiento empleado con él, no es ni caballeroso, ni legal, ni de camarada. Es sencillamente dictatorial.

Es la cola de la Dictadura.

Pero... (Y siguen los peros). A la muerte de Busch, había un Vicepresidente electo, bien o mal, pero electo y reconocido por el Dictador. ¿Qué se hizo con él? Se le mandó a su casa, con argumentos muy discutibles y que dicen muy poco del deseo de legalidad, que se proclamaba al mismo tiempo.

Mal oficio el de Vicepresidente... A otro Vice, en tiempos de Siles, le dejaron anclado en Buenos Aires. A otro, le mandaron también a su casa y a éste no podía tocarle mejor suerte.

Hay, pues, un Vicepresidente archivado, un General en Jefe ultrajado y arrojado del país, fuera de los ciudadanos a quienes se niega la entrada al territorio de la República. Es el balance. Es bastante para tan poco tiempo. ..

Algunos aseguran que si no hubiese sido por el General Bilbao, Quintanilla no se hubiese podido sostener ni veinticuatro horas en el poder. Y eso parece evidente. No gozaba de ninguna simpatía. Al contrario. El historiador Arguedas, escribió en "El Diario" de La Paz, una carta a Quintanilla, y en ella, al aplaudir sus medidas de conciliación y legalismo, le decía que pocos hombres habían tomado el poder, entre tanta resistencia y con un ambiente tan adverso.

Por otra parte, el Ejército, ¿estaría contento de verse representado por un General que no gozaba de ninguna simpatía dentro de sus filas?

Bilbao, pues, logró calmar la agitación popular desatada en contra del Presidente Provisorio, desde los funerales de Busch. Pero esto merece párrafo aparte.

LOS FUNERALES DEL DICTADOR

Se puede decir que toda La Paz asistió a los funerales de Busch. A lo largo del trayecto, que debía seguir el cortejo, se estacionaron miles y miles de personas. Había como un malestar espectante, en el ambiente.

Las especies más fantásticas, circulaban en toda la ciudad. Se hacían conjeturas sobre la muerte del Dictador, se anunciaban motines y revoluciones. Se pretendía que éste o aquél desterrado, estaban en Viacha o en El Alto de La Paz, esperando el momento propicio para entrar a la ciudad.

Por otra parte, se murmuraba y hasta se hablaba en voz alta, contra Quintanilla. Denuestos, amenazas: Intranquilidad en todas partes. Más que un funeral, aquello parecía el preludio de una tormenta política.

El cadáver que yacía en la Catedral, fue llevado a un hospital donde se le extrajo el corazón, que debían en una urna, conservar los ex combatientes. Esto, según se asegura,

se hizo a sugestión de la esposa de Busch, aunque parece que Quintanilla desaprobó la idea.

Soplaban vientos de histeria sobre la ciudad.

Otra vez los restos, sin la viscera noble, yacían en la basílica.

El cortejo fúnebre debía ser encabezado por la comitiva oficial, presidida, como era natural, por el General Quintanilla.

Y entonces tocó saborear al General de Boquerón, una de las copas más amargas de su vida.

Gritos, blasfemias, insultos, reproches sangrientos. El pueblo se movía como una creciente furiosa, olvidado del cadáver y del funeral. Fue necesario que la tropa, que escoltaba el férebro, se agrupara alrededor de Quintanilla, el que debió abandonar el acompañamiento antes de dos cuadras de la catedral.

Fue en esos momentos y ante las pobladas que se formaron más tarde, que el General Bilbao, tuvo que hablar, para calmar a la multitud, asegurando que el Gobierno sólo se preocuparía de devolver al país el régimen constitucional.

El entierro de Busch fue, pues, una especie de manifestación en que el pueblo exteriorizó su repudio, hacia el que acababa de hacerse cargo del mando. No eran ni remotamente las solemnes honras que todas las gentes rindieron al ex Presidente Saavedra.

Por todas partes se veía curiosidad, expectación, temor, exaltación. Dos o tres veces, retrocedieron los remolinos humanos, ante la inminencia de una agresión de la fuerza armada:

—¡Va a correr bala..., va a correr bala...! La voz se extendía por las calles, entre los insultos, los gritos y las burlas.

En las primeras horas de la noche, la agitación continuaba. Nadie auguraba al gobierno, sino una vida de horas. Pero la promesa repetida de un propósito de legalidad y constitucionalidad, fue calmando los ánimos.

Y así fue que, hasta en el último recorrido que hiciera Busch sobre la tierra hubo agitación, conato de revuelta, aires de Fronda.

QUINTANILLA AL DESCUBIERTO

Al despedir el duelo, el General Quintanilla pronunció el discurso que damos a continuación y que publicó toda la prensa de Bolivia.

Creemos que este curioso documento, no debe perderse entre el fárrago de las publicaciones periodísticas, ya que puede servir, mañana, a los estudiosos, para auscultar una época tan movida, tan llena de contrasentidos y tan "increíble" como la nuestra:

> "La patria está estremecida de angustioso dolor por el fallecimiento del más conspicuo y egregio de sus hijos: el Coronel Germán Busch, Presidente de la República. El doloroso drama a que asistimos, no tiene solamente, en su ineluctable esencia, la categoría de un hecho humano e irremediable, sino la contextura de un infausto acontecimiento nacional. Figura la del Coronel Busch, de contrastante relieve en el escenario sombrío de nuestra historia, **llena y salva el decoro de la Nación en los últimos lustros.** Aún más: encarna, sin hipérbole, el civismo como SUMUM de lo que la patria aspiraba a ser, a superarse, a encontrar su propio destino.
>
> Escrutando en rápida visión, en los caminos de nuestra historia, se perfila la vida del Coronel Busch aureolada de grande hombría. Con el espaldarazo inquietante y temerario en grado heroico que mereciera en los días de la guerra, fue el austero varón que desde la primera magistratura de la República, abría surcos fecundos y renovadores para el porvenir. No en vano re-

sumía en su vigorosa personalidad, las grandezas y raras virtudes que ha sido dado producir en Bolivia. A su diáfana sencillez, como **la de Frías,** unía el sello insobornable de la pasión de obrar y moralizar de **Linares;** a su profundo sentido de generosidad, como la del **Mariscal Sucre,** aunaba sus pensamientos henchidos de intuición, como **Bolívar.** Y no obstante, era él mismo, con sus singulares características y sus rasgos personalísimos.

De ahí que, palpando con mano diestra la realidad nacional, asumiera no hace mucho tiempo las facultades dictatoriales del Estado. No porque deseara destruir la democracia sino porque, demócrata como ningún ciudadano, justamente pretendió desde el gobierno articular la Nación, crear un recto plan disciplinario, revertir al Estado su autonomía económica, plasmar las grandes corrientes sociales en el mapa de nuestra vida política y llegar a la democracia en función, sin ficciones interesadas y sin engaños piadosos. **La Dictadura del Coronel Busch fue afán de moralizar el país y vasto plan para habilitarlo en el uso de su propia y auténtica soberanía de pueblo libre.**

Esa es su inmensa e inigualable labor, que lega al país como una herencia de proyecciones indestructibles.

El final de su existencia, inesperado y trágicamente doloroso para la Nación, es símbolo de sabia enseñanza para nuestro pueblo. Es llamada vibrante hecha ante el ámbito boliviano —a trueque del sacrificio de su preciada existencia— para que desaparezcan malhadadas incomprensiones, sordos egoísmos, pasiones subalternas, que hacer tarea de gobierno, antes que permanente satisfacción, es trabajo amargamente indeseable. Su muerte no indica las rutas sinuosas, señala con firmeza el camino de la severa pasión por la patria, la austeridad, el valor y la claridad del pensamiento y de la acción públicos.

En nombre de la Nación, acongojada como nunca lo estuvo en circunstancias tales; con el espíritu pleno de pesadumbre inconsolable, rindo tributo póstumo ante los restos del héroe de la guerra, esclarecido ciudadano de la Paz, y máximo portaestandarte de la bolivianidad. Coronel Germán Busch, Excelentísimo Presidente de la República, **haciendo solemne juramento ante su memoria inmortal:**

Que mi espada estará al servicio de lo que él amó con férvida y mística exaltación: Bolivia; **que defenderá y proseguirá la obra que él realizaba y soñó con sueño de iluminado: la grandeza de la patria, económicamente libre, organizada socialmente,** con su espíritu cultivado en el decoro y la estimación de la propia suerte.

Paz y gloria en la tumba del ilustre gobernante".

Analizar esta pieza oratoria es casi inútil. Fuera de lo vano y hueco del conjunto, fuera de lo tortuoso y fatuo de la frase, hay que admirar la falta de medida, la carencia de la más elemental noción de las proporciones.

Frías, Linares, Sucre, Bolívar... se reunen con sus mejores virtudes para amasar la figura de Busch!

Yo propondría un castigo a la herejía, a la profanación que significa equiparar a un oficial, a un valiente oficial, niño grande e ingenuo, con el torbellino genial que es Bolívar o con la santa grandeza, serena e inconmensurable del mártir de Berruecos.

No hay derecho tampoco a manosear la señorial pulcritud de Frías, ni la inflexible rectitud de Linares, para tratar de ensalzar un muerto, que no es ni siquiera más que uno de los tantos bravos militares que llenan la historia de Bolivia. Ni en valor ni en virtud alguna, Busch puede aventajar y acaso ni igualar a un Braun, a un Pérez de Urdininea, a un Agreda, a un Campero ni a un Ballivián.

Y hay un peregrino concepto. Dice: "El final de su existencia, inesperado y trágicamente doloroso para la Nación,

es símbolo de sabia enseñanza". Es la primera vez que hemos oído decir que el suicidio es una sabia enseñanza para un pueblo.

Puede el **hara kiri** de los **Samurays** ser algo bárbaramente grandioso, una especie de rito de una raza de insuperable heroísmo. Pero el **hara kiri** es una ceremonia, serena y cuidadosamente preparada, no es la muerte de un balazo, después de una alegre fiesta. Esa no es, pues, no puede ser una enseñanza...

Ya ha visto el lector, la loa a la Dictadura. Y ya verá el lector, de eso estamos seguros, que el General Quintanilla hace y realiza todo lo contrario de lo que promete en su discurso.

Ya leerá el lector, o lo sabrá de otra manera, cómo el General Quintanilla deshace el socialismo, y cómo a la vez deshace lo poco que intentó hacer Busch, y que a su muerte estaba ya casi prácticamente deshecho. Porque no podrá sustraerse —tampoco creemos que lo desee— a fuerzas que son de su amaño, a los intereses cerca de los cuales ha vivido siempre.

El General Quintanilla, no puede, pues, hablar de socialismo, ni mucho menos defenderlo. Tal vez, en cambio, su conducta, la que ya claramente vemos perfilarse, procure más bien, por reacción, la unión del socialismo que al fin deje de hacerse engañar por tanto logrero, por tanto ambicioso de poca monta y por tanto personajillo sin escrúpulos y con inmensas ambiciones y apetito.

INSEGURO

Quintanilla no se ha sentido seguro ni un solo momento. Los rumores que llegaban a palacio, los gritos destemplados y poco respetuosos, de todo el pueblo y, por último, la revuelta del Colegio Militar, secundada por Cochabamba, le

indujeron a renunciar. Sólo la imposición del General Peñaranda, le hizo de istir de ese empeño. Son de todos conocidos, los documentos producidos al efecto y publicados por la prensa.

Y era que Quintanilla había hecho algo a medias. Como en la guerra, no había sabido vencer, ni mantenerse sereno en la derrota.

El mismo Daza, ¡DAZA!, el año 1876, durante su presidencia provisoria, dictaba una amnistía amplia "sin restricción ni excepción de persona alguna, porque era conveniente a los intereses nacionales, llamar a los bolivianos a una franca y leal reconciliación, invitándoles a la labor de reconstruir el país, sobre las bases sólidas del acuerdo común, de los diversos partidos...".

¡Hasta Daza! Es verdad que Daza, aparte de todo, por lo menos fue un valiente y un verdadero soldado.

ASI, PUES...

No se podrá decir que en 1939, el General Quintanilla, que se apropió del mando, no sabemos aún por voluntad de quien o quienes, llamó a todos los bolivianos, invitándoles a la reconstrucción nacional y a la restauración de sus instituciones.

Se recordará siempre, que quedaron ciudadanos a quienes se negó hasta el derecho de ser escuchados ante el tribunal que les juzgaba y a quienes no se quiso abrir las puertas de la patria ni siquiera para que fueran directamente a alojarse en la cárcel.

Se recordará que se vejó y atropelló al General en Jefe del Ejército y se le llevó, amarrado, hasta la frontera chilena.

Y se recordará también una serie de pequeñeces risueñas: Que el Presidente era madrugador y que se presenta-

ba, al abrirse las oficinas públicas, para destituir a los pobres empleados soñolientos, que llegaban con un minuto de atraso.

Que habiendo expresado a cierto director, o dueño de una transmisora de radio, que él amaba la Opera. (¡Oh!, abismos del diletantismo...) las estaciones creyeron de su deber, soporificar a los radiosescuchas con la Favorita, Otelo o el Trovattore, olvidándose de tocar huayños y bailecitos, como se toca en la Argentina tangos y rancheras, en Chile cuecas y tonadas y en Colombia pasillos.

Y se recordará también, que mientras las estaciones adormecían a la ciudad con Wagner o con Rossini, el Presidente dormía a pierna suelta, a fin de poder madrugar y mantener su record, entre los Presidentes del mundo, que se levantan temprano.

Y en fin se recordará otras menudencias para regocijo de los que mañana lean la historia, esa historia de Bolivia tan llena de absurdos y de contrasentidos.

UN BIOGRAFO Y UNA BIOGRAFIA

No en vano dijimos que la buena estrella de Busch se había apagado. Y se había apagado tanto, que la obscuridad era absoluta y no le permitía distinguir ni los contornos de las cosas.

En medio de las tinieblas y martirizado por mil preocupaciones, encomendó a Luis Azurduy, la redacción de su biografía...

Azurduy tiene una discreta labor periodística. Pero nunca ha querido echar sobre sus hombros delicados, la tarea de hacer él solo, un libro. Pero al mismo tiempo, siempre ha querido ser autor y ha sido autor a su manera. ¿Cómo?

Es un secreto que vamos a divulgar. Mediante el conocimiento de él, se han hecho varias reputaciones.

Azurduy, había observado que algunos "escritores", sobre todo diplomáticos de poca monta, coleccionaban una correspondencia o simplemente tomaban un legajo de oficios, de un archivo, les ponían unas discretísimas —por lo cortas— anotaciones y aparecían publicando un volumen, en que resaltaba un nombre con muchos títulos, en letra más grande que el título mismo de la obra, título siempre atrayente, eufónico, de manera que se gravara en el que veía la carátula. Porque nadie ha visto sino la carátula de estos libros. Si algún audaz, en un momento de suprema decisión, ha abierto el volumen y después de leer la dedicatoria (estos libros siempre se dedican) ha intentado meterse en el denso texto, ha pagado cara su audacia. En el Manicomio Pacheco hay una estadística, que demuestra el ingreso de mayor número de dementes o idiotas, a los dos meses de la aparición de uno de esos volúmenes.

Luego, alguno de esos Cancilleres que no leen sino las notas que firman, las dedicatorias y la página social de los diarios, cuando éstos anuncian que han sido condecorados o que han ofrecido un banquete, después de extasiarse ante la correspondiente dedicatoria, muchas veces impresa, resuelven que tan "importante obra" sea adquirida por el Ministerio, en número suficiente para ser distribuida en las Legaciones y Consulados que Dios y los compromisos políticos y de parentela han creado en todos los ámbitos del planeta.

Todos conocemos estos libros. Llegan a las Legaciones y Consulados en grandes paquetes, con sellos del Ministerio de Relaciones y con la Franquicia Postal Panamericana. Ya en su destino, se amontonan en algún cuartito obscuro, debajo de una grada o en la entraña de esos muebles tétricos que hay siempre en las Legaciones y Consulados, para guardar lo que se debería quemar.

No crea por esto el lector, que estos libros no tienen su utilidad. Cuando el Ministerio ha adquirido unos tres o cuatro mil volúmenes, al precio de costo, es decir con un 300% de recargo, ya hay trabajo en la Cancillería: se hacen paque-

tes que, en cada correo, se van enviando a los lejanos países, que hacen soñar a los empleados subalternos, con el ascenso que tarda y que les permitirá, un día, partir también, como otros paquetes, a desacreditar al país y a ejercitarse en el contrabando.

Azurduy, pues, conocía la receta y formó, en Buenos Aires, con los artículos de diarios que enviaba a la Legación, la empresa "Los Recortes", un volumen de bastantes páginas.

Material le sobraba. Cada día "Los Recortes" enviaba un grueso sobre con las contradictorias opiniones y noticias de la prensa argentina, sobre la guerra del Chaco. Podía, pues, hacerse un libro de diplomatiguillo, por semana.

Así ordenados los recortes, pegados cuidadosamente en papel y con goma de la Legación, Azurduy coronó su obra con unas ciento cuarenta y cinco palabras extraídas de su magín: "La Prensa, decía".—"Pero La Razón argumentaba": —"En cambio La Capital, de Rosario, salía a la palestra con el siguiente, formidable, artículo"...

Después de este tremendo esfuerzo intelectual, apareció un volumen elegante, con carátula llamativa y al que Azurduy, para acabar de tomar el pelo al público, puso el más original de los títulos.

¿No había por ahí un tal Remarque, del que tanto hablaba la gente y que había escrito un libro "Sin Novedad en el Frente"? ¿Y qué podía importarle a la gente que no hubiese novedad? ¿Acaso los hombres no estaban siempre ávidos de noticias, de sucesos, de novedades? Había que ser un poco psicólogo y dar gusto a los hombres. Y el título "Con Novedad en el Frente", detonó en la carátula, en que una calavera se fumaba un cigarrillo, así como el autor se fumaba a los lectores.

Siento no haber taquigrafiado lo que, alrededor de este título decía en Buenos Aires un humorista criollo.

No sabemos si Azurduy cumplió hasta el fin las indicaciones de la receta de los escritorcillos diplomáticos y si dedicó su libro a alguien que pudiera hacerle comprar unos mi-

les, o por lo menos unos cientos de ejemplares a PRECIO DE COSTO. Pero lo cierto es que el libro es escaso, lo que hace presumir que, en paquete oficial ha viajado bastante.

Ahora Azurduy aparece escribiendo nada menos que la biografía de Busch. Y no ha olvidado mucho la receta. Las transcripciones ocupan la mitad del volumen y la otra mitad, la historia del Palacio de Gobierno.

Y ahora veamos la biografía.

Busch merece en realidad una biografía. Su vida agitada, sus aventuras de guerra, su rápida carrera y su muerte, hacen de él un personaje interesante, que puede tentar a cualquier escritor de esa especialidad.

La técnica de la biografía es compleja. Tiene que participar de la historia y de la novela. Y por lo menos hay que dominar, medianamente, alguna de estas formas de relato.

¿Qué ha hecho Azurduy? Azurduy ha hecho lo que ha podido. Y sobre todo, no se ha olvidado de esa receta que usan para fabricar libros, algunos personajillos.

Si de las ciento treinta y tres páginas del volumen, sacamos las transcripciones, el libro queda reducido a menos de sesenta, y si de éstas volvemos a sacar ese elogio (no había para qué) del Palacio de Gobierno, tendremos que la biografía se reduce a un artículo de prensa, a cualquier artículo necrológico de los que tan profusamente se han escrito con el mismo motivo.

En nuestro libro anterior, "Una Página de la Historia de Bolivia", entre las páginas 13 y 15, dijimos algo acerca del Palacio de Gobierno. Unos brochazos, imágenes. Pero parece que eso repercutió favorablemente en Azurduy, que se lanzó, pero con mala suerte, a hacer una especie de historia del edificio.

Naturalmente, al hacerlo, ha tenido que referirse a la historia de Bolivia y ha incurrido en errores tan enormes, que no sabemos a qué atribuirlos. ¿Apresuramiento? Por más prisa que se tenga, no se puede decir ni cometer semejantes inexactitudes.

Veamos algunas, y conste que sólo son algunas, en honor de la brevedad:

En las páginas 12 y 13, hay un relato en la forma cómo muere Belzu, realmente original. Hemos consultado todos los libros de historia de Bolivia y en ninguno hay nada ni parecido.

¿Quién ha leído que Belzu abrió los brazos ante Melgarejo, pronto a olvidar todo antagonismo?

El General Campero, actor de esa tragedia, los historiadores Arguedas, Camacho, Crespo, en fin, todos los que han relatado esa escena, no dicen ni remotamente, que Belzu abrió los brazos a Melgarejo. Dicen, en cambio, que al disparo que dio fin con Machicado, en la grada, salió Belzu a ver lo que sucedía, con una copa de champaña en la mano y se encontró cara a cara con Melgarejo, alcanzando solamente a pronunciar la palabra "garantías".

¿De dónde saca Azurduy la especie de que Melgarejo arrastró el cadáver de Belzu hasta el balcón, para mostrarlo a la muchedumbre?

El General Campero, testigo y actor de ese increíble drama del coraje criollo, dice al contrario, que Melgarejo levantó el cuerpo agonizante de Belzu para tenderlo en un sofá.

Y seguimos torciendo la historia. En la página 14 relata la muerte de Morales. Todos habrán leído siempre, un relato distinto al que hace Azurduy.

Según el biógrafo de Busch, el General Morales aparece dando vueltas alrededor de una mesa, persiguiendo a un edecán, cuando sonó el primer disparo homicida.

Pero la historia nos cuenta otra cosa. Lafaye, sobrino de Morales, intervino para que éste no arrojara por el balcón al Capitán La Viña. Habiéndose retirado este Capitán, Morales pregunta por el Comandante Tomás Silva, el que tiene el acierto de no presentarse. Entonces se lanza contra el Coronel Lavadenz, inculpándole de que trataba de hacerle revolución. Nuevamente se interpone su sobrino Lafaye, tratando de calmarle, pero agredido a su vez, por el furioso mandatario,

desenfunda el "mata Morales" y es perseguido por su tío, alrededor de una mesa, entre frases que todos conocen, hasta que Morales se desploma, al último disparo del pequeño revólver.

Eso dice esa cosa que se llama historia y a la que Azurduy tiene tan poco respeto.

Pero... Y recién caemos en cuenta, ¿cómo puede este "biógrafo" tener en algo una cosa tan vieja y discutible como la historia, si ni siquiera respeta la configuración de la ciudad de La Paz?

Dice en la página 15, hablando siempre del Palacio de Gobierno: "en la puerta que da sobre la calle Illimani"...

Ya es demasiado y basta. Todos los habitantes de La Paz, deben dedicarse a buscar esa puerta del Palacio, que da sobre la calle Illimani. Y más teniendo en cuenta que Azurduy se refiere a la puerta falsa que da a la calle Ayacucho... Y hay que hacer, si nadie la encuentra, que Azurduy nos la muestre.

* * *

Y ahora echemos una ojeada a la "biografía", propiamente dicha.

Nunca tocamos, ni nos referimos siquiera, a lo que a la vida privada se refiere. Este es un campo en el que nadie tiene derecho a entrar. Sólo los despechados, los impotentes, los que no tienen sentido moral ninguno, usan de esa arma baja, como los asesinos usan del puñal.

Lo único que pertenece al público, es la actuación de los hombres públicos como tales. En el umbral de los hogares, debe detenerse todo. Por eso hemos de juzgar siempre al hombre, en sus relaciones con los demás, nunca en el "tabú" de sus afecciones íntimas, lícitas y respetables.

Azurduy dice textualmente en la página 24 (refiriéndose a Busch, por supuesto):

"El 18 de febrero de 1928, contrajo enlace con el grado de **Teniente**".

No queremos hacer comentarios. Pero es un curioso enlace y originalísimo. De todos modos él sabrá lo que dice...

En la página 25, se refiere a la búsqueda de Zamucos: "Explorando por el **Norte,** por el Sud, por el Sudeste"...

Ahora nos explicamos por qué, nunca han podido encontrar San Ignacio de Zamucos. Era absurdo buscarlo por el NORTE... Que lo tomen en cuenta los futuros exploradores.

Luego, en la página 26, asegura que el subteniente Busch (que se casó en 1928 "con el grado de teniente") es sorprendido por la guerra en esa tarea. (La de buscar Zamucos).

Pero la verdad es que esa búsqueda fue abandonada por Busch hacía más de ocho meses y que, al estallar la guerra, se hallaba en Cochabamba en el Regimiento Aroma 6º de Caballería.

Página por página, podríamos rectificar esa "biografía" llena de inexactitudes. No es nuestro propósito restar gloria o méritos a quien los tuvo de sobra. Al contrario, es hacer resaltar la verdad y evitar la confusión.

Por eso, vamos a seguir haciendo pequeños comentarios, al margen de los más graves errores en que incurre el "biógrafo".

Las tropas que tomaron el fortín Alihuatá, el 11 de marzo de 1933, estaban comandadas, no por Busch, sino por el Coronel Victorino Gutiérrez. (P;gina 28).

No teníamos Brigada de Caballería, mal, pues(el enemigo podía cercarla... (Página 29).

En la página 38, se refiere al suboficial que salva la vida a Busch, acorralado por los paraguayos. Ese suboficial no era suboficial, sino el Teniente de Ejército Max Iñiguez. El mismo Busch, en un largo reportaje, profusamente publicado por la mejor prensa de Buenos Aires, refiere el episodio y declara deber la vida al Teniente Max Iñiguez, su compañero en muchas memorables correrías.

La reunión de jefes en Muñoz, a que alude en la página 40, no tuvo lugar después de Nanawa, sino después de Campo Grande.

El Regimiento Lanza, frente a Nanawa, nunca estuvo cercado, aún más, estuvo siempre de reserva y no combatió en esa jornada. (Página 41).

En Boquerón, fue efectivamente el Teniente Montes quien rompió el cerco. El Teniente Busch sólo comandaba una sección de ametralladoras.

Cuando tengamos una historia de la Guerra del Chaco, verá el lector los cientos de errores y confusiones que comete el "biógrafo" de Busch, en las pocas páginas de su libro y en las aún más escasas que dedica, realmente, a la vida de este hombre extraordinario, cuya biografía es para otras plumas y para otros alientos.

No queremos, pues, fatigar al lector con citas y comentarios que serían interminables, ya que habría que rectificar todo el contenido del libro. Con las ya anotadas hay bastante, para demostrar que esas páginas se han escrito sin conocimiento de nada, sin ética y sin medir siquiera la magnitud de la figura que se quería mostrar.

Y lo repetimos, no queremos aparecer como en beligerancia, con la gloria de este legendario Capitán Busch.

No. Pero creemos que la gloria debe fluir de hechos ciertos, de relatos documentados. Le sobra gloria a Busch, para ser una figura descollante de la guerra. Pero esa gloria, necesita, para que resplandezca ante la posteridad, de otra pluma, ya lo hemos dicho, de otro método, de otra ética...

Todos saben —la mitad de Bolivia le ha conocido— hasta dónde iban los alcances y las facultades intelectuales de Busch.

Y quererle mostrar, aún a los ojos de los que muy bien le conocieron, desfigurado, disfrazado, contrahecho y arreglado dentro de un molde en que no sabía, es faltar a los elementales principios de honradez. El escritor y aún el que no se crea escritor, no debe tratar de engañar al público. Digo mal,

el escritor debe tener una conciencia tal, que nada ni nadie le pueda hacer mentir. No debe tampoco calcular el perjuicio o beneficio que sus escritos le reporten, en éste o aquel sector. Debe decir la verdad y nada más que la verdad, y cuando le ataquen o le calumnien, o la incomprensión le hiera, debe defenderse con la verdad. Porque los hombres temen a la verdad como a una espada. Por eso hay que usar la verdad como de un arma.

Y pasa que, cuando se tuerce un suceso o se retoca el retrato de un hombre, se le deja desconocido, sobre todo para los que lo conocen y no se hace una obra ni honrada ni mucho menos útil. Y hasta sucede que se obtiene un resultado contraproducente, opuesto al que se buscaba, como en el caso de la "biografía" que comentamos.

De donde resulta que nadie ha hecho más daño a Busch, a la memoria de Busch, como su "biógrafo". Mucha gente ha sonreído, ha tenido que sonreir, al leer esas páginas. Mucha gente se habrá indignado, proponiéndose rectificar, éste o aquél aserto, y todo con desmedro para la figura del legendario Capitán.

Está bien que a Busch se le califique de temerario, pero de visionario, de idealista...

Ya sabemos que la mayoría de las frases célebres, puestas en labios de los grandes hombres, no han sido pronunciadas nunca por ellos. Pero la mayoría de esas frases, tienen por lo menos el mérito de pintar al personaje, de destacar alguna de sus características más notables, de sintetizar su espíritu.

Pero ponernos frasecitas —y bastante cursis— en boca de gente conocida por todos, en el momento en que todos comentan, precisamente, la falta de aptitudes de esa gente, para emitir ideas, y aun para hablar, es realmente demasiado fuerte.

Juzgue el lector, si no resulta grotesco atribuirle a un guerrero, a un hombre enérgico, todo impulso, aquella frasecita de costurera tuberculosa, que aparece en la página 114:

—"Medina (Medina es el mozo de Busch), esta uña sangra, sangra, sangra"...

Es realmente conmovedor. Busch, quejándose de una uña rota, a su sirviente! ¡No había por qué apocar tanto al pobre Dictador!

En cambio, poco se dice de su carácter, de sus aficiones, de sus gustos. Nada de sus defectos. Y es de todo eso, que surge la verdadera personalidad de los hombres.

Todos los biógrafos (¡perdón, los biógrafos!) se esmeran, precisamente, en anotar esos que parecen pequeños detalles sin importancia, anécdotas, frases, (pero verosímiles, es decir, de acuerdo con el personaje) de donde fluye la figura, más o menos completa del prócer.

Así, por ejemplo, si Plutarco no hubiese reunido tanto detalle, al parecer nimio, acerca de César, la figura del gran romano nos hubiese llegado sólo con la fama de sus conquistas. Pero conociendo sus debilidades, sus arrebatos, sus amores, la figura se humaniza y toma calor, vida.

Es natural que para hacer todo eso, se necesitan condiciones, muchas más condiciones de las que vulgarmente cree la gente.

Busch era un hombre jovial, expansivo. Le gustaban las bromas y era afectuoso y con algo de infantil. A su mujer la llamaba "mi maridita" y a su cuñado "mi suegra". Era un niño grande y sano al que echaron a perder.

Busch, tuvo también, como todos los hombres bien organizados, sanos y hombres, afición a las mujeres. Y esto, que para algunos es un pecado, porque les roe la impotencia o porque su hipocresía les hace hablar en contra de sus gustos, no es ninguna tara. Al contrario, es una virtud viril que concede la naturaleza a los fuertes, a todos los machos fuertes. De ahí el despecho de unos y la pena de otros: la pena del buey que contempla al toro...

Las fiestas también le gustaban a Busch. Porque las fiestas sólo disgustan a los biliosos, a los enfermos y a los idiotas, que no saben qué hacer en ellas. El que tiene un buen

estómago para comer y un buen hígado para beber, es también blanco de envidia y crítica, de parte de los entecos, de los que viven a base de tisanas y de píldoras. La naturaleza ha puesto, pues, en el hombre "hombre", el deseo de comer, el deseo de beber, de alegrarse, y de propagar la especie.

Los que critican, ya sabemos quiénes son: impotentes, enfermos, hipócritas y viejas con menopausia. Y nadie más.

Las grandes figuras de la historia, aún de nuestra historia, obedecen al tipo del hombre de conquista, fuerte, gozador.

Ahí está Santa Cruz, tal vez la figura máxima de la nacionalidad. El gobierno chileno tuvo que votar una suma, exorbitante para esos tiempos, a fin de "que no le faltara champaña al Mariscal", prisionero a la sazón, en Chillán.

Y las crónicas de la época comentaban, con velado escándalo, la afición del prisionero por las damas. Más de un enredo famoso ha quedado entre las crónicas chillanejas, más de una cuita y quizá algo más.

Y si contemplamos a todos nuestros hombres preclaros o dominadores, sin tomar a un Frías, demasiado pulcro, débil y viejo, nuestros hombres de presa, han sido todos así: machos fuertes, es decir, íntegramente hombres.

Ahí está el mismo Pando, el único hombre tal vez, que conoció toda Bolivia, y ahí está hasta Monteagudo, muerto al acudir a una cita de amor...

Busch perteneció a esa clase de hombres. Y los biógrafos están en la obligación de mostrar la figura completa, redondeada. Las conveniencias, los falsos respetos, para no decir lo que todos saben, no debe influir en el ánimo del escritor y más si éste, por culpa de sus timideces o escrúpulos mojigatos, sólo consigue así, trazar una silueta acortonada, sin vida, una especie de santo guerrero, lleno de virtudes y de pureza. Y ese tipo de hombre, si es que ha existido alguna vez, ya no existe ahora.

Quien lea "Busch, mártir de sus ideales", se hará muchas preguntas curiosas. Y quedará admirado de ver el es-

fuerzo que hace el autor para presentarnos un Busch que nadie conocía: un acabado modelo de hombre lleno de todas las perfecciones. Nadie podría compararse con el Busch de Azurduy, a tal punto que es lástima que ese Busch no haya existido.

* * *

Hay también otro aspecto que denota la falta absoluta de tacto del biógrafo y sobre todo si el biógrafo está interesado en crear una figura impecable, digna de un altar.

Cuando se quiere halagar a alguien, hay que evitar, cuidadosamente, aludir siquiera, a ciertas cosas que pueden suscitar protestas y aclaraciones, de las que nuestro "adulado" puede salir mal.

Y decimos esto, con referencia a lo que se escribe en las páginas 66 y 67 de "Busch, el márrtir de sus ideales".

No había para qué referirse siquiera, a la "pobreza" de Busch.

La prensa en estos días se está ocupando, con escándalo, de este asunto. Hay depósitos, en moneda extranjera, que están apareciendo en algunas capitales. Hay... Pero no queremos tocar eso que recién empieza a ventilarse.

Tampoco se deben hacer citas mal hechas. Alessandri (página 67) nunca dijo que salía con deuda de la presidencia. Al contrario, se le atribuye que dijo, tal vez en uno de sus arrebatos de orador fogoso, aficionado a las imágenes, que se iba del país con 180 pesos. No debía, pues tenía ciento ochenta pesos...

Mucho habría ganado la memoria de Busch, si esta "biografía" se hubiese quedado en el tintero del "biógrafo". Mañana, atemperados ya los rencores, perdonados los atropellos y las persecuciones, se hubiese extendido un manto piadoso sobre los errores del gobernante, para acordarse sólo de las virtudes del Capitán.

Entonces, la estrella de Busch hubiese brillado espléndida, sobre el recuerdo negro de la guerra. Rumor de hom-

bres en marcha, cargas con furores de **surazo.** Banderas, glorias, eso hubiese sido Busch.

Era necesario esperar, porque la Justicia es lenta, porque es ciega y necesita oír a su aliado el Tiempo que todo lo acaba por aclarar.

Entonces, sólo entonces, por encima de todas las cosas pasajeras y sucias, se vería un reflejo de gloria, un destello heroico, que nos llegaría desde la espada del bravo Capitán.

El afán de halagar, debe tener un límite marcado siquiera por lo verosímil. No es posible asegurar que el olmo da peras. No es posible y no es serio. Y estamos seguros que el mismo Busch, se sentiría molesto si pudiese leer algunas páginas de su "biografía". Hay muchas cosas que le resultarían como "imputaciones calumniosas" y que le colocarían en un plano falso en que ni él, ni los suyos, ni los que le conocieron, saben que jamás ni pensó colocarse.

¿Doctrinas, inquietudes, idealismos? Esas son aves de alto vuelo y de climas que él no conoció nunca, de tierras de cuya existencia no tuvo noticias.

Y al leer estos ditirambos sólo nos queda la avergonzada sorpresa de constatar que el mal de hoy, es el mal de ayer. Melgarejo y Morales, recibieron elogios que ningún hombre sobre la tierra puede merecer. Es que hay una casta de hombres que han nacido para eso, como hay otra casta que forma corrillos murmuradores, que todo lo critican, que todo lo encuentran malo, sin fijarse en lo que ellos hacen, sin ver que su bilis es resultado de su impotencia o de su envidia.

Los unos y los otros son perniciosos. Los primeros, porque viven de rodillas y los otros, porque son negativos y amargados.

Nos faltan hombres serenos, de pie, que llamen a todas las cosas por su nombre, que tengan sentido de justicia y de medida y que tampoco engrosen los corrillos murmuradores, que parecen montones de cholas ocupadas de criticar.

REFLEXIONES

El General Quintanilla, es el tercer militar que ejerce el mando, después de la guerra.

Es innegable que los dos anteriores, llevaron al gobierno, por lo menos un deseo de mejorar la suerte del país. Busch no tenía programas, pero intentó reformas que bien orientadas y contando con la buena fe y la preparación necesarias de sus colaboradores, hubiesen conseguido reales conquistas para la República. Pero, ya dijimos que lo que hizo, o mejor dicho lo que le empujaron a hacer con la mano, le hicieron borrar con el codo.

Sólo queda en pie una conquista, fuera de las leyes sociales dictadas por Toro: Yacimientos Petrolíferos Fiscales.

El sueño del Banco Minero ha sido desbaratado por los poderosos de la industria y si no ha sido suprimido aún, es por un resto de pudor, por aparentar ante el pueblo que aún existe siquiera la etiqueta, de aquello que debía ser el centro de la actividad económica de la nación.

Contra Yacimientos Petrolíferos Fiscales hay también apuntados muchos cañones, de grueso calibre.

Quintanilla ha acabado por entregar a los "dueños" del país, todos los resortes de la vida nacional.

Y ahí estamos, esperando una constitucionalización que permita, por lo menos, el derecho de criticar, de señalar los desaciertos y los errores de los que nos han llevado al poder, más que una vanidad satisfecha y palabras huecas, palabras falaces, odio y especulación.

La vida es imposible ya, para las clases humildes. El billete está desvalorizado como nunca. Las caravanas de israelitas, especulando en todo, nos exprimirán hasta la muerte, mientras gobierna el país un hombre orondo, vacuo, que madruga para ver si los empleados han llegado a sus oficinas, y si las radios tocan ópera.

Promesas, discursos, intrigas, temores y suspicacias.

Pero el señor Quintanilla tiene por lo menos la ventaja de no temerle a la vida del exterior. Debe estar preparando ya su viaje, acaso el último viaje que, como siempre, realice por cuenta del Estado...

Porque en los momentos culminantes de su vida no ha podido fracasar peor. Como General, todos saben lo que es, y como mandatario, se ha ahogado en pequeñeces, ha sobrepuesto a todo, sus pequeñas mezquindades, sus odios, sus pasiones inconfesables y se ha olvidado de los nobles sentimientos de camaradería, de gratitud, sin confirmar, ahora que la suerte le deparaba una oportunidad única, esas prendas de caballerosidad, de mundo, que algunos le reconocían.

Pero en fin, el extranjero, que será probablemente el último refugio del General, no le asusta.

Y pensamos, por asociación de ideas, lo que hubiera sucedido a Busch, si cuando hubiese caído, le hubieran arrojado al exterior.

En el destierro, Busch habría sido una cosa lamentable. Como Melgarejo habría deambulado, sin despertar otra cosa que curiosidad, esa curiosidad malsana que sienten las gentes, por todo eso que ha excitado sus nervios o su imaginación, con la realidad palpitante del ancestro, que creemos siempre extinguido en el hombre.

Se abre un interrogante para el país. ¿Las conquistas espirituales de la guerra, empujadas y sostenidas por los militares, serán sepultadas también por los militares?

Ante la acción de las derechas, disciplinadas y económicamente poderosas, la vacilante actitud de las izquierdas, más numerosas, pero indisciplinadas y divididas por la hambrienta ambición de caudillejos, ¿será capaz de sostener esas conquistas?

La conciencia ciudadana no existe en Bolivia, como no existe en casi ninguno de los países del continente. El furibundo ácrata, llega ante las urnas y vende su voto, para des-

pués, con el dinero recibido, emborracharse para seguir vociferando contra los que le acaban de comprar.

Y así el país, de tumbo en tumbo, entre discursos y frases huecas, levanta ídolos y los derrumba, con la misma inconsciencia, con la misma inconstancia de ayer, aunque nadie, nunca, ha dejado de hablar de progreso, de virtudes cívicas, de los hombres ungidos por la voluntad popular y de la honradez y el acierto de los gobiernos, mientras eran gobiernos.

Hay una élite de sacrificio, pero ¡qué escasa! Hay hombres que creen en la Patria y que la aman. Pero el montón turbio, vive preocupado de saciar sus apetitos y sus odios, como una jauría furiosa y hambrienta.

Así se asalta y se incendia un palacio, desde donde gobierna la pulcra honradez de un Frías y así se aclama a un Belzu, como a un dios autóctono, lleno de ambición y de entorchados.

Por todo eso, las promesas no pueden engañar a nadie ni pueden hacer esperar ésa, siempre anunciada, "era de reconstrucción nacional".

¡Nos hacen falta tantas cosas! Y sobre todo una: lealtad. Y también nos faltan memoria y vergüenza, de manera esencial.

Claro que por lo menos a medias, el General Quintanilla ha querido aquietar al país y devolverle sus "prácticas democráticas", es decir, el predominio de los que siempre han predominado.

Y el tiempo dirá si los que aplauden hoy, no son los furiosos descontentos de mañana.

"LIBERTADES"

Las libertades concedidas por el General Quintanilla son muy relativas.

Ya dijimos que habían ciudadanos a quienes no se permitía el ingreso al país, ni para defenderse desde la cárcel, ya que pesaba sobre ellos un proceso, seguido en rebeldía, y ya que la ley establece, en todo el mundo, que no se puede negar al acusado, el derecho, por lo menos, de ser oído por el tribunal.

Además, debemos agregar que ni el espionaje político ni la censura, han cesado. Las cartas que llegan hasta el extranjero traen el sello de recepción, con la advertencia "recibida reengomada", o "recibida abierta".

En la página 5 de "La República" (La Paz, 23 de enero de 1940), leemos en grandes titulares: "El Jefe de Policía de Potosí, desconoce la libertad de prensa. Se atribuye facultades de Jurado de Imprenta y de la Justicia Ordinaria. Vibrante respuesta de los directores de "La Tribuna".

Y a continuación un largo comentario y las notas cambiadas entre el Teniente Coronel L. Zavala V., Jefe de Policía y los señores Alfredo Chacón Z. y Lucio Lanza Solares, directores de "La Tribuna".

Sin embargo, se sigue hablando de libertades, de garantías, en un tono que convencería a cualquiera que no estuviese al tanto de las veladas intenciones y manejos del Gobierno.

Y de ahí resultan las aguas tibias, lo desteñido e impersonal, de esta Cola de la Dictadura.

Los procedimientos de Busch eran fuertes, pero desembozados. Desafiaban a la opinión pública. No se escondían. Estos otros, llenos de disimulos, de promesas, de protestas de legalidad, dan la sensación de algo viscoso, de algo que pasará a la Historia, como vulgarísima comedia de un vulgarísimo comediante.

HAY QUE DEJAR CONSTANCIA

Sí, es necesario dejar constancia de que son los mismos que sufrieron con la Dictadura, los que ahora sufren con los manejos, hipócritas, de la Cola.

Durante la férula de Busch, fue la muchachada, la única que sufrió se sacrificó. Los partidos tradicionales, los diarios de esos partidos, aplaudieron los actos de la Dictadura y muchos de los hombres de esas entidades políticas, sirvieron y se aprovecharon de la tiranía.

Todos los críticos profesionales habían enmudecido. No se oía otra voz que no fuera la de algún muchacho que purgaba en Coati su rebeldía.

¿Dónde estaban entonces, los que ahora atacan a la Dictadura muerta? ¿Y dónde están ahora, los que mañana escarnecerán el gobierno feble de Quintanilla?

En la misma postura, agazapados, procurando aprovecharse de todo, siempre en una penumbra que les permite sus manejos e impide que se comprometan.

Es necesario que el país abra ya los ojos y más aún los gobernantes. Los medradores de todas las situaciones, jamás han sacrificado ni una uña por defender al país de la bancarrota moral y material. Para ellos el que está arriba es siempre bueno, sabio y prudente. Ellos siempre sacan provecho de todo, para después atacar al caído de hoy, que es precisamente el adulado de ayer.

Ya verá el General Quintanilla lo que dicen mañana los que ahora le aplauden. Ya verá que no sólo le critican lo que nosotros le criticamos, ahora que está en el poder, sino que incluso le calumnian y le enlodan.

Ya sabrá —y pronto— lo que son los hombres que han hecho una profesión del "gobiernismo" y del "gobiernismo turbio", que no se compromete y que parece condescender, ante las exigencias del gobernante, sacrificándose "por servir

al país", sin adquirir ninguna responsabilidad, ni mucho menos solidarizándose con el que gobierna.

Y entonces, comprenderá que nuestras críticas eran justas y que también le hubiésemos aplaudido no hubiésemos encontrado que merecía aplauso.

Pero los otros... Los otros están destinados a hacerle saborear horas amargas de pesar y de arrepentimiento. Ya se le echarán encima como chacales hambrientos y burlones. Habrán cambiado de opinión una vez más. Se lavarán las manos y seguirán siendo "gobiernistas", respetables y poderosos, lo más cerca posible —pero sin comprometerse— de la nueva víctima de mañana, es decir, del gobernante.

De los pequeños errores harán montañas, de cualquier debilidad pecados inmensas, imperdonables. Adúlteros lapidadores de la mujer adúltera... Y todo en nombre de la patria, del progreso, del bienestar de la nación, del respeto a las leyes, a la Constitución... en nombre de todos esos lugares comunes que, desde hace más de cien años, están cacareando los logreros y los ambiciosos.

A la hora de salir de Palacio, verá el General Quintanilla que si hubiese, en verdad, concedido libertades y garantías, que si no se hubiese constituido en el heredero de los odios de la Dictadura, por lo menos tendría la satisfacción del deber cumplido y la quietud de la conciencia.

Pero ahora, en cambio, verá crecer a sus detractores. Sabrá lo que significa "ingratitud" y verá cómo las pequeñas cosas tienen consecuencias insospechadas.

Entonces tal vez exclamará amargado:

—¡Cómo cambia la gente!...

Y habrá dicho una gran verdad. Porque entonces seremos pocos los que no habremos tenido necesidad de cambiar, para decirle que se equivocó, lamentablemente, en el momento cumbre de su vida y que si es malo odiar, es funesto recoger el odio difunto de una macabra herencia.

Enero - Febrero de 1940.

I N D I C E

	Página
Presentación	7
Prólogo	9
En el Gobierno	13
Los temores	16
San Juan	18
Los indicios de Escalera	21
Las figuras de la sombra	22
Más temores	25
Un tanteo	27
Martes y 13	29
Relata el Presidente	31
El último Consejo de Gabinete	35
Mi renuncia	37
Una medalla	43
Más grande que Sucre	44
Las fuerzas	44
Un banquete trágico	45
¿Y ahora?	49
La hora de los amigos	52
Todavía	52
En resumen	53

SEGUNDA PARTE.
La aventura de "El Palmar".

Han pasado varios meses	57
Los acompañantes	62
Un milagro telúrico	63
Tartagal	64
Una comida con Ruiz	66

Página

"Con Toro" 67
Hacia "El Palmar" 69
¿Dónde está Toro? 71
La Cheka se aprovecha 72
El método Cárdenes 78
A manera de epílogo 79
Documentos y apéndice 83
Dos botones 86
¿Es posible? 87
Belmonte, Otto Berg y Quintanilla 88
ANEXOS 95

SEGUNDA OBRA:

BUSCH HA MUERTO ¡Quién vive ahora!

¿Cómo murió Busch? 154
Antecedentes 156
Una protesta 158
El misterio económico 162
Arruinarse pero sostenerse 166
Hebreos 168
Los de afuera 170
Los de adentro 175
Delitos 178
Así hicieron 180
Murmuraciones 182
Recuerdos 183
Más recuerdos 190
Los cuatro cercos 194

SEGUNDA PARTE

La cola de la dictadura 195
Los funerales del Dictador 199
Quintanilla al descubierto 201
Inseguro 204
Un biógrafo y una biografía 206
Reflexiones 219
"Libertades" 222
Hay que dejar constancia 223

La presente edición se terminó
de imprimir el día 20 de marzo
de 1975, en los talleres de
Litografías e Imprentas
UNIDAS S. A.
Calle Colón No. 618.
La Paz. Bolivia.

Nataniel Aguirre

[illegible] e la

A [illegible]

EL EMBRUJO DEL ORO

Porfirio Díaz Machicao

HISTORIA DE BOLIVIA
Guzmán, Siles, Blanco Galindo
1925—1931.
La Guerra del Chaco, Tejada Sorzano
1931—1935.

Gregorio Reynolds

POESIAS ESCOGIDAS

Eduardo Fernández

CONTABILIDAD COMERCIAL
(6ª ed., 1975).

Rosa Antezana de Claure

REVIVIENDO LA HISTORIA
(2ª ed., 1963).

Abel Alarcón

CUADROS DE DOS MUNDOS

Víctor Maldonado

CONTABILIDAD BANCARIA

★

EN PRENSA:

Alcides Arguedas

PUEBLO ENFERMO
CAUDILLOS BARBAROS
HISTORIA DE BOLIVIA
RAZA DE BRONCE

Víctor Maldonado

DOCUMENTOS MERCANTILES

EDITORIAL
GRAFT